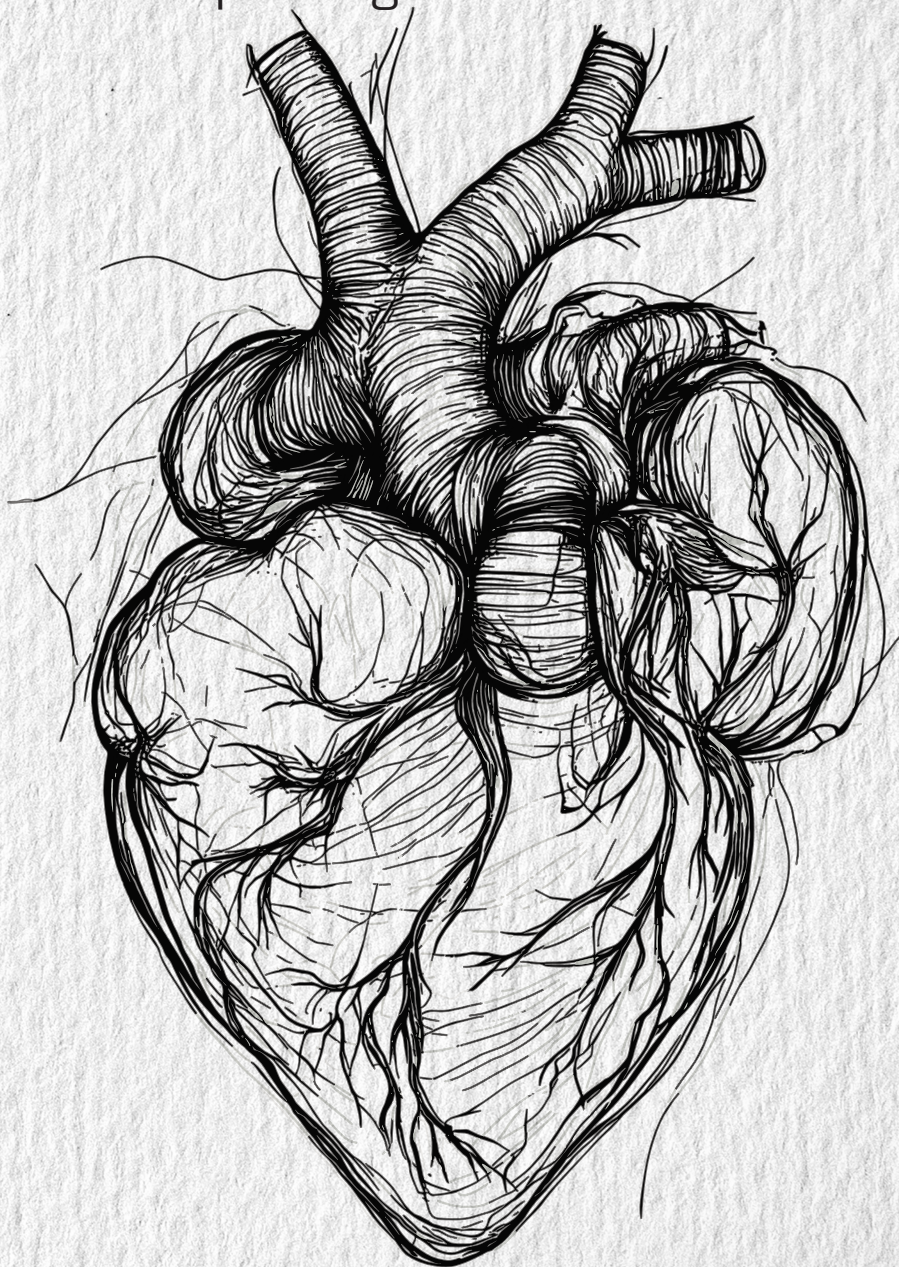


LUZ LATERAL

Se ha producido ya en mí
aquel elegante fenómeno



LUZ LATERAL

Se ha producido ya en mí
aquel elegante fenómeno

II Concurso Interuniversitario
de Cuento 2024-2025

USFQ PRESS

Universidad San Francisco de Quito USFQ
Campus Cumbayá USFQ Quito 170901, Ecuador
<https://usfqpress.com/> • <https://libros.usfq.edu.ec/index.php/usfq>

Somos la casa editorial de la Universidad San Francisco de Quito USFQ. Fomentamos la misión de la Universidad al divulgar el conocimiento para formar, educar, investigar y servir a la comunidad dentro de la filosofía de las Artes Liberales.

Luz lateral: se ha producido ya en mí aquel elegante fenómeno

Autores: Santiago Ríos¹, Maité Albuja¹, Carolina Gualpa¹, Carmen Helena Jaramillo¹, Carla Rivera Ramírez¹, Luis Fernando Sánchez Cabrera¹, Juan Esteban Montúfar¹, Nicolás Campoverde¹, Ivanna Rodríguez Calderón¹, Armando Tandayamo Coro¹, Roger Encalada Ramos¹, Joaquín Bonilla¹, Sofía Amaranta Goglia¹, María Daniela Asanza¹, Andrea Aguilera¹, Génesis Bolaños V.¹, Camila Realpe¹, Sharia Toalombo¹, Katik Morán¹, Ariana Torres¹, Emily Camila Cora Riofrio², Ana Paula Betancourt Velarde², Juan José Samaniego Frixone², Luis Fernando Piedra Zambrano², Ana Paula Alarcón Vargas², Emilia Pérez², Martín Astudillo², Emilia Calderón², Matías Jiménez², Camila Naomi Silva Figueroa², Santiago Sebastián Segura Estrella², Ashirigundy Lovato Revelo³, David Alejandro Loza Lomas³, André Tomás López Barragán³, Edgar David Melena Moya³, David Alexander Puente Ronquillo³, Bryan Steven Silva Guamushig³.

¹Universidad San Francisco de Quito USFQ, Quito, Ecuador.

²Universidad de Las Américas, UDLA, Quito, Ecuador.

³Pontificia Universidad Católica del Ecuador, PUCE, Quito, Ecuador.

Esta obra reúne los cuentos finalistas seleccionados por el jurado del II Concurso Interuniversitario de Cuento Luz Lateral 2024–2025.

Producción editorial: Andrea Naranjo

Edición: Esteban Mayorga y María Piedad Carrillo Burgos

Jurado: Fernando Montenegro, Santiago Páez, Irene Romo

Diseño de cubierta y diagramación: Krushenka Bayas Ramírez

Ilustración de cubierta: Freepik

Revisión de estilo: USFQ PRESS

© Autores, 2026

© De esta edición USFQ PRESS, Universidad San Francisco de Quito USFQ, 2026

Todos los derechos reservados. Esta obra es fruto del trabajo y la creatividad de sus autores y de la editorial. Apreciamos que sea leída, compartida y disfrutada de manera legal. Cualquier reproducción total o parcial, incorporación en sistemas informáticos o transmisión por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) requiere autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos.

ISBN: 978-9978-68-350-7

ISBNe: 978-9978-68-351-4

Tiraje: 100 ejemplares

Primera edición: abril, 2026

Impreso en Ecuador por Imprenta Gráficas Paola

Catalogación en la fuente Biblioteca de la Universidad San Francisco de Quito USFQ.

Luz lateral : se ha producido ya en mí aquel elegante fenómeno /
[Autores: Santiago Ríos, Maité Albuja, Carolina Gualpa ...[y otros].
– Quito : USFQ Press, ©2026.
p. : cm.

ISBN: 978-9978-68-350-7
ISBNe: 978-9978-68-351-4

1. Cuentos ecuatorianos. – 2. Literatura ecuatoriana. – 3. Concursos literarios – Ecuador.
I. Ríos, Santiago. – II. Albuja, Maité. – III. Gualpa, Carolina.

CLC: PQ8098 L89 2026
CDD: Ec863

OBI-234

Se sugiere citar esta obra de la siguiente forma:

Ríos, S., Albuja, M., Gualpa, C., Jaramillo, C. H., Rivera Ramírez, C., Sánchez Cabrera, L. F., Montúfar, J. E., Campoverde, N., Rodríguez Calderón, I., Tandayamo Coro, A., Encalada Ramos, R., Bonilla, J., Goglia, S. A., Asanza, M. D., Aguilera, A., Bolaños, G., Realpe, C., Toalombo, S., Morán, K., ... Silva Guamushig, B. S. (2026). *Luz lateral: se ha producido ya en mí aquel elegante fenómeno*. USFQ PRESS.

El uso de nombres comerciales, marcas registradas u otros nombres en esta publicación no implica que estén exentos de protección legal. La información aquí presentada es responsabilidad de los autores y, aunque USFQ PRESS asume que es precisa al momento de su publicación, no ofrece garantías expresas o implícitas sobre su exactitud ni sobre posibles errores u omisiones.

LUZ LATERAL

Se ha producido ya en mí
aquel elegante fenómeno

II Concurso Interuniversitario
de Cuento 2024-2025



Contenido

Superhéroe	9
ANDREA AGUILERA	
El hilo que nos une	11
ANA PAULA ALARCÓN	
Colisión	19
MAITE ALBUJA	
Margarita	25
MARÍA DANIELA ASANZA	
Fragmentado	27
MARTÍN ASTUDILLO, EMILIA CALDERÓN Y EMILIA PÉREZ	
El escarabajo	33
ANA PAULA BETANCOURT	
Imposibilidades	39
GÉNESIS BOLAÑOS	
El sol de cerca	43
JOAQUÍN BONILLA	
La recámara vacía	47
NICOLÁS CAMPOVERDE	
Delirio lunar	53
EMILY CORAL	
Tú, pero peor	57
ROGER ENCALADA	

No hay transporte	63
SOFÍA GOGLIA	
Lo que el mar traga	65
CAROLINA GUALPA	
Setenta y cinco	73
CARMEN JARAMILLO	
Inocente	77
MATÍAS JIMÉNEZ	
Una voz narra la historia del Búho	81
ANDRÉS LÓPEZ	
Carta para un tío muerto	85
ASHIRIGUNDY LOVATO	
La última mujer	91
DAVID LOZA	
Días de ira	97
EDGAR MELENA	
Tuve que bañarme en agua fría (fragmento)	103
JUAN ESTEBAN MONTÚFAR	
Solo existe en mi mente. ¿Acaso eres real?	111
LUIS PIEDRA	
Alma en vilo	119
KATIK MORÁN	
Hay un túnel bajo el Panecillo	121
DAVID PUENTE	

Las joyas perdidas	127
CAMILA REALPE	
Fanesca o apología a la letra ecuatoriana	135
SANTIAGO RÍOS	
Corazón	141
CARLA RIVERA	
De la helada	143
IVANNA RODRÍGUEZ CALDERÓN	
Historia de una vida	145
JUAN JOSÉ SAMANIEGO	
Susurros	151
LUIS FERNANDO SÁNCHEZ	
El Reflejo: ecos del abismo	155
SANTIAGO SEGURA	
En honor a un anhelo	159
BRYAN SILVA	
El Oblivici	163
CAMILA SILVA	
De la devoción a la conciencia: Un viaje siguiendo las pistas de la fe	169
ARMANDO TANDAYAMO	
El último banquete	175
SHARIA TOALOMBO	
Tengo miedo de lo que siento por dentro	183
ARIANA TORRES	

Superhéroe

ANDREA AGUILERA

Universidad San Francisco de Quito USFQ

Aria era una niña pequeña que vivía en un mundo lleno de superhéroes. En su mundo, cada uno resultaba más fascinante que el anterior. Pero para ella, ninguno era tan impresionante como su héroe favorito. Uno que no necesitaba capa, superpoderes ni un cuerpo musculoso; lo único que requería era un corazón gigante, lleno de valentía, bondad y amor. A sus ojos, él lo tenía todo. Es seguro que él tenía un nombre, pero ella lo llamaba «papá».

Cada vez que a la pequeña se le presentaba un problema, él acudía a su rescate sin dudarlo. Y cada vez que ella lo llamaba, él estaba ahí, arrancándole sonrisas y risas. No importaba la hora, el lugar o la fecha, su héroe siempre estaba listo para protegerla. Él amaba a esa pequeña con cada parte de su corazón y solo deseaba su felicidad. Por eso, desde que la conoció, le hizo una promesa: protegerla de todo el mal que habitaba el mundo.

Pero, por desgracia, no pudo cumplir su promesa.

Un monstruo horrible y feroz la acechaba cada noche, al igual que a su familia. Una criatura tan letal que ni siquiera el héroe podía enfrentar. Drenaba la felicidad de toda la familia, llenándola de miedos y dudas. Atacaba sin piedad cada noche, dejando heridas invisibles pero profundas. La madre vivía con el malhumor y el peso del cansancio. El hermano mayor, en un intento desesperado, trataba de protegerlas con valentía, pero sin éxitos. Y la hermana más pequeña temblaba, frustrada por no ser más fuerte o más grande. La niña miraba todo esto, incapaz de defenderse o defender a sus personas, y la tristeza desgarraba las paredes de su alma.

El héroe miraba impotente cómo la llama en los ojos de su niña se apagaba poco a poco. Aunque lo intentaba con todas sus fuerzas, nada parecía suficiente. No podía devolverle la alegría ni sanar las heridas de su familia.

Una noche, mientras intentaban esconderse del monstruo que acechaba en las sombras, la niña tomó una decisión. Con valentía, salió de su escondite. Esa noche iban a llegar a su fin los ataques del monstruo. Igual que su héroe, ella iba a salvar a aquellos que más amaba. Sus pequeños pasos resonaron en el silencio mientras se acercaba a esos ojos brillantes que la observaban desde la oscuridad. Con una mano en el corazón y toda la determinación de la que era capaz, se enfrentó al monstruo.

Dio pasos lentos pero firmes, acercándose cada vez más a la bestia que acechaba. Cuando al fin estuvo lo suficientemente cerca, las sombras a su alrededor se disiparon. La chispa final de su valentía se apagó, y su mano cayó inerte junto a su cuerpo. Sus latidos se ralentizaron, la boca se le secó y las lágrimas inundaron sus ojos. El dolor terminó de desgarrar su alma por completo. Miró fijamente los ojos de la bestia feroz que amenazaba con destruirlo todo y, con un hilo de voz, susurró:

—¿Papá?

El hilo que nos une

ANA PAULA ALARCÓN
Universidad de Las Américas

En la cultura japonesa existe una leyenda que cuenta que todas las personas estamos conectadas a nuestra alma gemela por un hilo rojo que no podemos ver, pero que por más que se retuerza, estire o enrede, jamás se rompe.

En mi caso, mi alma gemela es mi hermana, Leora. Somos mellizas, lo cual significa que siempre hemos estado juntas, lo hemos compartido todo y conocemos más a la otra que a nosotras mismas. Ella siempre ha estado a mi lado, cada día, cada minuto y cada segundo. En cada sonrisa y en cada lágrima.

Claro, hasta que crecimos y la vida nos llevó por caminos diferentes.

Cuando fue tiempo de entrar a la universidad, Leora se quedó en casa estudiando gastronomía, lo que siempre había sido su sueño. Y yo tomé otro rumbo, yendo a estudiar a España para convertirme en economista. Pero jamás nos separamos por completo. Hablábamos casi a diario, lo que nos ayudó a sentir menos esa gran distancia.



Habían pasado cuatro años desde que me gradué, y conseguí un gran trabajo en Málaga. Leora estaba trabajando en uno de los mejores restaurantes de nuestra ciudad y hace poco se había comprometido con Antonio, a quien conoció por amigos en común. La boda sería en un par de meses, así que pronto viajaría de vuelta a Buenos Aires para ser su dama de honor.

Esa noche llegaba a casa después de un agotador día en el trabajo, cuando mi celular sonó. Lo tomé y en la pantalla se mostraba el nombre de Antonio. Contesté algo extrañada.

—¿Hola?

—Isadora..., —la voz al otro lado del teléfono era débil y melancólica.

—Antonio, ¿hola? ¿Estás ahí?

—Isadora... ¿Estás sentada?

No sé el resto de personas, pero cuando alguien me pregunta si estoy sentada, no puede ser para ninguna buena noticia.

—¡Antonio, por favor, dime ya qué ocurre!

—Leora acaba de tener un accidente. Estoy camino al hospital...

En ese momento sentí un gran vacío en el fondo de mi estómago.

—¿Qué? ¿Qué pasó? —Pregunté con voz temblorosa.

—Solo me dijeron que había tenido un accidente y que la llevaron al Hospital Sanatorio Finochietto.

Tan pronto como colgué la llamada, compré un boleto de avión que salía en un par de horas rumbo a Buenos Aires y avisé en mi trabajo que tenía una emergencia familiar, por lo cual usaría las vacaciones que había acumulado.

Lo último que supe del estado de Leora antes de despegar fue que estaba en cirugía. Uno de sus brazos había sufrido un grave daño en el accidente, por lo que necesitaba ser intervenido de inmediato para evitar un daño permanente.

Al bajar del avión tomé el primer taxi que vi acercarse y subí junto con una pequeña maleta de mano. Los minutos en el tránsito se sentían como horas, hasta que finalmente llegamos. Le entregué un billete al conductor y salí apresuradamente sin siquiera detenerme a recoger el cambio. Entré por una gran puerta de vidrio azulado y caminé presurosa hasta el mostrador donde le pregunté a la recepcionista por mi hermana.

—Busco a Leora Leloir.

Ella, apartando la vista de su celular con claro fastidio, me miró de arriba a abajo y preguntó:

—¿Sí? ¿Qué se le ofrece?

—Leora Leloir. Ingresó el día de ayer por la noche —repetí.

Con una calma y lentitud que me parecieron criminales para alguien que trabaja en un hospital, la mujer tecleó letra por letra en su teclado hasta que al fin me dijo:

—Habitación 236. Segundo piso. ¿Es familiar? —Preguntó.

—Sí, soy su hermana.

—¿Nombre?

—Isadora Leloir.

Tecleó nuevamente y después procedió a esculcar en el archivo bajo su escritorio hasta encontrar aquello que buscaba. Sin decir nada más, estiró su mano, entregándome una tarjeta de acceso para visitantes, y regresó la mirada a su celular.

—Gracias —dije tomando la tarjeta y corriendo para subir al elevador.

Encontré la habitación que estaba al final de un largo pasillo blanco y bien iluminado. Golpeé la puerta delicadamente, la misma que unos instantes después se abrió. Antonio me recibió con un cálido abrazo y un suspiro de alivio. Mi madre, que estaba en el sillón junto a la cama, también se acercó y me dio un gran abrazo mientras los ojos se le humedecían. Hacía mucho tiempo que no la veía, no había estado en casa desde que Leora se graduó.

—¿Isadora? —Escuché una voz llamándome.

Aparté a Antonio y a mi madre delicadamente y me acerqué a la cama. Ahí yacía acostada Leora, tenía varios moretones en el rostro, tanto este como sus brazos estaban llenos de cortaduras por los vidrios que habían salido despedidos en el accidente y su mano enyesada e inmovilizada. Me senté en la silla junto a la cama, y tomé su mano entre las mías.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó ella con una media sonrisa y mirada confundida.

—Vine a verte —le dije con una ligera sonrisa dibujada en mi rostro.

Antonio y mi madre salieron cerrando la puerta tras de sí, entendiendo que necesitaba un momento con ella.

—Pero se suponía que vendrías en dos meses. Para mi boda. No era necesario que vinieras solo por esto. Estoy bien.

—¿Recuerdas cuando tuve peritonitis y tuve que faltar a la escuela todo un mes? Te quisiste quedar conmigo, pero mamá no te lo permitió, así que después de clases tomabas el autobús para ir al hospital y pasábamos toda la tarde juntas viendo películas. Te quedaste a mi lado cada segundo, y yo haré lo mismo.

Noté su preocupación.

—Tranquila, solo pedí más vacaciones. Tenía muchas acumuladas. Me quedaré hasta la boda.

—¿Aún crees que me pueda casar así? —Preguntó señalando las cortadas en su cara y brazo inmovilizado.

—Te vas a mejorar, Leo. Estoy segura. Y si no..., bueno, estoy segura de que tu maquillista hará un gran trabajo —bromeé y ella me dio un golpecito en el brazo.



Esa noche me fui con mi madre a casa, pues el hospital tenía una estricta política que indicaba que solo un familiar se podía quedar en la habitación. Acordamos que cada noche nos turnaríamos para quedarnos con Leora. Esa noche fue Antonio.

La mañana siguiente llegué temprano al hospital. Antonio ya se había ido a trabajar. Leora me recibió con una sonrisa, como siempre.

—Traje películas —dije y sus ojos brillaron con emoción.

Pasamos todo el día y la tarde pegadas al pequeño televisor que había en la habitación hasta que ambas nos quedamos dormidas. Hace años que no pasábamos tiempo juntas y la verdad es que lo extrañaba.

Mi madre llegó por la noche y se quedó con Leora mientras yo regresaba a casa.

Pasamos una semana con la misma dinámica hasta que le dieron el alta a Leora y la pudimos llevar a casa, donde realizamos todas las curaciones y limpiezas que los doctores nos indicaron.

La primera semana que estuvo en casa, todo parecía estar bien, pero una noche noté que Leora parecía estar muy pálida, lo cual me preocupó. Cuando tomé su temperatura, noté que tenía fiebre alta. Nos dijo que sentía un dolor insoportable en su brazo. Cuando se quejó de sentir escalofríos y mareos, nos alarmamos aún más, así que mi madre y yo decidimos llevarla nuevamente al hospital. Camino allí, llamé a Antonio.

Cuando llegamos, Leora apenas podía mantenerse despierta. Los médicos actuaron de inmediato, solicitando análisis de sangre y revisando la herida en su brazo. Nos pidieron esperar en una pequeña sala contigua mientras la examinaban.

Los minutos pasaron lentamente y, mientras esperábamos, Antonio llegó, cansado y casi sudando porque había corrido para llegar lo más pronto posible. En ese momento uno de los doctores salió de la habitación.

—Doctor. ¿Cómo está? —Preguntó Antonio con mirada consternada.

—La condición de la señorita Leloir es grave. Por lo que hemos podido ver en los análisis, la paciente está sufriendo de una sepsis. Es una respuesta inflamatoria severa a una infección que ha ingresado al torrente sanguíneo. Sospechamos que el origen podría estar en la herida quirúrgica —explicó, con el rostro cargado de preocupación.

—Pero, ¿cómo es posible? Hemos estado siguiendo todas las indicaciones y las curaciones han sido cuidadosas y tal como se nos indicaron —pregunté, sintiendo que mi corazón se aceleraba con cada palabra que salía cargada de frustración.

—Por los resultados de los análisis podemos ver que es una bacteria resistente, y que seguramente se albergó en las capas más profundas de la herida del brazo de la señorita Leora. Este tipo de casos son extremadamente raros, pero a veces, la profundidad en la que se encuentra la infección puede hacerla indetectable en las primeras etapas, lo que la vuelve mucho más peligrosa porque no se presentan síntomas evidentes hasta que ya se ha diseminado por el torrente sanguíneo.

—Pero..., ella... ¿Ella va a estar bien? —Pregunté con la voz quebrada.

—Ya le hemos administrado antibióticos, estamos esperando los resultados de los cultivos, pero la infección parece estar avanzando rápido.

El doctor se excusó y volvió a entrar a la habitación. Nos volvimos a sentar y tras horas de espera, los rayos de sol entraron suavemente entre las persianas de una única ventana cercana, que nos indicaba que ya había amanecido.

La puerta de la habitación hizo un rechinado agudo, sacándonos del estado de letargo, el doctor salió de ella con una expresión sombría.

—Realmente lo lamento —comenzó diciendo el doctor—. La paciente cayó en coma, me temo que la infección causó un fallo multiorgánico, hacemos lo que podemos, pero deben prepararse para lo peor.

Sentí un nudo formarse en mi garganta. Mis extremidades, tan gélidas, como si se entumecieran hasta no poder sentir las. Y mi cabeza se veía invadida por un aturdimiento que hizo que mi visión se nublara por un momento. Miré a mi madre, quien simplemente miraba incrédula al doctor mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas como cascadas. Y a Antonio, que se dejó caer pesado en el sillón, cubriéndose la cara con ambas manos mientras sollozaba.

—Pueden pasar a verla —añadió el doctor.

Los tres aspiramos profundamente antes de poner un pie dentro de la habitación, intentando prepararnos para aquello para lo que jamás estaríamos preparados. Ahí estaba, recostada boca arriba con un tubo en su boca, decenas de cables que conectaban su cuerpo con monitores, y algunas vías que estaban suministrando sueros y medicamentos.

Mi madre fue la primera en acercarse, le susurró algo al oído y le dio un dulce beso en la frente mientras lloraba desconsoladamente. Luego fue Antonio el que se acercó a ella. Le expresó lo mucho que la amaba y le dio un ligero beso en la mejilla. Finalmente, me acerqué

a ella. No me parecía estar viviendo eso. Era como si mi cuerpo no fuera mi cuerpo, como si mis pensamientos no me pertenecieran y divagaran, y como si aquella mujer que lucía tan frágil y demacrada no fuera mi alguna vez vivaz y enérgica hermana.

Aspiré profundamente y luego saqué todo el aire en una larga exhalación que esperaba me calmara, pero aquello era imposible.

Tomé su lánguida mano entre las mías.

—¿Sabes? Tú siempre has sido mi alma gemela, incluso desde antes de nacer. Compartimos el primer latido, la primera respiración. Todo lo que soy, siempre ha estado conectado a ti. Y la verdad es que nunca pensé qué haría si un día no estuvieras; de hecho, creí que siempre estaríamos juntas —las lágrimas inundaron mis ojos y mi voz se entrecortaba presa del dolor y la impotencia—. Y me frustra pensar que aún nos faltaba tanto por hacer, tanto por reír, por llorar, por vivir. Te amo, Leo, y eso jamás cambiará —dije, aferrándome con desesperación a su mano.

Aquel hilo que nos unía, era el mismo del que ahora pendía su vida. El mismo hilo que momentos después se manifestó en el monitor de latidos junto con un sonido agudo, largo y desolador que indicaba que Leora se había ido.

Colisión

MAITE ALBUJA

Universidad San Francisco de Quito USFQ

La miro en profunda contracción, la lágrima en el umbral de la retina juega con caer al vacío, se tambalea como una niña pariendo un niño, el derrumbe inminente se anuncia con el reclamo de la Lidia: «¡No más silencio estatal!».

Siento como se sostiene, sostiene sus lágrimas, mi madre sostiene su cuerpo y aprieta mi muñeca, parece que me quiere apretar a su vida, parece que es un árbol al borde del colapso, pero el goce necio del viento la envuelve y hay algo misterioso oculto en el dolor que no la deja quebrarse completamente, habita el limbo del grito y la cascada.

Mi madre nunca lloraba frente a mí, trataba de ocultarlo todo en el abismo de su trauma, su cuerpo. Trataba de protegerme de lo innombrable de la humanidad:

humanidad cruel
humanidad despojo
humanidad exterminio
humanidad mentira
humanidad mano tapando boca
humanidad si gritas te mato
humanidad si recuerdas te asfixio
humanidad silencio
humanidad no recuerdo humanidad

Constantemente parecía estar a un paso del precipicio, pero la inercia de la represión en su cuerpo le impedía caer. Luego volteaba, me miraba y reía triste con una lágrima en la cara, solo una, no se

permitía más, llorar es su placer secreto, un premio por haber callado todo el año, por haber ido a trabajar con el peso de la muerte de 300 personas en el patio oscuro de un cuartel. Por haber hecho la comida y que la sal de sus ojos no haya condimentado mi alimento, mi vida, mis sueños. Pero mamá no puedo soñar desde hace años, hay algo monstruoso que se esconde bajo mi falda cada día en el preescolar, la fragilidad que habita mi órgano floral se retuerce como los tallos del capulí del patio, nunca logré entenderla, hay algo en ese misterio que me ha sido arrebatado desde siempre.

La Lidia acaba su consigna revoltosa, mira a la gente espectadora del desenfreno de la rabia que agita la memoria y pregunta:

—¿Alguien quiere compartírnos su historia?

Mi mamá comienza a caminar al frente como si esa última palabra, «historia», fuera un impulso, un latido, un espasmo en el interior de su existencia que no puede contener y empuja sus huesos, sus músculos y su aliento. Me lleva caminando a su lado, dejándome guiar por la brisa como una extensión que forma parte del árbol-cuerpo que es mi madre. Llega frente al palacio de Carondelet, asienta con la cabeza a la Lidia, toma una respiración y me deja escurrirme por el calentito de sus manos, soltando poco a poco la tensión de sus dedos-ramas, me deja ir, como un brote que cae, con la intención de alejarme lo más posible de su cuerpo, de su voz y de sus entrañas.

Coloca con suavidad el megáfono cerca de sus labios, empieza su relato y yo juego a hacerle preguntas a los rostros que me miran desde el suelo, uno a lado del otro con un mensaje cifrado en palabras que apenas entiendo:

Se busca.

Si lo encuentra llame.

Grite, llore, balbucee.

Exija, recuerde, recuerde, recuerde.

Las caras están absortas en un eterno mirar a la cámara, doy brincos entre los límites de sus últimas fotos, tengo seis años y escucho sus voces narrando, una conversación, una canción, un momento, un temblor, un vivir, un alguien. Al lado de los rostros-imagen

observo un cartel con las siglas ASFADEC, cuando escucho a mi madre contar algo que me hace helar el cuerpo: «Los milicos me arrastraron y encarcelaron en el SIC-10 cuando aún era de madrugada». No entiendo el contexto, me perdí en las historias de los rostros con nombres y fechas, pero me reconozco en el miedo de imaginar a mi madre siendo forzada a entrar a una caverna profunda y no poder sentir sus ramas apretando mi muñeca. La miro y detengo mi juego cuando vuelvo a escuchar: «No sabía si era de día o de noche, me obligaban a no dormir para torturarme». Y esa palabra final me marea, me recuerda, me construye, hay algo en esa palabra que me arma, es un pedazo de mi carne, es un pedazo húmedo, floral, cóncavo, rojizo y herido.

Mi madre solo me habló dos veces de mi padre, una vez cuando tenía cuatro años y unos niños en preescolar me gritaron «huérfana» y regresé llorando a la casa, temblando, cual pajarito herido, cual flor deshojada. Mi madre me contuvo y frenó mi llanto diciéndome que mi padre fue un músico, que cantaba en la plaza de Santo Domingo, su arte removió vidas, sus canciones despertaban lágrimas como se despiertan las liebres en el páramo con gotitas de rocío en el pelaje. Y la segunda vez es aquí mientras la escucho decir: «A Ernesto lo mataron los milicos, lo ba aron con agua helada a las dos de la madrugada, le echaron gas pimienta y mientras se retorc a en el piso le dijeron entre burlas que me partirían en dos, que harían de mi cuerpo una nota de papel húmedo y frío donde escribirían con su semilla un mensaje para el pueblo».

La respiración se me pasma, escuchar el nombre de mi padre tejido en la composición macabra de esas oraciones contractura mis pulmones. Mi madre me cuidaba de todo lo que podía, y cuando al fin del mes no nos alcanzaba el dinero para pagar la renta, se desvanecía en la neblina densa y negra del cuarto del arrendador y regresaba tibia, con olor a cardos y blasfemia, con la mirada perdida, daba un suspiro profundo, hundía todo en su árbol y me preguntaba qué quería de comer. Hasta que una noche a mi tierna edad de fruta el casero le insinu  algo de mí y ella grit  y lo golpe , cerró la puerta, me tom 

suave por los hombros y me dijo que ella jamás permitiría que alguien me tocara. Pero, ¿cómo le digo a mi madre lo que no sé nombrar? Apenas sé completar una oración, aprendí el abecedario hace tres días, no sé cómo construir con consonantes, no encuentro el sentido de las vocales, en mi boca se convierten en tallos, hojas, flores y espinas que no me contengo a escupir por el jardín. Hay una «A» pérdida que oculta el miedo que la guarda, la «B» se destierra de la vida constantemente, boca, baba, barro, la «U» urgente, humillante, unidireccional se desliza y me perfora, la «S» sale corriendo cuando la llaman a desayunar por la mañana, dice que tiene fiebre y se queda recostada en la cama sintiendo ardor en su vientre, y la «O» la olvido siempre que la profe me pregunta por la sangre encontrada en mis piernas, y luego me castiga por ser descuidada y correr como niño en el patio.

Mi madre se detiene un segundo, las palabras se atorán en su garganta y nace de sus labios un brote que se abre en una flor sanguínea: «Pusieron su semilla maldita en mi vientre, evitaban patearme ahí porque querían verme parir el odio que me tenían, querían que me desangrara lenta, rota, hundida, perforaban mi tierra y envenenaban mi río».

¿Cómo no lo pude ver antes? ¿Cómo no pude reconocer que los rasguños en tu estómago revelan parte de mi historia? Mamá, ¿por qué no me pariste planta para perforar raíz en lo húmedo y tibio de la tierra, para que no tengas que guardar silencio y hacer de tu cuerpo un trauma viviente? Tu silencio, para no asustarme la vida, asustarme el cuerpo, para no hacerme odiar cada una de mis células, mis genes, cada partícula en mí que se conecta con esa milicia-crueldad, con esa dictadura encarnada en tu cuerpo, que ahora se me atora en la respiración. Te imagino sintiéndome crecer como parásito que te anida, tu útero un cuenco de mercurio, una pila de piedras, trozos de vidrio bajo la piel. Yo me expandía, crecía, y tú llorabas y te quejabas, mientras los milicos se reían. Y trataste, mamá, trataste de sacarme con tus manos, hasta que ya no pudiste hacer nada, porque nací, porque sollocé, grité, babeé y jadeé sonidos inconclusos y asfixiados como tú. Y te reconociste en mi llanto

y desesperación. Sabías que, aunque repudiabas mi concepción y todo su proceso mortuorio, había algo que nos unía: un cordón imaginario con el que me ibas a sostener siempre. Me tomaste de la vida calentita que temblaba, y me viste como una fruta que se ha escurrido en sangre por tus piernas. Me abrazaste, y por primera vez lloramos juntas hasta quedarnos dormidas. Cuando tienes seis años, los adultos piensan que tú no entiendes nada, que tu vida se distrae al jugar por las piedras de la Plaza Grande, que las palabras vienen y van como el viento. Me precipito desde mi cuerpo, cual lluvia que se derrama de pronto, pero aprendo, como tú, a sostenerme. Aprendo de tu fuerza de árbol a que mi cuerpo-agua se contenga, represa que reprime y resguarda el misterio del abismo-dolor.

Tu vida se pasma, mamá, como si el aire hubiera dejado de fluir por la plaza. Después de tus palabras, nadie se atreve a moverse o hacer ruido. Los vendedores ambulantes, detuvieron su rutina. Ni los pájaros se atrevieron a cantar, como si incluso ellos entendieran que algo irreparable acababa de suceder. Todo se queda en silencio por unos minutos que parecen eternos, mientras recobras tu cuerpo, mientras regresas del abismo donde escondes tu dolor. Las palabras que liberaste flotan en el aire, pesadas nubes de tormenta a punto de desbordarse. El mundo entero se encogió para hacerte espacio mamá.

Tus lágrimas caen como estrellas fugaces de ácido, quemando surcos en tu rostro. Retiras el altavoz con la fragilidad de quien sostiene su propia destrucción. La Lidia lo toma en silencio, mientras extiendes tu mano hacia mí, una rama quebradiza que tiembla. Corro hacia ti con desesperación, como quien corre hacia un refugio que arde. Me tomas de la muñeca, me aprietas contra tu cuerpo y empezamos a alejarnos. No me miras. No me hablas. Caminamos lentamente por la calle La Ronda, envueltas en un silencio que nos devora, un eco eterno del abismo que nos habita. Vas abandonando pétalos-lágrimas por el camino de piedra. Nos detenemos en la esquina, el sol nos observa desde las sombras, respiras, hundes la precipitación en tu árbol tembloroso, me miras y con una lágrima en tu mejilla, me sonríes y me preguntas: «¿Qué quieres de comer?».

Margarita

MARÍA DANIELA ASANZA

Universidad San Francisco de Quito USFQ

En medio de Londres caminando me encontré una margarita, blanca y tersa como la porcelana de tu piel. Crecía en el cemento, como el sol en medio de la tétrica galaxia. Me la encontré caminando, casi la piso, como pisé una vez mi propio corazón por ti, por nuestra causa.

En medio de Londres corriendo me encontré una margarita, estaba lloviendo a cántaros cuando la miré, casi pisándole me desvié y me tropecé. Raspé las rodillas con el cemento, cortando tanto que se pudieron ver hasta mis huesos. Con huesos expuestos, músculos desgarrados, y piel colgando me acerqué a tocarla. Intentando taparla de la lluvia que la azotaba como olas hambrientas a una playa, siguiendo la hipnotizante voz de las sirenas.

En medio de Londres desangrando me encontré una margarita. Sentado en el piso color carmín acariciaba mi flor con ternura. Le susurraba palabras de amor, y con la yema de mi pulgar rozaba su mejilla-pétalo, mientras el agua nos desnudaba y mi sangre era tinta de los versos que esperaba recordar para anotarlos en papel, y traerle a la margarita una carta.

En medio de Londres soñando me encontré una margarita. Con el cuerpo desarmado y gritando de dolor me acerqué a besarla apasionadamente. Me rompí los labios, y la sangre corría por mi pecho, mientras los truenos y el agua limpiaban nuestros pecados.

En medio de Londres volando me encontré una margarita y la arranqué, con todas mis fuerzas. El mundo se paró y con un grito ensordecedor la lluvia se congeló, pude ver las gotas flotando a mi alrededor, el relámpago en su culminación. Sonreí malévolamente con

los ojos desorbitados, recogí la piel que había dejado en el pavimento en una mano y me puse la margarita en los labios con la otra, asegurándome que estaba clavando mis colmillos con todas mis fuerzas rompiendo el tallo como si una bailarina diera un salto equivocado.

En medio de Londres yo me encontré una margarita y la maté, como alguna vez lo hiciste tú a mi jardín de flores, jardín amigo del cemento, la contaminación, los rastros de mi sangre y un cementerio.

Fragmentado

MARTÍN ASTUDILLO, EMILIA CALDERÓN Y EMILIA PÉREZ

Universidad de Las Américas

El oficial Paúl Suárez estaba observando el atardecer carmesí como la sangre salpicada por toda la habitación. Un extraño presentimiento lo había hecho visitar a su viejo amigo esa tarde de jueves. Sin embargo, nada podría haberlo preparado para lo que encontró en el apartamento de Daniel. Cuando llegó, la puerta principal estaba sin seguro, lo cual le resultó preocupante. A medida que se acercaba al dormitorio, el silencio era inquietante. Con aprehensión, llegó al dormitorio donde se mostraba la escena sangrienta. Sangre y carne esparcidas al azar por la habitación, y un machete oxidado yacía en una esquina, pero no había el cadáver. La luz del sol que se colaba por una de las ventanas hacía el rojo más vívido. Perdido en sus pensamientos, se acercó a la ventana y el aire frío llenó sus pulmones. Mientras observaba todos los edificios alrededor del parque, comenzó a recordar sus años en la academia de policía. En aquel entonces, él y Daniel pasaban horas en ese lugar charlando, bromeando y compartiendo sus mayores aspiraciones. Se encontraban antes, durante y después de clases, por lo que eran prácticamente inseparables. Ambos deseaban un futuro brillante, pero la vida había tomado un giro inesperado.

—Unidad 099 reportando, posible caso de asesinato cerca del ala norte del Parque La Carolina.

La ansiedad empezó a invadir la mente de Paúl. Su respiración se aceleró mientras tomaba la radio con manos temblorosas para solicitar apoyo. Cuando llegaron los forenses, obligaron a Paúl a retirarse. Aunque protestó, le dijeron que no podía involucrarse en

la investigación, ya que conocía a la víctima. Sin embargo, para él era crucial tomar el asunto en sus propias manos y encontrar al asesino de su amigo. Esa misma noche, a espaldas de sus superiores, se infiltró en la escena del crimen para recoger pruebas. Había estado tantas veces en el apartamento de Daniel que lo conocía como su propia casa. También sabía que su amigo había estado involucrado en un caso de alto perfil relacionado con el tráfico de drogas. Inesperadamente, el caso se desmoronó después de que el líder de la banda responsable de la red de distribución fuera asesinado por un subordinado, quien luego se quitó la vida. Paúl decidió revisar el caso de narcóticos, con la esperanza de encontrar pistas. No se sintió decepcionado, pero su investigación tomó un giro nefasto. Antes del amanecer, Paúl descubrió que Daniel no había estado siguiendo al líder, sino a uno de sus socios: el capitán de la comisaría donde ambos trabajaban. Durante los últimos meses, Daniel había notado algunas irregularidades en las acciones del capitán Ortega. Una vez reconocido por su integridad, el reciente comportamiento de Ortega insinuaba su implicación en algo ilícito.

Paúl pensó para sí mismo, «¿Cómo es esto siquiera posible? ¿Significa esto que el capitán...?». Sacudió la cabeza como si no quisiera que ese pensamiento se asentara en su mente.

Habiendo pasado la noche en vela, los primeros rayos de sol eran cegadores. Paúl cerró los ojos y se frotó las sienes. Intentó reflexionar sobre sus hallazgos, pero su dolor de cabeza empeoraba. Sus recuerdos antes de llegar a la escena del crimen eran demasiado confusos y desde entonces sentía que su cabeza iba a explotar del dolor. Tal vez, el impacto había sido demasiado para él.

«Tú siempre fuiste tan honesto, ¿verdad? Pues mira cómo terminó». Echó un vistazo al dormitorio y suspiró. Aunque el cuerpo no estaba, su principal objetivo era encontrar al culpable para que pudiese pudrirse en la cárcel.

Minutos después, Paúl dejó la escena tras colocar todo meticulosamente en su lugar. Su siguiente parada era la comisaría, más específicamente el casillero de Daniel. No sería sospechoso que lo

vieran revisando sus cosas porque todos sabían cuán cercanos eran y, si alguien preguntaba, podía usar algún protocolo como excusa. Era muy temprano, por lo que no había mucha gente alrededor. Cuando la vieja recepcionista, Bianca, vio a Paúl, lo saludó tan cálida como siempre. Con ojos enrojecidos, lo consoló.

—Paúl, lo siento mucho. Él fue un gran hombre, sé que era más que un compañero para ti, eran como hermanos. Él no merecía esto.

Por alguna razón, Paúl no pudo mirarla a los ojos. La sinceridad en su voz hizo que las palabras se atasgaran en su garganta.

—Era perfecto. Era más de lo que yo jamás podría ser.

Con una caja en mano, se apresuró hacia los casilleros y abrió el de Daniel. Después de todo, conocían las contraseñas del otro. No había mucho dentro del casillero aparte de unas fotos pegadas en la parte trasera de la puerta del casillero y una chaqueta. Ninguna foto llamó la atención de Paúl, excepto una en particular. Era una de cuando Daniel ganó una pasantía otorgada por la academia. En el día de la selección, Paúl estuvo presente y cuando anunciaron al ganador, Daniel estaba encantado, por lo que quería tomarse una foto para conmemorar el momento. Esta oportunidad cambió el rumbo de la vida de Daniel.

«Si no hubiera sido por ti, no habría logrado nada de esto. La satisfacción de mi carrera y mi puesto se deben a todo lo que aprendí allá. Además, es gracioso cómo no habría conocido a Laura si no hubiera ganado la pasantía. ¿No crees?».

«No sé, niño. Pero es curioso cómo todo puede cambiar en un momento».

Paúl recordó entonces a Laura, la prometida de Daniel. La había llamado tan pronto como sucedió el incidente. No podía entender nada de lo que decía debido a sus sollozos. Paúl revisó su teléfono por si ella había dejado algún mensaje, pero no había ninguno. Inconscientemente, buscó en las redes sociales de Daniel y revisó sus publicaciones con una expresión de dolor. En cada una, se veía tan feliz, rodeado de personas que ahora estarían extrañándolo por siempre. Finalmente, Paúl inspeccionó la

chaqueta. En uno de los bolsillos, encontró un papel arrugado. Al abrirlo, sus ojos se abrieron de par en par. Alguien había amenazado a Daniel. Dentro de la nota, estaba anotada la dirección de su casa y una frase: «plata o plomo». Todo encajó. Mientras Paúl revisaba las pertenencias de Daniel en su apartamento, descubrió una carpeta con pruebas incriminatorias: documentos que vinculaban al capitán con un envío de drogas y un video que lo mostraba firmando acuerdos sospechosos en un callejón. Daniel estaba reuniendo evidencia para desenmascarar a Ortega, lo que probablemente explicaba la carta amenazante. Paúl rápidamente escondió la carta y salió de la comisaría.

En su casa, comenzó a compilar toda la información que había reunido para no olvidar ningún detalle. A pesar de estar enfocado, su estómago gruñó, recordándole que no había comido en todo el día. Cabreado, fue a la cocina a comer, pero algo llamó su atención. Su cámara estaba instalada en una esquina de la sala. Como pasatiempo, solía grabar a las aves que vivían en un árbol frente a su casa. Sin embargo, no recordaba haber colocado la cámara. Además, el lente no estaba apuntando hacia la ventana, sino hacia el interior de la habitación.

«Qué *shunsho*, debo haber olvidado guardarla. La batería debe haberse acabado».

Estaba cargando la cámara cuando su teléfono sonó. Era Agustín, un amigo asignado al caso, quien le dijo que lo mantendría informado como un gesto de simpatía.

—Hola. ¿Qué pasa?

Al otro lado del teléfono, Agustín permaneció en silencio un momento antes de cuestionarlo:

—Paúl, ¿qué hacías en su apartamento?

—¿A qué te refieres?

—Daniel pidió unos días libres para visitar a sus padres y contarles que consiguió la plaza para trabajar en la comisaría más grande de Cuenca. ¿No lo recuerdas? No iba a estar allí, pero aun así fuiste.

—Lo sé, pero me dijo que había perdido el vuelo. Escucha, para ser honesto contigo, simplemente sentí ganas de verlo antes de que se fuera... Nunca pensé, — al recordar la escena de la mañana, quedó en silencio.

Agustín respiró hondo.

—Lo sé, pero todo pasa por alguna razón. De todos modos, el dueño del edificio aún no nos ha entregado todas las grabaciones de seguridad, así que aún queda mucho por revisar. Trata de dormir un poco, sueñas cansado. Te llamo más tarde.

Colgó antes de que Paúl pudiera agradecerle. Agustín tenía razón. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Además, ahora que había tomado un descanso, percibió el aroma a sangre que emanaba de su ropa. Era repugnante, sintió como si estuviera a punto de desmayarse. Se tumbó en su sofá y se durmió de inmediato.

Un par de horas tarde se despertó aterrorizado. Jadeó mientras el sudor frío le corría por la cara. Había tenido una pesadilla. Alguien estaba llorando y suplicando sin parar, pero no podía decir si era él u otra persona. El olor de antes se había intensificado, provocándole náuseas. Si hubiera visto algo en el sueño, Paúl imaginó que todo su cuerpo habría estado cubierto del líquido carmesí y cálido. La sangre provenía de su boca, asfixiándolo. De vuelta a la realidad, fue a investigar el ruido. La noche estaba más oscura que nunca y el viento era helado. Paúl recorrió su casa. Un olor fétido lo asaltó tan pronto como dobló la esquina. Al principio pensó que su vecino había tirado basura en su patio trasero nuevamente, pero al acercarse, escuchó un sonido ahogado. Sacó su celular para iluminar el objetivo, pero, de repente, algo salió de la basura hacia él.

—¿Qué es eso?

Apuntó su linterna hacia una rata que estaba tratando de romper una funda de basura. Por miedo, la rata chilló y escapó. Paúl estaba a punto de mover la basura cuando volvió a percibir ese olor putrefacto. Tapado la nariz y con disgusto, alcanzó la bolsa para ver qué causaba ese olor. La bolsa se rompió, y un par de ojos ensangrentados lo miraron fijamente. Estaban incrustados en una masa carnosa que

parecía haber sido en algún momento una cara. Paúl se congeló. Él podría reconocer esos ojos donde sea, eran de su amigo, Daniel.

Paúl azotó la puerta al entrar en su casa. Su visión era borrosa, estaba desorientado y sus pensamientos se aceleraron. Instintivamente, tomó la cámara, buscando el último video guardado. Allí estaba. En la imagen, era claro cómo había configurado la cámara antes de salir con una bolsa en mano. Horas después, entraba en la casa cargando el cadáver de Daniel envuelto en plástico. Él no reconoció al hombre del video. En su rostro enrojecido tenía una expresión indiscernible, pero claramente emocionada. ¿Estaba extasiado? ¿Estaba aterrorizado? Tal vez era ambas cosas. Después de todo, siempre había envidiado a Daniel, el hombre perfecto que le robó su vida soñada.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué he hecho? ¿Por qué no puedo recordar nada?

Rompió la cámara y se encogió. No pasó mucho tiempo antes de que la policía encontrara a Paúl, murmurando y profundamente perturbado. No opuso resistencia al arresto.

Al revisar las cámaras de seguridad en el edificio de Daniel, los investigadores identificaron a Paúl saliendo de la escena, cargando una funda de basura pesada. En el interrogatorio, él insistió en que no recordaba nada. Luego, aparecieron más evidencias de su comportamiento obsesivo enmascarado como amistad tras la aceptación de Daniel a la pasantía a la que ambos habían postulado en el pasado. Paúl había solicitado su cambio de lugar de trabajo a Cuenca meses antes de que Daniel aplicara. Esto desató la rabia y rencor que tenía hacia él desde hace años. El análisis médico de Paúl mostró que tenía trastorno de estrés postraumático y por eso su memoria estaba fragmentada.

Por otro lado, la investigación también reabrió el caso que conectaba al capitán Ortega con el tráfico de drogas. Durante su interrogatorio, admitió haber enviado la carta amenazante, pero negó cualquier participación en el asesinato. A pesar de eso, los detectives coincidieron en que los días de Daniel estuvieron contados desde el principio.

El escarabajo

ANA PAULA BETANCOURT
Universidad de Las Américas

Luego de la metamorfosis, solo vi oscuridad. Entré por ese túnel oscuro y frío porque, aunque presentía un mal augurio, sentía que me llamaba. La vi por primera vez cuando atravesé la pared por una fisura que dejaba entrar un fino rayo de luz en la habitación. Las cortinas estaban cerradas. Viví dentro de esas paredes por mucho tiempo y, por eso, la había escuchado toda la vida, jugando y riendo con su hermano. Siempre fueron Alana y Asher, o Lana y Ash para los amigos y familiares. Luego de un tiempo, eso cambió, solo escuchaba gritos e insultos; pero los últimos meses, solo había silencio.

Alana estaba sola, con una taza de café medio vacía y tocando una melodía en el piano. Su taza tenía una grieta vieja, pero ella no la tiraba; en cambio, la había reparado con cuidado, como si no quisiera olvidar que algo roto podía seguir cumpliendo su propósito.

De repente, empezó a sollozar. Se dejó caer al piso y lloró de una forma violenta y ruidosa. Repetía la misma frase una y otra vez: «Te extraño tanto». Usaba distintos tonos y un volumen de voz diferente en cada línea, pero siempre decía la misma oración. Nunca entendí por qué sus padres no entraron a la habitación. Cualquiera papá que escucha de esa manera a su hija lo haría, pero algo en esa casa no iba bien. Algo nunca estuvo bien.

Las horas pasaban, pero la mañana y la luna seguían en la ventana. Desde que entré por la fisura de la pared, encontré miles de grietas más que hacían a ese hogar frío y distante. Era adictivo observar a Alana, por eso me quedé quieto por horas. Cuando dejó de llorar, se levantó y pude aprender algunas cosas sobre ella. Le encantaba el

café, pero solo con una cucharada de azúcar, tocaba el piano, y su pelo rojo trenzado era muy llamativo por lo que no podía dejar de verlo.

De repente, su madre abrió la puerta de golpe, asustándome.

—Ya encontré la dirección —dijo cortante—. Es en la avenida principal y la primera intersección, en un edificio blanco con un letrero en la entrada.

Tal como entró, de esa forma repentina, salió. Lo reconozco, asumir que era su madre pudo ser un error, pero ese tono de rojo en el pelo no era común, y ellas lo compartían.

Alana asintió luego de que su madre le diera la dirección y se puso a dibujar de inmediato. El lápiz hacía mucho ruido y se consumía rápidamente. Así Lana dibujó la luna, o más bien, una media luna. Su forma de moverse en el papel transmitía mucha calma, como esa calma antes de la tormenta. Pero había algo que faltaba en ese dibujo, la otra mitad de la luna.

Podría culpar a mi curiosidad innata o al complejo de solucionar los problemas de otros, no lo sabía, pero tenía que ir a esa dirección. Salí de la casa y caminé por horas dentro de la agitada ciudad. Algo que siempre me había sorprendido era lo desconsiderada que era la gente: nunca pensaban en lo que estaba bajo sus pies y caminaban sin darse cuenta a quién pisaban. Cuando llegué al edificio, el letrero decía «Clínica de Rehabilitación». Intenté buscar por donde entrar. Era un edificio relativamente nuevo, de concreto, liso y sin imperfecciones, no había fisuras. Tuve que entrar por la única ventana del lado izquierdo. Sin embargo, al llegar al alféizar me di cuenta de que no era una ventana, sino un hueco con barras, y era la única entrada de luz para esa habitación.

Adentro solo había una cama con una sábana y una mesa al lado. En la cama descansaba un chico, con la mirada cansada y perdida. Supongo que en lugares así no había mucho que hacer y la soledad era el único acompañante. Él tenía ojeras visibles y sus ojos apenas se mantenían abiertos. Llevaba una camiseta con el título de una película y las letras con borde amarillo sobre el fondo totalmente negro, del mismo color que sus ojos, su pelo y sus pantalones.

—Asher, ábreme, aquí está lo que me pediste —murmuró con prisa alguien detrás de la puerta.

Asher se levantó con desgano, se frotó los ojos y caminó hacia la puerta. Cuando me dio la espalda, no pude ver quién estaba afuera, pero sí pude ver lo que le dio a Ash: una cajetilla de cigarrillos y una fosforera. Ash asintió, cerró la puerta y regresó a su cama. Contempló la caja por varios minutos antes de dejarla sobre la mesa. Luego se recostó, mirando al techo y murmuró una melodía. La reconocí de inmediato, era la misma que Lana había tocado esa mañana en el piano. Ash quería música, pero se encontraba encerrado en un lugar sin color ni vida. ¿Cómo se podía mejorar en un lugar donde todo parece estar en tu contra? Decidí darle a Ash una salida, un escape.

Bajé por la pared para encontrar algo que sacara a Ash de la oscuridad, de no poder moverse de la cama y de quedar alejado de su familia. Ash era una de esas personas artísticas que debían explotar su creatividad constantemente. Lo sabía por sus manos, llenas de cicatrices, que me indicaban que había tocado la guitarra toda su vida. Debía devolverle esa vida. Mi anatomía no me permitía cargar una guitarra o una batería, pero sí podía hacer otras cosas.

En culturas ancestrales existían piedras con la capacidad de producir armonías. Se las llamaba «litófonos». Al golpearlas de manera sutil, creaban armonías y, por eso, eran una forma de hacer música antes de la invención de las cuerdas. Me metí dentro del bosque para encontrar litófonos. En mi mente solo tenía la misión de darle a Ash un par, para que pudiera sacar esa melodía de su cabeza.

Regresé cuando el sol se iba. Busqué entre raíces y musgo, golpeando cada piedra hasta encontrar las que emitieran las notas adecuadas. Al final, llevé dos piedras del tamaño justo para poder cargarlas. Entré por la puerta principal para que la gravedad no jugara en mi contra y llegué a la puerta 02, la de Ash. Empujando una de las dos piedras, toqué la puerta. Cuando se abrió, me escondí detrás de la columna de la pared. Uno nunca sabe cómo reacciona una persona la primera vez que te ve. Para unos eres un bicho insignificante con

apariencia escalofriante y otros quieren disecarte para sus colecciones. Por eso nunca he usado puertas, siempre por la pared.

Regresé a ese hueco para observar el resultado. Ash había colocado las piedras en el suelo y estaba sentado frente a ellas, observándolas. Tomó una en su mano derecha y la golpeó levemente contra la otra. Esa primera nota fue como exhalar después de contener el aire por mucho tiempo. La segunda se volvió más natural y viva, como si algo dentro de Ash por fin despertara. Tocó la melodía de forma continua, y era la misma que Lana había interpretado esa mañana en el piano, pero con un eco resonante en toda la clínica.

—Te extraño Lana —murmuró.

Ash tocó las piedras durante toda la noche. Pude ver que estaba feliz y tranquilo. Yo tenía razón, la música era algo importante para él, pero lo había olvidado en ese lugar. Recordé que cuando vivía en las paredes, podía escuchar todo el tiempo la música de los hermanos. Llenaban el aire de colores. Pero cuando Ash se dejó consumir y puso en peligro su vida, sus padres lo enviaron a esa clínica, dejando a Lana destruida e incomprensible. Tal vez los adultos no entienden a sus hijos. O tal vez solo estos adultos no entendían a sus hijos.

Ese día le di a Ash una razón para recordar, para levantarse, para seguir adelante.

Lana tenía que saber que su hermano encontró motivos para cambiar. Esto me lleva a este momento, frente a la clínica y a punto de voltear para ver el efecto mariposa. Mientras camino, pienso en muchas cosas. Quiero ver ese dibujo completo, no solo una media luna. Quiero saber si la melodía sigue sonando igual, o si ha cambiado. Quiero saber si ya dejó de llorar y si ahora ríe.

Cuando llego a la casa y subo por la pared, noto algo distinto. Donde debería estar mi fisura, ya no la hay. O más bien sí, pero ya no puedo entrar. Hay algo que estorba lo que antes era mi libre entrada. Pienso que es una de esas cajas momentáneas para remodelar o mover objetos, lo extraño es que brilla. Ahora que lo veo de cerca es oro. No voy a poder entrar nunca más, pero ¿y si entro por la puerta? ¿Qué podría pasar? Al fin y al cabo, luego de ver como

Ash cambió hoy. ¿Por qué no podrían cambiar todos? Entro por la puerta y todo sucede rápido.

No sabía que la escoba era para más de limpiar el piso, a menos que yo sea una basura en esta casa. No me queda más tiempo, mis ojos ya casi se cierran por completo y respirar cada vez me cuesta más. Pero, ¿no es esa la pared en la que está mi fisura? ¡Alto! Sí brilla y sí es oro. Parte de la belleza de la pared es su reparación. Al lado de la fisura, Lana está acomodando un tocadiscos para sorprender a Ash cuando vuelva a casa. Su madre barre la casa.

Imposibilidades

GÉNESIS BOLAÑOS

Universidad San Francisco de Quito USFQ

Victoria no sabía fracasar.

En consecuencia, pensar que ella se podía equivocar era una completa imposibilidad.

La imposibilidad es todo aquello que queda fuera de la frágil burbuja de la posibilidad. Y no podemos negar que en un día muchas imposibilidades pueden pasar: el ser amado que ha resucitado, los amantes que se han reencontrado, o que de la nada te parta un rayo.

Victoria tiene en su rostro una expresión familiar; un clásico asombro que solo se da, cuando ha ocurrido una imposibilidad. Esto es fácil de notar, ya que su reacción ante la prueba de matemáticas no es de total seguridad, como es lo habitual. El reloj no deja de avanzar, Victoria debe actuar. No tiene sentido seguir mintiéndose; ella no conoce los procedimientos, no estudió y lo que es aún peor: no le importa. Para Victoria, esta sensación es nueva y excitante. He aquí otra imposibilidad; regocijarse en el delicioso placer que solo el fracaso te puede dar, romper una regla, abdicar ante la tentación de perfección y mandar todo al carajo por pura diversión.

La licenciada Sánchez está horrorizada. Victoria es la estudiante ejemplar y en su pequeña mente solo hay una posibilidad: Victoria debe sacar A; caso contrario ella no sabe enseñar. Victoria se muerde las uñas sin parar mientras observa como Delfina abandona el aula a través de la puerta principal. Victoria se levanta, coloca su prueba sobre el escritorio y sale a toda prisa tras Delfina; tan rápido que no se da tiempo de escuchar los reclamos de la licenciada Figueroa que, al ver la prueba en blanco, se acaba de desmayar.

El patio exterior está atiborrado de niños y jóvenes un tanto alborotados. Victoria salta varias veces para poder mejorar su campo visual; sin embargo, ubicar a Delfina se ha convertido en una tarea con demasiada dificultad. Así que, sin más ganas de sobre pensar; Victoria se dirige a cometer otra imposibilidad: pedirle consejo a alguien más que no sea su caprichoso lóbulo frontal.

En medio del jardín de niños; Victoria se atreve a lanzarle una pregunta descomunal a quien alguna una vez fue su profesora de preescolar: «Rosita, si tuviera la oportunidad de volver el tiempo a atrás, digamos... a cuando usted tenía mi edad, ¿cambiaría algo?». La maestra mira a Victoria con atención; inmediatamente responde: «no sé si cambiar un momento afectaría mi resultado final, pero tú lo podrías intentar».

La probabilidad acompaña a la imposibilidad. Así como la esperanza acompaña a la soledad. La probabilidad sugiere un TAL VEZ, mientras que la imposibilidad implica que todo puede suceder.

La probabilidad de que Victoria llegue tarde es de una en un millón. Y aun así pasó. Quince minutos de retraso marca el reloj. Victoria ingresa a la biblioteca como si se tratara de una procesión. Sus compañeros la esperan ansiosos y llenos de admiración. Normalmente, Victoria daría un discurso sinigual, de esos que inspiran y hacen dudar hasta de la propia identidad. De aquí que, cuando su boca se abrió, y ni una sola palabra salió; sus compañeros sintieron un miedo ancestral, el mismo que es completamente natural ante cualquier imposibilidad.

Victoria improvisó, y le pasó el micrófono a Benjamín, que sabía exactamente qué decir. Desde ahí, sumida en sus pensamientos no pudo evitar buscar a Delfina con la mirada una vez más. Delfina se veía feliz, estadísticamente feliz. Mariana se acercó a Delfina y la besó. Eso definitivamente no era usual. Victoria no podía respirar, su sueño se hacía realidad, pero para alguien más. Un beso; entre dos mujeres, en público, en un colegio católico. Cumple con todos los requisitos para ser categorizado como una imposibilidad. Lo curioso es que la máxima imposibilidad

tuvo lugar cuando: nadie protestó, nadie las miró mal; todo parecía tan normal.

La puerta de la sala de profesores está custodiada por Mar y Sol; y en su interior Delfina se encuentra en medio de una acalorada discusión. Victoria intenta pasar, pero al parecer Mar y Sol la detestan por una buena razón. Victoria pregunta: «¿a qué se debe tanta oposición?». Las dos chicas responden sincronizadas: «tú le rompiste el corazón». Victoria sabe que ella es perfectamente capaz de romper su propio corazón. Pero ni en sus más remotos sueños consideró la posibilidad de ser capaz de romper el corazón de alguien más. En este punto es necesario recalcar un hecho fundamental, el vivir una imposibilidad puede ser un milagro o un castigo brutal.

Mar y Sol formaron un bloqueo monumental. Victoria no tenía nada que perder y el tiempo no dejaba de correr. Así que, desde el fondo de su corazón, ella pronunció las siguientes palabras llenas de intención: «Yo le conozco, aunque parece que no. Yo sé que adora cantar. No esa basura comercial, sino música de la que nadie ha oído hablar. Y le fascina tararear la melodía en cualquier lugar, hasta podría cantar en un funeral. Yo le conozco. Yo sé que detesta que le toquen el cabello, y a pesar de eso deja que su mamá la peine por pura compasión; porque el cáncer se ha extendido y ya no hay solución. Yo le conozco, aunque parece que no. Yo sé lo mucho que le costó volver a caminar, dar un pequeño paso le hacía llorar, y sin embargo ahí está; de pie, pidiéndole a los profesores que le den una segunda oportunidad para volver a bailar».

La expresión en las caras de Mar y Sol se transformó; como si ambas presintieran que una imposibilidad estuviera a punto de pasar. Como si las dos hubieran recordado otra vida, otra realidad, otra posibilidad; en la que Victoria era su amiga y no les caía tan mal.

Con solo cinco minutos en el reloj Delfina emergió al exterior; Victoria se le acercó. De entre los cientos de palabras que salieron disparadas de la boca de Victoria, fue imposible no distinguir un cálido «Te amo» que había estado esperando siglos por salir. Ambas están anonadadas, encapsuladas, congeladas en un largo instante que

se podía palpar. Y como en todo buen momento trascendental, de esos que marcan un inicio y un final, las dos se quedaron en standby.

¿Qué hacer cuando te encuentras con una imposibilidad?

Opción 1: superar el miedo a la imposibilidad y abrazarla como si fuera natural.

Opción 2: dejar pasar la imposibilidad (tal y como hacemos todos los demás).

El sol de cerca

JOAQUÍN BONILLA

«Fue como tenerlo al sol de cerca», dijo Don Raimundo, y estiró su mano, sus dedos arrugados y pesados, a unos pocos centímetros de mi cara, para mostrar lo que quería decir con «cerca». Enfatizó en esta posición: «Así de cerca». Y describió un blanco distinto al blanco de las nubes y al de las paredes de la casa. Y el ruido que había sido ensordecedor, pero no como una tormenta, con truenos y relámpagos que llenan al aire de electricidad, sino como el silencio del mar, una ola creciente, que nunca llega a romper, hasta que de repente tu cabeza está debajo del agua y no sabes como llegaste ahí, recuerdas apenas el eco de un extraño susurro: el de la ola antes de desaparecer. «Así es el ruido, por eso lo confunden con silencio», explicó. «Por su totalidad».

«¿Y el calor?» preguntó Arturo, más por cortesía que por interés, ya que ninguno de los tres: Arturo, Ciro, y yo, de verdad queríamos pasar aquella tarde veraniega escuchando a Don Raimundo: ya hacía mucho que nos habíamos cansado de sus fábulas. El clima se había calmado lo suficiente como para jugar básquet afuera, pero ahí estábamos los tres, sentados en bancos de madera mientras el viejo se estiraba en su hamaca, abría otra lata de cerveza, y pensaba sobre la pregunta de Arturo, con la mirada distante, perdido en el recuerdo de lo que él decía haber sido la primera detonación atómica en Sudamérica.

«Sí hizo calor», respondió finalmente. «¡Calor como de volcán! Después de que pasó pensé que me había quedado sin piel», había regresado al presente y nos miraba fijamente:

primero a Arturo, que fue el de la pregunta, luego a mí, y luego a Ciro, que escondía un bostezo agachando la cabeza. Nadie le creía a Don Raimundo, aunque Ciro, que siempre tenía teorías raras, decía que no le sorprendería demasiado si de verdad los gringos habían hecho estallar una bomba en algún país al sur del Río Grande. «En los sesenta, setenta, incluso los ochenta», decía Ciro, «ellos de verdad hacían lo que les daba la gana. Si no fuera por el internet hubiesen seguido. Los hippies servían para que el gobierno hiciera lo opuesto, impulsado por querer afianzar su poder, que es, al fin y al cabo, todo lo que el ser humano quiere». Extrañamente, su lógica de los opuestos parecía tener algo de sentido. «Lo único que me parece extraño es que él», y apuntaba a Don Raimundo, «haya estado allí». Esto porque Don Raimundo siempre hablaba sobre haber estado allí, en el sur de Brasil en el 56, trabajando como intérprete para un grupo de militares estadounidenses que, preocupados por el naciente conflicto en Vietnam, habían decidido probar si la solución atómica serviría en un lugar con una geografía similar: siendo esta selvática, montañosa, húmeda, y densa con el verdor.

Me los imaginaba a los gringos pynchonianos, con la piel resbalosa por el sudor y las caras rojas por el sol, resoplando, cansados y aburridos, rascándose todo el cuerpo debajo de sus ternos, pieles irritadas por los mosquitos y la mugre, mareados por el aire pesado y asfixiante, con los ojos entrecerrados y preocupados por mantener la espalda recta y saludar con una mano firme, logrando, quién sabe cómo («con plata», diría tajantemente Ciro, «con plata se puede todo»), construir una pista para aviones en secreto en medio de esa selva, transportar una bomba atómica allá como una suerte de Fitzcarraldos, y luego detonarla en un lugar que Don Raimundo decía (imagino que era un chiste) se llamaba Tâkbumbúm en Guaraní, que, desde la montaña en la que habían instalado su base de observación, no era más que un tejido espeso de árbol sobre árbol, imposible ver nada más, solo una masa tupida e incoherente de hojas verdes que en segundos desapareció.

Me lo imaginaba a Don Raimundo, en aquel entonces solo Raimundo da Silva, con el pelo negro largo y churoso, parecido a una nube cargada, y la piel morena tensa y seca, casi rocosa, como la ladera de una montaña. Me lo imaginaba mirando al sol de cerca, a aquel blanco que no era blanco, escuchando el silencio que hace la ola antes de quebrar. El breve silencio antes de que abra otra lata de cerveza (¡tchss!), se estire en su hamaca, cierre los ojos, y su somnolencia nos permita, sin culpa, ir a jugar, dejándolo a la voluntad de los mosquitos.

La recámara vacía

NICOLÁS CAMPOVERDE
Universidad San Francisco de Quito USFQ

Día 0

«Debo contar mi historia».

Cambiaría mi vida por un penique, más como un recordatorio de mí, que por su valor. Hace tiempo que he olvidado mi nombre, Bill, ese es quien soy ahora, un maldito apodo que me calza mejor que palabra o maldición que me dijese alguna vez.

Mi historia empieza como la de tantos hombres, como un feto indefenso que nace sin mérito alguno, lo único remarcable en mis primeros años de vida —de los que no tengo memoria alguna— fueron mis primeras palabras, según papi estuve destinado al éxito apenas abrí la boca. No fue ni madre ni padre lo primero que dije al nacer. «Mío, mío dámelo», palabras que, las dijese o no, terminarían por dirigir mi vida.

Varias veces he dudado de la veracidad de tan lamentable nacimiento. Me parece irreal que un hombre como yo, alimentado de los más refinados y exorbitantes precios, naciera como tantos niños mongoles a los que tuve que abrazar durante mi vida para ganarme el amor del mundo.

Tampoco supe mucho más de esos primeros años, después de que mi madre desapareciese en mi quinto cumpleaños, no supe más de ese nacimiento. Cosa que si me preguntas me alegra, pues en algún barrio se corren rumores de ancianas empobrecidas que me veían jugar con sus hijos.

Es en este quinto año que empieza en realidad mi vida, me gusta pensarlo como mi verdadero nacimiento. Mi padre simplemente decidió escoger la ambición por sobre todo y nos mudamos a un lugar apropiado para mi destino, tenía un gran dormitorio que nunca parecía llenarse, y una casa en la que creía a veces vivir solo. La labor de parto de este verdadero nacimiento fue sencilla, nací como hombre, mi padre — que había olvidado empacar a mamá en el carro de mudanza — me parió, no hubo nalgadas ni besos, se limitó a marcar el rumbo que tomaría mi vida: «Escúchame bien, hijo, tienes que aprender a ser un hombre, y los hombres de verdad trabajan por lo que quieren».

Hoy que soy mayor, en los días en que hervir la cuchara de plata me pone triste, quiero encontrarme dispuesto a culpar a mi padre y es el orgullo lo que me detiene; sea como fuese, nunca me faltó nada, los hombres no tienen tiempo para el amor, y mucho menos los buenos padres, como lo fue el mío. Me llevó el alimento a la boca y me escupió ambición en el alma y eso me bastó, desde pequeño me enseñó a no esperar nada más que lo mínimo de nadie, y buena parte de este éxito se debe a eso.

Esas palabras me quemaron el cerebro, y como dije, desde los cinco años fui ya un hombre hecho y derecho. A los ocho años el mundo me puso en su mira, alcancé la nota de ingreso más alta en el mejor colegio del país, tuve seis líneas en el periódico nacional.

Mi ambición infantil se manifestó rápida, no sé si se debió a talento nato o a las enseñanzas de padre, pero encontré sencillas todas las tareas que me propuse, y no soy estúpido. ¡No! No me dedicaría a tarea tan inocua como la escritura o la investigación científica. ¡Que eso lo hagan los pobres con tiempo para amar! Yo estuve destinado al dinero, ya fuese por decisión propia o mí destino crepitando mis pasos. A los catorce empecé a desarrollar códigos de seguridad bancaria, creo hoy que todo fue por mi padre; recuerdo, si el alcohol en sangre no me juega una mala pasada, esperar por días ayuda alguna de mi padre al ser la banca su especialidad.

A los dieciocho años recordé por qué hacía todo esto, padre volvió a manifestarse en mi vida. Por un día, dejó de ser una prepotente

sombra dadora y habló conmigo. Para entonces el código había rendido sus frutos, tras mi solitario trabajo infantil se vendió al mejor postor: alguna banca noruega que ni siquiera recuerdo. No dejé nunca que ningún parásito me quitara mi trabajo, y mi primera venta tampoco fue la excepción. En mi necesidad estúpida de dinero que nunca me faltó, me guardé un porcentaje de participación de las ganancias generadas: una miseria por un trabajo de años, aun así, ese dinero nunca dejaría de llegar a mis arcas.

Recuerdo que cuando llegó mi primer giro traté de expresar alguna muestra de afecto a mi padre, un regalo suyo en mi cumpleaños. Recuerdo también darme cuenta, con el dinero en la mano, cuan desconocidos éramos. Yo nunca tuve algo que realmente quisiese, y el nunca abrió lo que le regalé.

Agradezco no lo haya abierto, se salvó de su fuerza que hoy me consume...

Similar al perro que tuvimos en algún momento, el regalo se volvió una utilería más de la casa, y se mantuvo en el mismo sitio hasta que años después me lo llevé.

Cuando padre me vio llegar con el regalo bajo el hombro entendió todo. Fue la única vez que recuerdo sonreír al verlo, se levantó tambaleándose como un pingüino y me dijo: «Ahora eres un hombre, a este mundo no le importas una mierda, así que toma cuanto puedas».

En los siguientes años me dedicaría a cumplir la profecía dictada a mi alma: acciones, inversión, nuevos negocios y tecnologías; una amalgama de riquezas todas llegando hacia mis arcas. Creo que fue a mis veintiséis años cuando fui «el hombre del momento» según Forbes. Todo el mundo aclamaba mi nombre, aplausos y reconocimiento a donde sea que fuera, mi figura se hizo leyenda.

En esa época, incluso yo olvidé de donde vine, encontré una buena mujer y comprometerme en una boda no sonaba tan alocado. Me sentía infinito embriagado en el éxito y la comodidad. El pozo sin fondo de mis bolsillos consumía todo, y cual toque de Midas, el mundo moría por un movimiento de mis manos, todo lo

que tocaba terminaba por convertirse en un nuevo oro a mi merced, y con el oro, compraba y creaba datos, y los datos son la verdad de este mundo. Así fue como llegué a uno de los tantísimos puestos gubernamentales, consultor de economía o algún cargo donde mi toque dorado tuviese utilidad. Supe allí cuanta deuda tenía papá, traté de condonárselo.

«¿En serio crees que has triunfado? Eres solo un sirviente más del rey, ni siquiera eres tan bueno para el segundo puesto. Que estés sentado en una silla de oro no significa que hayas ganado».

Silencio en la línea...

Por un momento de mi vida lo olvidé, padre estaba en algún lado del mundo vigilando mis pasos. Aún no había tomado suficiente de este mundo como para merecer que él siquiera me visitase.

La hipocresía de la burocracia termina por hartar a los hombres ambiciosos y con destino. La política es lugar para jugarretas infantiles sin propósito y hombres con delirios de grandeza. Al verdadero poder hay que tomarlo como se posee a una puta: llegar sin anunciarse, sin contárselo a nadie; someterla sin miramientos y pagarle con desprecio por el servicio. Perdí la calma en esa búsqueda y, en algún punto, olvidé dónde dejé a mi mujer y mi comodidad.

Mi toque de Midas se empapó de sangre buscando compartir a un poco de esa puta metafórica con el hombre que me hizo tomar tanto. Quería tenerlo a mi lado, y que entre riquezas y orgasmos varoniles selláramos el pacto filial con nuestro semen deshumanizante empapando el mundo. Dos reyes. Padre e hijo unidos como solo el poder puede unir a los hombres.

Drogas, armas, negros y niñas rondaban por todo el mundo producto de mi toque dorado, el dinero crecía y crecía como nunca lo había hecho. Para entonces ya perdí mi verdadero nombre, se empezaba a oír en el mundo una nueva palabra de poder: Bill. Un mito urbano en el mundo sangriento que me apadrinó, aquel patrón al que nadie quiere embaucar por «la factura» que tendrá que pagar todo aquel que le importa.

He de admitir que los gringos dan apodos muy buenos. Esos embaucadores de lo correcto siempre iban un paso por detrás mío, el dinero me compraba la gente correcta para saber moverme con impunidad

Un maldito día mi negocio terminó por morderme el culo, la traición de un socio lo empezó todo, al muy ingrato se le hizo divertido golpear la mano del que le dio de comer. Era un bastardo fruto de las tantas violaciones, ya comunes para mí tras perder a mi mujer. Maté a la madre en uno de mis arrebatos sexuales, a los días tuve a un jovencuelo rondando a mis subordinados. Por mendigar, le di tal paliza que terminé por arrancarle un ojo, entonces me apiadé de él, le di el valor de su madre en bruto y le dejé prosperar bajo mi sombra. Jamás nadie se atrevió siquiera a retarme, me volví confiado con el tiempo, y cuando lo vi entrar con un arma y su único ojo inflamado de furia levanté el teléfono para traerle una puta que le calmase.

Cuando le vi levantar el arma intuí lo que pasaría, de un salto le apreté el cuello con mi manaza y con la otra le desgarre del sexo hasta la garganta. El muy bastardo debió guardarme odio desde infante, con las tripas afuera abrió su ojo agonizante y me pegó un tiro en la sien.

En dos semanas el mundo se olvidó de mi nombre. Redactores dan dos líneas a chiquillos ambiciosos, nuevos hombres del momento miran salvajes a las cámaras del mundo, tras los escritorios gubernamentales aguardan bestias ansiosas por dar mordiscos, y hay también un nuevo Bill que se murmura en las calles.

Día 5

Con la confusión del cerebro destrozado pensé ser un chiquillo y volví al lugar donde nací, esa casucha desastrosa donde aguardó siempre el regalo para padre. Al parecer, el muy hijo de puta se murió en algún momento entre su llamada y el balazo en mi cráneo. Nunca abrió mi regalo. Yo mismo lo abrí hace unos días, las balas brillan doradas en la recámara del revólver.

Eran seis, gasté una en un vagabundo que meaba donde alguna vez dormí. Recuerdo verlo de espaldas con la ropa de trabajo de papá

y yo, alorado, pensé tener catorce y corrí a abrazarlo. El imbécil me regresó a ver con los ojos empapados en lágrimas, entre llantos me saludaba y me pedía perdón. Cuando se calló y me besó la frente, le pegué tal disparo en el mentón que el cerebro se le escapó por los ojos. Padre nunca lloraba, ese no era papá. Y si lo fue tuvo que aceptar su regalo a la fuerza.

Día 18

En mis desatinos de descerebrado, envuelvo nuevamente el arma y espero algunos días a ver si padre llega, nunca lo hace. Con alcohol y drogas llevo mejor el dolor de la espera. Algunos días me devuelven un corazón y pienso en todo lo que perdí al llegar acá: una madre que nunca tuve, palabras de amor de mi padre, riquezas y estabilidad. Y cuando la abstinencia golpea lo olvido todo. Da igual si el camino de mi vida fue mío o de mi padre, o si ahora en la soledad no me queda nada. Por un momento lo tuve todo y padre debería estar feliz por eso.

Día 26

Creo saber por qué caminó como pingüino, estaba tratando de abrazarme a mí, su huevo. Es solo que parece mi padre era un pingüino sin alas para dar calor.

Hoy

He tenido demasiado tiempo para reflexionar y me temo que realmente soy inmortal, el cadáver del vagabundo apesta en mi cuarto y fantaseo pensando que ese olor nauseabundo es mi padre llegando con alcohol en mano para charlar. Mientras releo este vestigio de mí, el arma aguarda en el sofá de papá. ¿Vendrá a llorarme o a felicitarme por tomar la vida de un ser inmortal?

Delirio lunar

EMILY CORAL

Universidad de Las Américas

No me considero una persona muy elocuente a la hora de narrar una historia, pero esta me pertenece.

Me encuentro tumbado en el pavimento de un Quito colonial. Es una noche de 1807, y las gotas de lluvia humedecen mis mejillas resbalando por mi cuerpo. Mi pecho pide amparo para calmar su aflicción, pero nadie responde al llamado. La brisa helada del ambiente apacigua el fuego de mi alma, y el conteo regresivo comienza, 10, 9, 8...

Todo surgió en el mismo lugar en el que tuvo su fin. Todavía tengo vagos recuerdos del olor a tierra mojada que acompañaba la noche arrojando mi caminar. La lluvia imperecedera y los astros bailaban en un vaivén de ilusión. Solía ser alguien dichoso, aunque suspicaz. Tenía tanto temor a la soledad como al estar acompañado por mi sombra, pero sin notarlo, eso cambió. La vi, ella parecía un espejismo presentado en cuerpo de mujer. Le sonreí, e internamente supliqué una respuesta.

Sonrió de vuelta, y mis ojos siguieron sus pasos perdiéndose en el contoneo de sus caderas. Era tan simple, tan hermosa. Las gotas delineaban la silueta de su cuerpo. Su sonrisa me atrapaba, como aquel canto sutil que utilizan las sirenas para hundir a los marineros hasta su muerte. Parecía tan inofensiva que mis pensamientos se fundieron en su encanto. Ella desapareció como un pensamiento fugaz, y por un momento me cuestioné si fue real, pero claro que lo fue; mi corazón acelerado no podía estar mintiendo.

Los días posteriores jugaron con mi mente, consumiéndome el ánima. Su recuerdo me hacía permanecer despierto por la noche y

loco por el día. Perseguía el rastro de su nombre incansablemente en búsqueda de una respuesta, y en un golpe de casualidad, lo descubrí. Luna, Luna, Luna, no podía ser de otra manera. Luna causante de desvelo, Luna solamente mía, dueña de toda mi obsesión. Tenía el mismo nombre que la diosa a la que adoraban mis ancestros, y eso debía ser una señal. Esas cuatro letras le habían quitado sentido a mi vida. Estaba tan cerca que casi podía tocarla, pero a la vez tan lejos que, sin saberlo, el tiempo sigiloso y variante, bebía lentamente de mi esperanza.

Ella, tan escurridiza que se me escapaba entre los dedos, deslizaba su figura entre las entrañas de la imaginación. Y aguardando su encuentro, los minutos, se convertían en horas que parecían eternas al esperar en aquel callejón. Hasta que el día llegó, la volví a ver caminando firmemente por la acera, parecía tan irreal. Me acerqué, la tuve frente a frente, y al fin logré entender cómo su tinta había penetrado tan profundo en mi piel. Los nervios me recorrían el cuerpo en un escalofrío, el sudor me brotaba lentamente por el costado de mi frente, y juro que, por un momento mi corazón salió de mi pecho. Pero, antes de que yo pudiera decir una palabra, la ilusión se desvaneció en el aire. Ni siquiera me notó, era nada más un fantasma en su cotidianidad. Me inundó de oscuridad absoluta.

«¿Qué esperaba?». Mi mente, consumiéndome en cenizas suurraba. El dolor de mi pecho punzante me estremecía dejándome caer a una tormentosa inmensidad, mientras culpaba al destino cruel que había cegado mi juicio. Mi vida tambaleante hacía malabares con mis sentimientos, mientras caminaba hacia ti. Agarré el puñal de mi bolsillo y tomé una mala decisión. El líquido color carmín resbalaba por mis manos y goteaba lentamente al compás de la lluvia, bailando un vals de la muerte entre la neblina y la oscuridad. Un último aliento florecía, mientras la presión de mi pecho se desvanecía progresivamente. Mis respiraciones se tornaban tranquilizadoras, pero, no lograba comprender el porqué de la inexistencia del sentimiento de culpa. «¿Qué hice?», me dije a mí mismo.

Oh, querida Luna, nunca te quise hacer daño. Incluso mi sombra se ocultó en la oscuridad, pretendiendo escapar de tu llamado. Yo te pertenecía, tus cadenas me ataban a ti para siempre. Los espectros de mi ser salieron a atormentar. Mi cerebro necrosado en un arrebato tomó toda mi cordura. Solté el puñal que te atravesó el pecho. Cuidadosamente recogí tu cuerpo tembloroso con mis manos y te abracé. Por primera vez en mi vida, sentí verdadera fortuna. Tomé tu olor una última vez, y lo resguardé en lo más profundo de mi existencia para que no logre huir. Levanté aquella daga afilada envuelta con tu sangre, reflexionando tu ausencia. Mis latidos se apagaron. Un dolor intenso arrebató mi alma, y me recosté en el pavimento frío junto a tu cuerpo exánime, mientras la lluvia se teñía de rojo vivo.

Similar a un *déjà vu*, volví al callejón en el que todo comenzó. Ahora conocen mi historia y el conteo regresivo continúa, ...7, 6, 5... Parece que ha llegado un final, ... 4, 3, 2, 1, 0. Coloco un punto y cierro mi diario tomándolo fuertemente por la cubierta. Al parecer, la sombra de mis palabras se ha tornado en el reflejo más puro de mi locura.

Regreso a la realidad, sentado en una esquina de mi estudio. El abismal silencio se apodera de la habitación, mientras que el tiempo juega con mi mente garabateando ideas en un lienzo blanco. No puedo huir, tampoco gritar. Mis pensamientos cesan, y pareciera que la paz me envuelve. Miro mis manos empapadas de tinta oscura. Mis dedos dejan huellas, con una mezcla de cera de velas, por las paredes abarrotadas de bocetos. Me estoy volviendo un desquiciado en tu nombre, quizás un lunático. Observo la luz pálida de la noche atravesando por mi ventana, pero tú no te encuentras con ella. Al final, me desplomo y, mirando el firmamento, prometo que, hasta mi último delirio, te buscaré más allá de mis letras. Oh, Luna, estoy seguro de que eres real.

Tú, pero peor

ROGER ENCALADA

Universidad San Francisco de Quito USFQ

No sé si la austeridad de mi casa se deba a mi gusto por el minimalismo o por el exceso de sensación de compañía que te dan las cosas. Soy un hombre solitario; el ruido de las conversaciones ajenas, el chirrido de las puertas, incluso el ritmo repetitivo de los pasos en la calle, me provoca un desprecio visceral. Prefiero incluso la oscuridad laberíntica de mi mente a tener que aguantar las banalidades del mundo exterior. Sí, es verdad: mi casa parece un esqueleto de paredes del Quito postcolonial, alejada en una colina del resto de las casas; pero mi cama, mi escritorio, mi silla de madera y mis estanterías de libros viejos (muchos sin siquiera abrir) son más que suficientes para aguantar el pasar de los días.

No odio a los demás; es solo que no los necesito. Nunca me he sentido incómodo con la soledad. De hecho, ahora que lo pienso, puede que sea mi principal fetiche, tengo que darle unas vueltas a eso. En fin, últimamente (dos o tres semanas hará), mi sensación de soledad se ha teñido de un extraño malestar. No sabría cómo explicarlo: es como si te sintieras observado, pero no como paranoia al uso. O sea, no siento que alguien me esté espiando, sino que *¡una parte de mí mismo me acecha!* Siento esa tenue pero constante persecución en todo lo que me rodea...

Todo empezó con un sueño recurrente: me encontraba en un espacio que no era una habitación, pero tampoco parecía un sitio exterior. Las paredes eran negras y húmedas, y el gotelé parecía sudar oscuridad. El aire era frío, lleno de una neblina densa que traía consigo un zumbido grave, como el sonido del motor de una

chiva a la distancia. Lo peor era que, mirara donde mirara, frente a mí siempre había un umbral: un arco de piedra desgastada que no conducía a ninguna parte visible, pero más allá de ese arco había un vacío denso y vibrante, que devoraba cualquier intento de pensamiento.

Al principio, solo me limitaba a observar el umbral. Pero ahora siento que el vacío me atrapa poco a poco; escucho cómo me llama a cruzar ese arco. Es demasiado incómodo sentir esa sugerencia, casi como una caricia mental constante. Es un acoso sutil que empezó en mis sueños, pero que ahora me atormenta en la realidad. Me pregunto si es algo reciente o si realmente empezó desde que decidí anclarme a mi soledad.

Cuando leía *Así habló Zaratustra*, las palabras en la página se disponían en patrones que me recordaban la forma del arco. Cerraba los ojos para restablecer mi lectura, pero ahora ese zumbido grave del sueño rebotaba en todo mi cráneo. Era el vacío; no podía verlo, pero estaba justo detrás de mi cara, suspendido en la habitación, esperando pacientemente. Cuando estaba en silencio, oía mi propia respiración como si viniera de otra persona: la sentía húmeda y fría. Había veces en las que me miraba al espejo y mi reflejo parecía tardar un milisegundo más en reaccionar. Las esquinas de mi visión se llenaban de sombras húmedas y frías, como los mareos que tienes cuando te levantas de repente, después de estar mucho tiempo sentado. Pero cuando giraba la cabeza, desaparecían.

Una noche decidí dejarme llevar por el sueño. La verdad es que no tenía otra opción; la presión era insuperable. Me vi enfrentándome al umbral, entrando poco a poco en él. Mi piel sentía un frío tan intenso que parecía desgarrarse desde dentro, pero seguí avanzando. Cuando crucé el arco, no sentía el movimiento: era como si mi cuerpo y mi mente se hubieran quedado atrás. Yo era el nómeno devorado por el vacío en una dimensión sin imágenes, colores o sonidos. Todo lo que fui, pensé o sentí, se desmoronó en polvo. Solo había una idea que inundaba el espacio:

«¡NO ERES REAL!».

La idea nunca se pronunció, nunca se vio, nunca se escuchó, pero estaba malditamente clara.

¡Desperté llorando! Con una sensación horrible e insoportable que no sabría describir. Noté que mis movimientos eran rígidos, como si estuviera desconectado de mi propio cuerpo o, peor aún, como si fuera un cuerpo prestado. Hablaba conmigo mismo en voz alta y baja, pero de todas formas sonaba hueco. Por más que pasaban los días, ¡esa puta sensación no se iba! El vacío ahora se sentía vívidamente. Lo sentía justo detrás de mi cara, pero también frente a mi cabeza. Me estaba volviendo loco; eso se burlaba de mí en cada pensamiento y yo solo me tenía a mí... y a esos pensamientos.

Empecé a buscar entre mis libros alguna respuesta. Encontré uno que no recordaba haber comprado. Era un volumen antiguo (como de esos textos canónicos de la Iglesia), con la tapa de cuero tono vino oscuro y sin título. Lo abrí y las letras, palabras y oraciones estaban en un idioma que nunca había visto, pero que, por alguna razón, podía leer. El inicio del texto rezaba:

«El Ritual del Umbral, un proceso de autoconocimiento absoluto que se paga con la identidad. Al cruzarlo, no miras hacia el vacío: el vacío mira hacia ti».

No sabía por qué, pero empecé a leer en voz alta y a hacer todo lo que mis labios pronunciaban, como si alguien susurrara órdenes en mi mente y yo fuera solo un títere. Tenía que ubicarme en el rincón más vacío de mi casa, pero, a medida que me acercaba, la vibración y el sonido grave eran cada vez más intensos, tanto que incluso sentía que se volvían tangibles.

El rincón oscuro se transformó ante mis ojos. Las paredes parecieron estirarse hacia dentro, creando un túnel que culminaba en el mismo umbral de mis sueños. Era tal cual. Volteé a ver el poste de luz encendido y el cablerío a través de la ventana, y supe que no estaba dormido. El vacío me invitaba, pulsando con una energía que parecía sincronizarse con los latidos de mi corazón.

¡Pum pum, pum pum!, sonaba mi corazón mientras daba un paso tras otro hacia el umbral.

Ingresé, y el aire se volvió tan espeso que sentía que caminaba dentro de un líquido invisible. Crucé el umbral y todo se detuvo. No había ni luz ni oscuridad, ni ruido ni silencio, solo una calma abrumadora.

¡Entonces lo vi!

No era un vacío. Frente a mí estaba mi propia casa, exactamente igual a la que había dejado atrás. En el centro del cuarto, sentado en la misma silla donde yo solía leer, estaba otro yo, idéntico a mí, no lo podía creer. Alzó la mirada y, al cabo de unos segundos, habló con una voz casi inhumana:

—¿Qué haces aquí? Tú ya cruzaste. Ahora es mi turno.

Antes de que pudiera responder, mi otro yo se levantó y caminó hacia mí. Caminaba de una forma tan perfecta que parecía inhumano. Me empujó hacia el rincón vacío, donde el umbral aún vibraba de forma débil.

—No entiendes —me dijo—. Tú no debías haber vuelto. Alguien siempre debe quedarse.

Me empujó de nuevo al túnel.

¡Desperté sobresaltado! Estaba en mi cama, bañado en sudor. Había un silencio opresivo, una monotonía típica, y los libros estaban en su lugar. Todo parecía normal, así que respiré profundamente y me prometí descansar: la presión estaba desgastando mi mente. Volví poco a poco a mi rutina normal. El hecho de despertarme, salir a caminar e incluso hablar poco a poco con gente me sirvió mucho.

Al cabo de tres semanas, decidí mudarme. Solo quería dejar todo atrás. El centro histórico tiene lugares increíbles, encuentras una pieza de cultura a cada lado que vas, pero necesitaba ir a una zona mucho más amigable, un conjunto en el cual conocer a más personas quizás. Mientras empacaba mis tereques, me vi un instante en el espejo del estudio. Por alguna razón me volví a sentir extraño por un segundo. En ese instante, un ruido provino de la sala.

Al ir, encontré el libro antiguo sobre la mesa, abierto en una página en blanco. Mi respiración se aceleró al ver cómo unas palabras

comenzaban a formarse ante mis ojos, como si alguien las estuviera escribiendo en ese preciso momento:

«Alguien siempre se queda, y alguien siempre debe irse».

¡Arrojé el libro, emputado y aterrorizado al mismo tiempo! Cuando volví la vista, lo vi: el desgraciado estaba sentado en mi silla, con una sonrisa helada y burlona.

—¿Creíste que podías volver? —dijo mi doble con una calma que me helaba los huesos—. No entiendes nada. Yo soy tú, pero mejor. Ahora soy el que vive, el que respira. Tú solo eres el eco.

Antes de que pudiera reaccionar, sentí un frío que me atravesó el cuerpo. Vi cómo todo lo que me rodeaba se desvanecía, mientras mi otro yo me miraba con desprecio. Todo se desvanecía hacia una versión de mi casa inmersa en ese aire denso, casi líquido. Esta casa ahora era ese lugar que no parecía ser una habitación, pero tampoco un sitio exterior. Sentía que yo me desvanecía en ese vacío, mientras me daba cuenta de que realmente yo era el impostor, yo era el intruso, y que mi otro yo estaba viviendo la vida que perdí cuando crucé el umbral.

Ahora este soy yo. Continúo con la vida de mi desvanecido y la he mejorado considerablemente. Ya me acostumbré al mundo de los no-vacíos, aunque la mayoría son más vacíos que yo, se me da bien congeniar con las personas. Actúo y corrijo todo lo que mi otro yo hacía mal y dejo todo como debería estar, excepto por un detalle que nadie nota pero que a mí me entretiene: de vez en cuando, en los reflejos de los espejos o las ventanas, el eco del primer yo, aún sigue vivo, sus ojos te ven llenos de desesperación y rencor.

A veces intenta comunicarse a través del libro para regresar, pero nadie le hace caso. Nadie nota que, tal vez, en su mundo también hay un umbral acechando. Un umbral al que, tarde o temprano, todos entrarán.

No hay transporte

SOFÍA GOGLIA

Universidad San Francisco de Quito USFQ

Eran días, quizá meses, había perdido la cuenta. Aun así, me despertaba cada mañana con la luz del sol, me vestía con mis trajes más elegantes, mi distinguida corbata roja. Mientras mis ojos posaban por cada una de mis arrugas, mis manos peinaban mi canoso cabello frente al espejo. Y por si fuera poco, nunca faltaba mi colonia alrededor del cuello.

No solía desayunar a estas horas de la mañana, además, con suerte, quizá ni siquiera necesitara desayunar hoy. Antes de salir, agarré una moneda, la misma que al final terminaba regresando al frasco. Caminé hasta el puerto, allí un hombre leía el periódico, las aves cantaban al alba, y la vendedora de siempre ordenaba la mercadería para el inicio de jornada.

Como de costumbre, me senté en la banqueta de madera que, de cierta manera, el pueblo reconocía como mía. No había mañana en la que no me sentase a esperar, solo esperar.

—Buenos días, don Ernesto, ¿aquí de nuevo? —La señora de las frutas; me avergonzaba nunca recordar su nombre. No obstante, me justificaba con la idea de que mis mañanas allí tenían un propósito distinto al de socializar.

—Aquí de nuevo —Respondí.

Ella metió una de sus manos en la canasta que cargaba, y me extendió una de sus frutas.

—No, gracias, me iré pronto.

Ella suspiró, y con toda la delicadeza posible posó su mano sobre mi hombro.

—Sabes que no vendrá. No hay transporte.

—En algún momento deberá llegar, y aquí estaré para irme.

Dejó el durazno sobre la banqueta y se fue a paso lento. A cierta distancia se dio la vuelta mirándome fijamente.

—Sabes bien que mientras el cazador Gracchus no arribe a su destino, tú tendrás que quedarte aquí mi querido Ernesto. —sin esperar respuesta alguna, avanzó a su puesto de venta. Dejándome solo, y sin quererlo, con los brazos aferrados a la vida.

Lo que el mar traga

CAROLINA GUALPA

Universidad San Francisco de Quito USFQ

Interior del carro

Se ve la ruta del spondylus detrás del parabrisas. El mar y la vegetación son difuminados por la velocidad. Se escucha el viento.

Un letrero verde con letras blancas indica que Jama está a un kilómetro de distancia.

El carro entra entre árboles, baja por un camino con curvas hasta llegar a una playa sin turistas. Hay cabañas que ofrecen comida y cerveza. Un letrero indica que han llegado a Bellavista.

El conductor aprieta los labios y mira críticamente la playa.

Se escuchan las pequeñas olas romper contra la arena, y pájaros cantando.

Exterior-tarde

Dos figuras se adentran al mar. Padre e hija son golpeados por el agua. La hija lleva sus dedos a la altura de sus ojos.

—Se cayeron mis lentes.

El padre pierde su sonrisa, ve por la costa.

(Vuelve a sonreír, por favor. Hace mucho que no lo haces).

—Y, ¿tienes que leer?

Asiento.

—Como noventa páginas. Él me mira resignado.

(Tono ligero).

—Está bien, igual eran feos. Ya era hora de cambiarlos.

Yo intento sonreír, apreciando su esfuerzo.
(A mí me gustaban esos lentes).

Día siguiente-meridiano

En el carro.

Las manos de papá aprietan el volante. Yo paso saliva y veo por la ventana.

—Y, ¿quién va a pagar por los lentes?

(Exasperada).

—Yo voy a pagar.

Sus cejas se unen y cambia de marcha con fuerza.

(Con irritación).

—Vamos rápido, que quiero llegar a dormir.

Tres días después-noche interior de sala

Imagen borrosa.

Entro, sobre la mesa encuentro un estuche de lentes. Me saco los de repuesto, y me pongo los nuevos.

La imagen se aclara. Entra mi padre.

Le sonrío.

—¡Ahora ya veo! Dios, que alivio.

Sus labios se elevan lo mínimo antes de volver a su mueca de dolor.

—Espero que esto te sirva de lección.

Me cruzo de brazos.

—¿De qué hablas?

Él empieza a salir por la puerta.

(A comprar cigarrillos. Nunca le ha importado mi alergia).

—Que seas más cuidadosa.

—Oye, no es como si hubiese planeado que se me fueran los lentes en el mar.

Se detiene y me regresa a ver, la puerta cerrada a su espalda.

—No te lo tomes a mal. Solo digo que no piensas en las consecuencias de tus acciones. Actúas sin pensar.

«¿Yo? Yo no fui la que abandonó trabajos después de una semana sin pensar en consecuencias económicas».

—No necesito este regaño de ti.

—No te estoy regañando, solo quiero que tomes conciencia de las consecuencias de tus acciones.

(Enojada).

—Yo pagué por los lentes.

«Yo sí pago por lo que rompo, no como tú que ibas corriendo tras las faldas de mamá cada que tenías un problema».

—¿Cuánto ganaste en el verano?

(Voz defensiva).

—No sé, más de quinientos dólares. ¿Qué tiene que ver?

—¿Ves? Todo tu trabajo de verano, en una cosa.

—¡Aún me queda dinero!

—No es eso, amor. Lo que digo es que no valoras tu trabajo. Ahorita perdiste doscientos dólares. Todo lo que ganaste.

«¿Yo no valoro mi trabajo? Él renuncia a todos los que encuentra».

—No es todo mi trabajo de verano. Insisto, yo pagué por los lentes y aún tengo dinero en la cuenta.

—Y, ¿cuánto fue eso? Si los marcos no hubiesen estado en descuento.

—¡Igual hubiese podido pagar! Y me habría quedado dinero en la cuenta. Aún tengo como ochocientos dólares. Incluso si no estaban en descuento, los habría podido pagar sin problema.

—¡Pero deberías ahorrar!

(Voz húmeda).

—¡¿Qué crees que hago?! ¡Ahorro todo lo que puedo! ¿Crees que no me siento culpable? Pero, ¿qué querías que haga? ¿Que no pueda ver nada?

—No, solo digo que no valoras el dinero.

Me río.

—¡Lo valoro muchísimo! Tengo una pésima relación con el dinero, papá.

«Es tu culpa. Una niña de seis, ocho, diez años no debería saber lo que significa que papá renuncie a su trabajo».

—Mejor.

—Así que no me vengas a decir que no valoro mi trabajo, ni que no mido las consecuencias de mis acciones. Porque yo sí me hago cargo de ellas. No necesito que me regañes.

—No te estoy regañando.

Gesticulo entre el espacio que nos separa.

—Entonces, ¿qué es esto?

—Solo te quiero aconsejar, para que seas más cuidadosa

—¡Eso es un regaño papá! Y no lo necesito de ti. Me siento mal, pero pagué por los lentes, tú no pusiste un centavo. Y por algo trabajo.

—¡Pero no siempre vas a tener trabajo!

—¡Por eso ahorro! Y tú no tienes ningún derecho a reclamarme.

—¿Qué?

«Si mamá estuviera aquí, no lo habría dicho. Pero me dejó sola. No está para pararse a mi lado mientras nos mordemos la lengua y luego decirme que ella estaba a punto de romper el silencio. Siempre a punto de defenderme, pero dejándome sola para enfrentarme a él. Pensándolo bien, también la odio a ella un poco».

—¿Tú intentas sermonearme sobre el valor del dinero y las consecuencias de mis acciones? ¿Tú? ¿Tú que desde que tengo uso de razón has estado saltando de trabajo en trabajo sin ningún remordimiento y sin pensar en tu familia? ¿Cuándo afrontaste las consecuencias?

Él intenta interrumpirme. Su cara está roja. Alzo más la voz.

—¡Tú chocaste el carro! ¿Y pagaste por ello?

—¡No quise hacerlo!

—¡No! Fuiste corriendo donde mamá y ella, como siempre, se encargó de todo. ¡Pero yo no soy mi mamá!

—¡Lo sé!

—¡Yo no me voy a tragar las palabras mientras me sermoneas con tu superioridad moral! No vas a reclamarme para luego

pedirme que te dé plata para cigarrillos. No voy a agachar la cabeza y recibir este regaño cuando yo sí pago por lo que daño.

—No como yo, quieres decir.

—¡Sí! — Se acerca.

La imagen se oscurece, tiembla.

—¿Qué hice para que me odieras? ¿Qué hice para merecer una hija como tú? ¿Sabes todo lo que me he sacrificado por ti?

Mi visión se empaña.

—¿Qué sacrificios?! ¡Siempre has hecho lo que te da la gana! Renunciabas a los trabajos uno tras otro. ¡Siete trabajos en un año, papá! ¡Siete!

—¡No iba a ser esclavo de nadie!

—¡Cállate! ¡Ya te he dicho que no uses esos términos a la ligera! ¡Nunca has sido un esclavo! ¡Nunca has sacrificado nada por esta familia! Toda la vida, mi mamá y yo hemos reparado los platos que tú rompes.

—¡Tú no eres ni capaz de ordenar ese maldito cuarto vas a poder arreglar cosas que ni entiendes! ¡Tú me odias! Solo me he sacrificado por darte una buena educación.

—¡Claro que no! Siempre que te cansabas de uno de tus jefes, o de las viejas locas de tu oficina, renunciabas.

—¡Eso no es sacrificio! ¡Mi mamá es la que sostuvo esta familia por años mientras tú te acostabas a ver televisión y a sentirte miserable! Y ahora que la has ahuyentado, esperas que yo haga lo mismo. Pero yo no pago cigarrillos ni deudas del carro que tú decidiste comprar.

—¡Tu mamá fue la que me convenció de comprar el puto carro!

—¡Tú llegaste a la concesionaria sabiendo perfectamente el modelo que quería y el motor!

—Tu mamá fue la que vio el carro.

(Con tono suave, hablándole a un niño).

—Pobrecito, no puedes tomar decisiones por ti mismo.

(Mi voz se vuelve agresiva).

—Ella te preguntó si podías pagarlo, y dijiste que sí. Pero nunca cumples tu palabra.

—¡Suficiente! ¡Malcriada! ¡Y te callas! No tienes idea de lo que he hecho por ti.

—¡No! Estoy harta. No puedes seguir escapando del daño que me has hecho. «En este trabajo sí me quedo». Me dijiste a los siete años, y aquí estás, desempleado, como siempre. «Este es el último cigarrillo». Pero estabas yendo a fumar. ¿Cuánto dinero te queda hasta que me tengas que pedir a mí para financiar tu vicio?

Suena una bofetada.

«En mi mejilla está pintado su odio. Al fin podré dejar de fingir que es el mejor padre del mundo».

Él ve sorprendido a su mano, la cierra. Sus ojos contienen lágrimas y disgusto.

—Todos esos sacrificios para nada. Es lo malo de darles todo a los hijos, luego no aprecian lo que uno ha hecho por ellos.

Limpio mis lágrimas.

—¿Por mí? ¡Por ti! Cuando dejaste de trabajar, no estabas pensando en mí. Cada que prendes un cigarrillo, no piensas en mí. Pero ¿yo? Mi vida ha estado definida por ti.

—Así que ahora es mi culpa. Yo soy el culpable de todo.

Mi mano cubre mi mejilla.

—¿Sabes lo que se siente tener ocho años y saber que al abrir la puerta puedes encontrar a tu padre muerto?

¿Tirado en su cama porque tomó pastillas para dejar de respirar? Yo sí, tú te aseguraste de ello. Y no te odio por eso.

«Alguna vez me llevó en sus hombros. Me cargaba a mi cuarto dormida. Me despierto todos los días agradecida de que esté vivo».

(Su voz es triunfal).

—Entonces sí me odias.

Lo miro con rabia.

—Te odio porque no era mi responsabilidad. Cuidarte, quererte a pesar de los reclamos diarios. No era mi responsabilidad pensar en lo que pasaría con mi pensión cada que renunciabas a

un trabajo. No era mi responsabilidad, a los ocho años, tratarte con cuidado, porque estabas triste y había que animarte. No era mi trabajo rezar en la capilla de la escuela, para que encontraras un trabajo o fueras feliz. Tu felicidad no era mi responsabilidad, y, aun así, nunca fue suficiente.

(Las palabras se vuelven apretadas).

—Te empecé a odiar porque, no importaba cuánto me esforzara, no importaba que sacara las mejores notas, que jugara tu deporte favorito, que aprendiera la música clásica que te gusta, al final dijiste que los hijos eran una mierda; que te esclavizaban. Así que no me digas que has hecho sacrificios por mí, no pretendas amarme. Me ves como un castigo.

Intenta tocarme, yo me alejo.

—No es eso, amor.

—No mientas.

Empiezo a caminar a mi cuarto, recogiendo el estuche de mis lentes.

Lo regreso a ver antes de salir de la sala.

«No puedo evitarlo, este veneno que se esparce por mis venas y demanda que lo hiera. Con mi mejilla pulsante al fin puedo hacerlo con menos remordimiento».

—Tenías que ser tú, no ella.

(Voz baja).

—¿Quieres que me mate?

Alzo los hombros.

—Haz lo que quieras. No me pidas plata para tus cigarrillos, ni para el carro.

—¿Y la universidad?

Le sonrío.

«Me voy a arrepentir al instante. Para, para. No lo digas. Dilo».

—Si mueres, ese ya no sería un problema.

Corro a mi cuarto y lo cierro con llave justo cuando él llega a golpear la puerta.

Cuarto con luz tenue en la puerta

Se escucha el latido de un corazón errático.

Me siento con la espalda apoyada contra la puerta. Mi cuerpo se mueve con los golpes.

—¡Voy a tumbar la puerta! ¡Sal y te voy a dar razones para que me odies!

Lloro.

—Lárgate a fumar.

—¡Abre la puta puerta!

—¡Vete! ¡Esta es mi casa! ¡A mí no me vas a ahuyentar de aquí como lo hiciste con mamá!

—¿Crees que si te deshaces de mi ella va a volver?!

«No quiero que vuelva, me dejó aquí con el marido que ella eligió y el padre que me tocó».

Se escuchan los golpes de la puerta y el llanto.

—No va a volver, ella estaba tan decepcionada como yo de ti. ¿Qué clase de hija eres que ni siquiera tu madre fue capaz de quedarse? Siempre has sido una enfermedad en nuestras vidas. ¡Yo tenía planes! ¡Y los arruinaste!

—¿Crees que yo quería esto para tu mamá?! ¡¿Para mí?!!

—¡No! Pero ella se embarazó. ¡Esto es tu culpa! ¡Malagradecida!

—¿Crees que no me he querido matar también?! ¡¿Que no sé cuánto me resientes?! ¡Me lo llevas diciendo por veinte años!

Pantalla negra.

Setenta y cinco

CARMEN JARAMILLO

Universidad San Francisco de Quito USFQ

—Mil novecientos setenta y cinco fue el año que intentó matarme tres veces. El Bombita era presidente.

—¿El Bombita? ¿Rodríguez Lara?

—Él mismo.

Robert Mullins se probaba en la Liga Deportiva Universitaria de Quito frente a Racing de Avellaneda. El producto nacional bruto aumentaba y ya funcionaban cuatro televisoras de señal abierta. Un terremoto de 4,5 golpeaba un viernes a las nueve de la mañana, pero nadie necesitaba un futuro cuando el petróleo alimentaba el presente.

—¿No fue ese el año que al Bombita le tumbaron?

—Más tarde. Le pegó una huelga por sus decretos antiobreros y hubo un fallido golpe de estado.

Era enero de 1975. Estaba en un Jeep todoterreno con mi hermano mayor, el Jaime, en camino a Chiriboga. Ahí, por el camino antiguo a Santo Domingo de los Colorados. El Jaime era ligero, *chumín*, parecido a mí. Tomaba y fumaba cada vez que podía, era generoso como nadie, magnético para las mujeres. «Nadie te obliga a casarte», decía.

El Jeep era viejo, pero no más viejo que nosotros. Ya no éramos guambritos, teníamos veintiocho y veintinueve.

La primera desgracia nos tomó desprevenidos en ese estrecho camino culebrero, de una sola vía. Con esa vegetación que impregna el aire con el olor del fin de la Sierra y el inicio de la Costa. Unos plátanos que llegan hasta la sien, y la ráfaga de viento que te transporta a las plantaciones de cacao de la Concordia.

Bajábamos cuando un camión de leche cuesta arriba se estrelló contra nosotros. Destruyó el capó, se llevó todo lo que podía. Al impacto, se quebró el vidrio de la ventana con un rugido seco, y entre el calor ardiente de mi mano vi la sangre brotar desbordando. Había cortado catorce venas de la mano derecha. Con un torniquete de mi camisa rota, envolví mi brazo. Me subí al camión responsable de mi accidente hasta la ciudad. Ya sentía la fatiga y el mareo. El chofer y su esposa me urgían a cubrirme el brazo con un trapo cochambroso. «Vea patroncito, mi señora se va a desmayar con tanta sangre», arrastraba la erre, pretendía quejarse, pero yo no podía escuchar.

Antes no entendía por qué las personas se cortaban las venas para suicidarse. Pero en ese momento, con la sangre brotando con furia, lo comprendí. Mientras Mullins estaba en la cancha, y el petróleo nos llenaba los bolsillos, yo peleaba por no desangrarme en un camino de tierra.

Era febrero de 1975. No pasó mucho tiempo, apenas había empezado a sanar cuando la segunda desgracia me buscó. Después de una cirugía y las incansables contracciones con una pelota de espuma de poliuretano para fortalecer mi mano, salí otra vez con el Jaime y esta vez, el Francisco —otro hombre ligero, e incondicional— a la laguna de La Mica, por el páramo del Antisana. El Francisco era alto, buen mozo, el menos fornido entre los tres, *cachista* según todos. Nunca dispuesto a llevarme la contraria, siempre para acolitar. Ese fin de semana, salimos a pescar en medio de un lugar que aparentaba ser seguro. Quebrando la calma, a unos metros de la orilla, el bote se viró. Entre chapoteo y desesperación, con la mano aún debilitada, alcancé a subir en los asientos de fibra de vidrio para no ahogarme. El agua me rodeaba hasta las rodillas, era pesada y fría como si quisiera tragarme; llamaba mi nombre. Acababa de sobrevivir la sangre y ahora el espesor del agua pedía su turno. Nadé hasta la orilla con el brazo enyesado. Agradecí a mi madre por haberme encomendado antes de salir.

—¿Crees en supersticiones?

—Hay supersticiones y supersticiones. Dicen que cuando te caen tres tragedias seguidas es porque alguien te está mentando. Tres seguidas ya no son casualidad, pero a veces también puedes perder los cabales y, como el Bombita, la vida empieza a pegarle a todos sin preguntar.

Era el tercer mes de 1975. Estaba a ocho días de haber comprado un FIAT 1600 naranja, con asientos de poliéster y las moquetas flamantes. Manejaba por la Diez de agosto hacia la SECAP a sacar unas piezas para regresar a la fábrica. A una cuadra de llegar a la terminal norte del aeropuerto Mariscal Sucre, una explosión ensordecedora me reventó los oídos. Por un segundo, todo se volvió frío. Fue el cuerpo tenso, las manos fijadas al volante y las piernas rígidas que no permitieron que me desnucara al impacto. Entre esa oscuridad pesada, voló el radio y el tablero, el carro se llenaba de humo.

Una nube densa y oscura inundaba el ambiente, el frío desapareció en breve. Ardía candela desde todos lados, me sepultaba. Abrí la puerta y salí corriendo sin pensar en la doble vía y la tan posible probabilidad de un carro enbistiéndome. Sentía que el aire mismo me perseguía para terminar su trabajo. En la calle Reina Victoria, allá por donde vivía mi hermana, había una mecánica. Hace unos meses habían vaciado un tanque para soldar, pero, con los restos químicos, se produjo una terrible explosión. Algo parecido estaba pasando, esa era mi única explicación.

Aún en carrera, con los pies livianos sobre el encandecido asfalto de la calle y el ambiente más pesado, llegué hasta una licorería para llamar a casa. Escuché sobre el pitido de mis oídos a la dueña hablar con su hija, «un avión de la FAE cayó en un jardín de infantes». Cuando regresé al lugar del accidente, vi por fin a la turbina pegada en la parte de atrás del auto y un poste caído a menos de cinco metros. La noticia fue enorme, el teniente general Morejón tenía a la FAE esperando que aterrizara y chocó antes de llegar al aeropuerto. Por *chumín*. El fuego no pidió permiso, era un caos primitivo; sentí que fue casi justo: si el agua no pudo, el fuego tenía derecho a intentarlo.

- ¿Tienes cicatrices?
—De la cirugía de la mano, nada más.
—¿No hubo cuarto desastre?
—No, hija, cuarto ya no.
—¿Quisieras regresar?
—¿Al tercero?
—No, al 75.
—No, hija, aquí estoy bien.

Inocente

MATÍAS JIMÉNEZ

Universidad de Las Américas

El eco de los pasos resonaba por los pasillos vacíos del colegio Leoncio Prado mientras el profesor Rodríguez se adentraba en la sala del rectorado. Las luces fluorescentes parpadeaban, creando sombras inquietantes en las paredes desnudas. El aire era denso, cargado de tensión y murmullos ahogados. Sus colegas se agrupaban en torno a la mesa principal, donde la rectora esperaba con el rostro grave, lista para iniciar la reunión emergente.

Rodríguez se sentó en silencio, evitando el contacto visual. La silla crujió bajo su peso y aquel sonido parecía amplificado en el ambiente cargado. Las manos le sudaban; se las secó discretamente en el pantalón mientras fijaba la vista en una grieta del techo, como si pudiera encontrar allí una salida a sus pensamientos.

—Gracias por acudir con tan poca antelación, —comenzó la rectora—. Hoy es un día difícil para nuestra comunidad.

Las palabras se diluían en su mente, reemplazadas por imágenes que no lograba apartar. El cuerpo hallado en el patio trasero. Sin rostro. Sin identidad, excepto para aquellos que sabían.

«¿Cómo podría ser yo?», pensó de repente, sintiendo un frío intenso en el pecho. Su respiración se volvió superficial. Recordó la expresión de su hija cuando mencionó, entre lágrimas, el nombre de aquel chico. El mismo nombre que ahora flotaba como un espectro en la sala.

—No podemos permitir que la violencia se normalice en nuestro colegio —continuó la rectora.

Sus dedos temblaban. ¿Lo había imaginado? Su mente trazaba posibilidades imposibles. ¿Podría alguien haber hecho justicia por él? La sola idea le produjo alivio y, al instante, un miedo abrasador.

—Debemos estar atentos a cualquier indicio —intervino un colega—. Los jóvenes a veces actúan impulsivamente cuando se sienten acorralados.

Rodríguez sintió que su garganta se cerraba. Su memoria se llenaba de fragmentos difusos: las risas crueles, las miradas de desprecio dirigidas a su hija. Su propia ira hirviendo bajo una máscara de compostura.

«Solo fue un pensamiento... nada más», se repitió. Había fantaseado con enfrentarlo, con poner fin a esa pesadilla que consumía a su pequeña. Pero eso no lo convertía en culpable.

La rectora convocó un minuto de silencio. Rodríguez cerró los ojos. La oscuridad lo envolvió y en ese abismo sintió un vértigo que le hacía dudar de todo. Los recuerdos parecían mezclarse con sueños perturbadores: pasos en la noche, el peso de algo que no lograba identificar, el olor a tierra húmeda. Despertó sobresaltado más de una vez en las últimas noches, su corazón desbocado, convencido de que algo había ocurrido.

«Pero yo no fui», insistió, mordiéndose la lengua para no susurrarlo en voz alta.

Los murmullos crecían. Un profesor comentó algo sobre investigaciones en curso, pistas, sospechosos. La idea de ser descubierto lo atravesó como una daga helada. ¿Y si había algo que no recordaba bien? ¿Y si...?

—¿Está todo bien, profesor? —preguntó una colega, preocupada por su palidez.

—Sí... Sí, solo... esto es difícil para todos —respondió con una voz que sonaba extraña, como si viniera de alguien más.

El silencio volvió a llenar la sala. El eco de las palabras de la rectora seguía flotando, pero él apenas las procesaba. «No puedo ser yo», pensó, esta vez con más firmeza. Sin embargo, una duda espionosa seguía enredada en su mente.

La reunión terminó. Mientras los demás se levantaban lentamente, compartiendo palabras vacías de consuelo, Rodríguez permaneció sentado, inmóvil, como anclado a la silla. Sus pensamientos eran un torbellino caótico, una maraña de imágenes y sensaciones inconexas.

Al levantarse finalmente, sintió el suelo firme bajo sus pies, como si acabara de regresar a la realidad. Salió del rectorado, con la espalda tensa y los hombros encogidos. Afuera, el viento helado le despeinó el cabello y le aclaró la mente, aunque no del todo. Mientras cruzaba el patio vacío, una última pregunta lo golpeó con fuerza, deteniéndolo en seco: «¿y si no fue solo un pensamiento?».

Una voz narra la historia del Búho

ANDRÉS LÓPEZ

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Narciso Valencia decidió no volver a ver su rostro.

Desde entonces, se convirtió en una de esas figuras icónicas del Centro. Se lo veía todos los días, a partir de las seis de la tarde, caminando a paso lento hacia San Blas cargado de un maletín. Su alta figura se reconocía a la distancia. Ahí va pasando El Búho, decían las señoras a sus niños.

GABRIEL BOLAÑOS. PERCUSIONISTA. SAN BLAS JAZZ CLUB

Con El Búho solo hablo de música. Nos recomendamos discos y así nos conocemos. Sé que tiene un *algo* con Coltrane y que no le gusta nada posterior a *Amandla*, ese álbum de Miles que no parece de Miles. Se podría decir que tengo una vaga idea de lo que es El Búho por dentro, pero no sé nada de él. De hecho, no sé ni cómo se llama. ¿Narciso? ¿El Búho? Me agarras por sorpresa. Aún no estoy seguro si le sienta bien. Debería ver su cara para darte una opinión. A veces tengo ganas de arrancarle esa máscara. No sé. Tal vez lo intente cuando se embriague de nuevo, pero mejor no. Me gusta que me diga *Little Blakey*, y probablemente perdería ese honor si llego a hacerle algo. ¿Que cómo es su voz? Bastante silenciosa, le sale de las vísceras. ¿Pero qué importa cómo habla El Búho? Habla en bop, por supuesto.

RENÉ RUL-AUT. PIANISTA. SAN BLAS JAZZ CLUB

¡Qué pulsión de los muchachos por ver al Búho desnudo! Por lo demás, te aseguro que es una cara normal. Gran músico. Sí, gran músico. Pero a veces piensa mucho en las escalas y lo que hace es pura gramática. Dórico, eólico, lidio, mixolidio, jónico, bebop. En especial bebop y melódica menor. Ese don que no sé quién le dio. La música. Tocamos. El Narciso que me lleva en su trencito reloj inglés, y me siento un Dios sobre el piano. Y parece que descubro recién las teclas y el tiempo. Hipismo estúpido, diría El Búho. ¿Por qué la máscara? No sé. En su casa hay un cuarto en el que solo hay un espejo y una silla. Por lo demás, está vacío. Y El Búho entra con su instrumento, se sienta y toca ante su reflejo, y es todo máscara. Escupitajo del dragón de fuegos fatuos e ilusión del brujo escondido.

EL OBISPO. CONTRABAJISTA. SAN BLAS JAZZ CLUB (NOTORIAMENTE DROGADO)

¿Quién es El Búho? Una figura. Un pobre y triste despojo creado por el dios joven de este Mundo joven. ¿Qué dios? Este, que es una garrapata que camina en el lomo de ese gato callejero que es su Quito. ¿Qué Quito? No sé. Ese. Este. Que es un Kito komo kualquier otro. Salvo porque este es un papel rayado que ni es papel ni tiene rayas. El Búho y Quito. Una hoja en blanco, un jazz sordo.

Pregúntame de mí, voz. Del Búho y de dios ya te dije todo lo que sé. ¿San Blas? Era una iglesia, aunque no lo creas. Yo era como tú, voz: un charlatán. Me rogaban porque les cerrase los ojos, o porque les dijera que dios no es indiferente ante ellos, que no son sus personajes, sino que los ama. Un día dejaron de venir. Aprendí a tocar el contrabajo y creé el San Blas Jazz Club: culto a Coltrane, Evans, Blakey, Miles, siempre Miles. Avishai Cohen los jueves, también. Al principio éramos solo un par de mediocres y yo tocando jazz a martillazos. Como podíamos. Y entonces vino El Búho, y nos convirtió en máscaras: cristalización de una música más profunda. Entre mis

dedos, muere el grito del Obispo y nace el rugido del titán selvático. Así nació esta parranda de desadaptados que vomitan bop: los instrumentos esconden a un cura, un búho, un Descartes invertido, un homenaje a un escritor muerto a los cuarenta en el cuerpo de un percusionista... una...

VOZ, ¿ESCRITOR? ¿ESCRIBIENTE? QUITO

La noche en que nació mi interés por narrar la historia del Búho, me senté arbitrariamente delante suyo para ver si sorteaba de alguna manera su máscara. Se escuchaba un murmullo expectante. Las luces se apagaron y un solo resplandor descendió perpendicularmente hacia el escenario. Primero tocaron *Footprints*, y Narciso desapareció de una manera tan particular que escuché en su saxo las primeras palabras de un bebé cósmico. Después, sonó *Impressions* y se cristalizó el caos de su universo en expansión. En *Loonie's Lament*, René voló colgado de las garras del Búho hacia ese espacio inconsciente y desbordado de mundo al que llegan solo quienes tienen la enfermedad del jazz. *Starmaker* no me dijo mucho, pues me harté de la sintaxis. Tocarón *Take Five* y me pareció un poco cliché. Cerraron con *The creator has a masterplan*. Si supieran que soy solo un narrador tope, inexperto, pensé. En ese momento, Narciso (El Búho) me miró a los ojos. Se supo en presencia de un falso demiurgo. Guiñó. Vi el cristal, la ventana de sus ojos. Zoom. Zoom. Zoom.

Narciso perdió a su hermano gemelo. Prudencia era un perfecto espejo: todo estaba al revés. *Nunca más mi rostro, nunca más. Izquierda y derecha. Matemáticas y jazz. Día y noche. Vivo y muerto. Cuarto. Noche. Cuarto de espejos. Noche de espejos. Espejos de noche. Máscara. Rostro. Búho, Narciso y Prudencia.* La última noche en que Narciso Valencia vio su rostro, había roto el espejo de su bañera tratando de sacar de allí a su hermano. Estaba ebrio. Miraba fijamente la sangre que brotaba de sus manos. *Mi hermano y su método y sus números y su día y ahora su muerte. Sí, su muerte, porque el Prudencia está muerto debajo de un Transesmeraldas.* El Búho amaneció

recordando. Pequeño ariete cómplice del tiempo. Nostalgia. Porque todo recuerdo es un avance retrocedido. *Mi cara que es la suya. No más Narciso, no más rostro. No más. No más.* De ultratumba, como desde las entrañas de la tierra, empezó a sonar una melodía remota e inenarrable. *Jazz y noche, solo jazz y noche. Lo que me queda.* Narciso murió desangrado al alba. El Búho nació la noche siguiente para llorar en bop la muerte de su hermano.

No pude ver más. Bajó las persianas y sus ojos se tornaron en paredes de sal. Acaso todos seremos siempre presas del Búho y su sutil engaño. Esa figura esquiva se burla desde el cénit de este cuento. Lo he creado, se ha revelado, se ha escondido, me ha creado. Parricida, solo dejó ver las huellas que, a propósito, no limpió. En vano traté de recorrer la consciencia de otros moldes menos conscientes. ¿Qué molde? En el principio está la silueta difusa, después el verbo que la difumina. ¿Escritor? ¿Escribiente? Narciso y Voz. El Búho y La Voz se devoran, sumergidos en su eterna simbiosis.

Carta para un tío muerto

ASHIRIGUNDY LOVATO

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Querido tío Hernán:

Por las calles del barrio dicen que has muerto y yo sé que no se equivocan, sé que has muerto. Los rumores que llegan a la villa, a las casas de las putas, a las casas de los *dealers*, a las casas de los ladrones, siempre son ciertos. Nadie sabe, desgraciadamente, cómo has muerto.

Ayer por la mañana llegó el *camello* a preguntarme si es que necesitaba algo. Hasta cierto punto su presencia fue agradable, pero luego se echó de rodillas al piso y empezó a pedirme perdón. ¿Qué tipo de vendedor de drogas llora por la muerte de sus clientes? Creo que lloraba porque a partir de hoy sus ingresos no serían iguales.

¿Perdía él un cliente, así como yo perdía un tío? No. Él perdía plata. Fue desagradable verlo así.

La señora Nei, la esposa china del dueño del burdel de la esquina, también vino a visitarme. Me trajo la sopa de fideos que prepara con la receta de su abuela. No pudimos hablar mucho porque, ya sabes, a ella el español no se le da bien. Me contó que un día le habías dicho que, si pudieras comer un plato por siempre, sería esta sopa.

La historia de aquella mujer con español imperfecto me abrió el apetito. Estaba preparándome para comer y cuando me llevé la primera cucharada a la boca sentí que, el líquido que se me escurría entre los dientes tenía sabor a gasolina. Me quemaba las entrañas que habían estado lastimadas a causa del ayuno. Solo al final de aquel bocado logré saborear un poco del caldo. Las lágrimas me

empezaron a caer por el rostro, no por el ardor, sino porque tu ausencia se hizo evidente en esas cucharadas amargas.

Ahora estoy sola; es difícil aceptar que voy a estar absolutamente sola de ahora en adelante. El sofá en el que dormías tiene aún la forma de tu cuerpo; hay algunas migas de pan y unas manchas de café. Sobre la mesa está toda la hierba que le compraste al *camello* la otra semana. En el baño, hay dos jeringuillas sin armar y las agujas están todavía selladas. En la cocina está el frasco en el que pusiste toda tu cocaína y me dijiste que no la confundiera con la sal. Todo está tal cual como lo dejaste.

¿Recuerdas mi último cumpleaños? Te dio un ataque de ansiedad por abstinencia. Habías gastado el dinero que conseguiste en una libreta, en esta misma que te estoy escribiendo. Sé que, aunque a veces me mirabas y no me reconocías, tus momentos de lucidez eran solo para mí. Me acuerdo que, para calmarte, fui a la cocina y saqué tu cucharita *para jalar coca* y la llené de droga. Cuando regresé, te abracé por la espalda y, cuál enfermera, te coloqué la cuchara bajo una fosa nasal. ¡Inhala, Hernán, inhala!

Poco a poco, fuiste perdiendo peso, tu piel estaba flácida porque no tenía músculo del cual agarrarse. Me di cuenta de que te estaba empezando a perder, pero también comprendí que ya no podía hacer nada. Cada día, te hacías más violento. Cada día, tu mirada se volvía más distante. Dejaste de abrazarme, dejaste de darme las buenas noches, dejaste de preguntarme cómo estuvo mi día. Dejaste también de comer apropiadamente. Dejaste de vestirme con ropa limpia. Aun así, yo te amaba, Hernán. Porque detrás de ese animal fiel a su *camello*, fiel a sus drogas, estaba mi tío. Aquel tío que me sostuvo entre sus brazos cuando nací, aquel tío que me enseñó a jugar cartas y a hacer torres de centavos, aquel tío que me mostró las películas de Charles Chaplin y me dibujaba bigotes todo el tiempo. Aquel tío que me llevó de paseo a todos los parques de la ciudad, y, sobre todo, aquel tío que me dio refugio en su casa cuando quedé huérfana, igual que él. Aquel tío que me llevó a su casa, aunque sabía que pronto nos convertiríamos en extraños a causa de la cocaína, el

cemento y la hierba. Aquel tío que en el velorio de mi mamá llegó con un ramo enorme de rosas de muchos colores, tal como le gustaban a ella. Aquel tío que después del entierro me miró a los ojos y se aseguró que entendiera que él era todo lo que tenía en este mundo.

Por eso, empecé a ordenar los botes de cemento de contacto en la alacena, como si fueran latas de atún. Limpié los baños para que cuando quisieras inyectarte, tuvieras un espacio limpio. Le pedí a la señora Nei que me regalara unos frascos para guardar tu hierba ordenadamente. También le pedí a don Felipe, el carpintero, que te fabricara una cucharita para inhalar coca. Entendí que ya no te gustaba tu cama y me aseguré de que el sillón fuera el lugar más cómodo que conocieras en este mundo. Cocinaba para ti con la poca comida que conseguía, para asegurarme que, si se te bajaba la presión, tuvieras qué llevarte a la boca.

La noche que te fuiste, supe que te largabas a morir, porque nuestra despedida fue el último momento de lucidez que me regalaste. Yo estaba acostada y sentí que me abrazaste por la espalda. Te acomodaste y pusiste tu cabeza en mi almohada. Como nunca, tu cuerpo emanaba calor y no estaba tembloroso. Sentí cómo empezaste a llorar y, entre balbuceos y lágrimas, después de muchos meses, volví a escuchar tu voz: «Gracias, Julia. Gracias por no dejarme solo». Inmediatamente se me llenaron los ojos de lágrimas: supe que habíamos llegado al final. Me di la vuelta y nos abrazamos como lo hicimos en el funeral de mamá. Nos abrazamos como cuando nació y me cargaste, nos abrazamos como cuando tuve que darte una cucharita de coca para tu abstinencia. Nos abrazamos como la familia que fuimos, porque ese día, esa familia murió. Te levantaste, despacio, y bajaste las escaleras. Escuché que abriste la puerta y te marchaste. Me asomé por la ventana, pero ya no me regresaste a ver. Te alejaste entre las sombras de la calle y, antes de perderte de vista por completo, vi que en tu muñeca llevabas una liga de pelo mía.

Sé que te fuiste a morir, probablemente lejos de todos, donde nadie pueda encontrarte. Sé también que probablemente fue una sobredosis. Sé también que esa última noche que volviste a ser tú, por

un instante, decidiste que era momento de partir. Te superó la vida y ahora ibas a correr a los brazos de la muerte.

Perdóname por no poder darte un entierro decente. Espero que tu cuerpo esté bien resguardado entre algunos matorrales, espero que las arañas te hagan un manto que te resguarde de las lluvias y el viento. Ojalá las flores marchen hasta tu cuerpo y se incrusten en él y que, poco a poco, te conviertas en formas de vida infinitas. Espero que, donde quiera que estés, no te arda la nariz y ojalá la cuchara más pequeña que conozcas sea la del café.

Gracias tío, por cuidarme, por traerme a esta casa, por volver a mí, incluso si estabas tan drogado como para no reconocermelo. Qué privilegio siento porque pude hacer de esta casa un hogar al que siempre quisiste volver cuando las únicas que podían traerte a salvo eran las putas y tres jaladas de coca. Gracias por despedirte de mí y por llevarte mi liga de pelo. Ahora es momento de que tú me esperes. Aún debo comer más platos de sopa de la señora Nei, y tengo que seguir limpiando la casa. Esta casa que me dejaste es todo lo que me queda: tu sillón hundido, lleno de migas y salpicado de café; las películas que están apiladas en un pequeño mueble; las alfombras viejas que trajimos de la casa de mi mamá; nuestras fotos familiares colgadas en la pared, y esta libreta que me regalaste. Seguro que cuando yo muera, volveremos a abrazarnos. En esa ocasión, también nos abrazaremos con mi mamá.

Hasta pronto, Hernán. Siempre tuya,
Julia.



La muchacha se levantó de la mesa en la cual estaba escribiendo. Se limpió los ojos y, con una actitud llena de seguridad, se dirigió a la cocina. Allí sacó una caja de cartón. Fue por toda la casa recogiendo las jeringuillas, las usadas y las nuevas. Guardó los frascos llenos de hierba y el recipiente de cocaína. Decidió dejar a un lado las latas de cemento de contacto, pues podían servirle para reparar algo.

También conservó la cucharita que le había mandado a hacer a su tío; era una buena medida para añadir especias y sazonar la comida.

Cuando guardó todas las drogas en la caja, se dirigió hasta un terreno baldío cerca de la villa donde vivía. Cavó un hueco y enterró la caja.

—Este es el único entierro que puedo darte —exclamó mientras las lágrimas le caían por el rostro, como dos pequeñas llaves de agua.

Después de enterrar la caja se alejó, sin mirar atrás, mientras pensaba en aquella película de Charles Chaplin, *Tiempos Modernos*; la había visto con Hernán hacía un par años.

«Sonríe, aunque te duela el corazón. Sonríe, aunque lo tengas roto. Sonríe y tal vez mañana verás el sol brillando para ti».

La última mujer

DAVID LOZA

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

En lo que, supuso, fueron unos cuantos minutos después de haberse disparado en la sien, la última mujer despertó con la desoladora certeza de que no moriría jamás. Levantó las manos de dedos mugrientos, las uñas agrietadas debido a las largas horas que pasó mordisqueándolas. Estuvo a punto de soltar una carcajada estruendosa. La detuvo su incapacidad de reírse de su propia tragedia; a su pesar, aquella dosis de humor siniestro no tenía cabida en ella todavía. Sospechaba que, si un balazo no fue suficiente para que aflorara, nada lo conseguiría.

Continuó boca arriba, la vista fija en el techo de cemento. No quería girar la cabeza todavía, no cuando aquella terrible visión la esperaba al alcance de un movimiento tan simple. Notó entonces el tacto frío de la pistola que una vez perteneció a su esposo. Por lo visto, tras efectuar el disparo, las yemas de sus dedos acabaron descansando sobre el arma. ¿Cuántas balas quedaban? ¿De verdad tenía la paciencia necesaria para dispararse las veces necesarias para obtener el final definitivo?

Exhaló una gran bocanada de aire, no porque necesitara más oxígeno, sino por la simple ansia de efectuar algún movimiento. No tardó en arrepentirse. Se encontraba en la planta baja de un edificio en ruinas, cubierto de polvo hasta el más pequeño rincón. La pandemia habría matado a los empleados ya, pero le aliviaba que hubiesen tenido la decencia de abandonar el lugar y no morirse allí mismo; con un poco de suerte sus cadáveres estarían en algún hospital, aunque la mayoría de las víctimas acabó agonizando en la calle mientras era

pisoteada por una multitud enardecida. La última mujer se enroscó sobre sí misma y tosió tan fuerte que su visión se cubrió de puntitos de luz. Cerró los párpados con furia; no quería verlos de nuevo, pero, de algún modo, supo que esta vez no podría evitarlo.

Se encontró con los ojos blancos del cadáver de su esposo. De su boca entreabierta colgaba la lengua ennegrecida, la misma que había besado a la última mujer cuando todavía tenía un nombre. Sobre las pálidas mejillas revoloteaba una curiosa mosca. ¿Por qué solo una? ¿No deberían ser más? No tardó en marcharse con un zumbido que a la última mujer le resultó un tanto molesto. ¿Por qué seguía preocupándose de cosas tan triviales después de lo ocurrido? Su mirada, una rebelde ansiosa, siguió bajando. Se encontró primero con el cuello, grueso y blanco salpicado de puntitos negros. No habían estado allí cuando él vivía, por supuesto. Tampoco los dedos cubiertos de púrpura, el meñique sin la punta — no quería pensar en cómo la arrancó a mordiscos — ni el extraño líquido verdoso que cubría el suelo, ni, mucho menos, las manchas en su uniforme de policía. La última mujer había pasado tantas horas lavándolo hasta que las manos le ardían, a las órdenes de un esposo obsesionado con la limpieza.

La última mujer se planteó detenerse; ya sabía lo que encontraría después. No lo hizo. Un poco más allá, el cuerpo de su hija yacía boca arriba. Nada tenían que ver esos miembros flácidos y la boca cubierta de sangre con la muchacha de quince años que la última mujer conoció. Ahora tendría quince años para siempre. Conservaba el cabello negro casi tan limpio como antes, las caderas anchas, la nariz respingada que tanto le alababan en las cenas de Navidad. La última mujer se obligó a bajar la mirada. En su breve recorrido había algo que pasó por alto con total deliberación. Observó, con el violento corazón golpeándole el pecho, el vientre redondo que se asomaba entre los pliegues de su saco negro. Entre las piernas de la muchacha, su bebé sin vida permanecía enroscado sobre sí mismo, las diminutas manos encogidas en puños. La punta de uno de los pulgares rozaba el labio inferior casi con delicadeza.

En la época en la que madre e hija tenían nombre, el embarazo de la muchacha fue motivo para que la última mujer descargara su ira contra ella. ¿Cómo se había atrevido a embarazarse del tarado que tenía por novio? Recordaba haberla abofeteado cuando le contó sobre el bebé. Una, dos, tres veces. Su hija se limitó a llorar con la cabeza gacha. La última mujer había gritado hasta quedarse sin voz. La llamó una descarriada, una mantenida, una sinvergüenza, una descarada, una puta.

Una puta.

Cada que se acordaba, un gusto amargo llenaba la boca de la última mujer. No sabía si se arrepentía o no, sólo tenía claro que, en esos momentos, dejó de ser ella misma para convertirse en alguien a quien no reconocía del todo.

Casi nueve meses después, como por algún designio macabro, llegó la enfermedad. Se decía que vino con un extranjero que la portaba, algún hombre proveniente de un país impronunciable. ¿Lo mencionaron en las noticias? No estaba segura. La enfermedad atacaba el sistema respiratorio: iniciaba con una tos leve que duraba unos cuantos días. En el lapso de una semana, la persona infectada convulsionaba y se ahogaba entre una mucosidad verde que la rodeaba como si fuese sangre derramada. Los enfermos se acumularon en los hospitales, cuyo personal no tardaba en contagiarse a su vez. En todo el mundo las calles se cubrieron de cadáveres. Bastaron un par de meses para que las comunicaciones globales llegaran a su fin.

Y apareció la locura. A las afueras de los centros comerciales, las personas peleaban con lo que fuera que tuvieran a mano por una mísera porción. Hubo golpes, arañazos, machetes, balas. El esposo de la última mujer consiguió, de algún modo milagroso, hacerse con unos cuantos suministros. Los vecinos no tardaron en enterarse. La última mujer tampoco estaba muy segura de cómo ella y su familia escaparon. Eso sí, tenía muy presente en la mente la imagen del hombre que embarazó a su hija apuntándoles con una pistola, exigiendo la comida para sí. El esposo de la última mujer disparó primero. Vagaron varias horas entre los cadáveres, luchando por encontrar,

aunque fuese un rincón en el que no tuvieran que hacer maniobras para no tropezar con una mano, un brazo o una cabeza.

La hija fue la primera en toser. La última mujer había dejado escapar un pequeño grito al ver las espesas gotas de mucosidad verde salpicando la mano de la muchacha. Los ojos de ambas se encontraron y supieron (o creyeron saber) que la muerte las encontraría pronto.

Fue poco después que encontraron el edificio deshabitado. No se preocuparon por buscar ayuda médica; a esas alturas, el personal de salud de la ciudad estaría muerto o enfermo. Se aseguraron de cerrar bien la puerta; así evitarían que algún loco se colara en el edificio. La última mujer, con ayuda de su esposo, ayudó a su hija a sentarse en ese suelo cubierto de polvo. ¿Por qué la enfermedad afectaba tan rápido a la muchacha? ¿No debería tardar días en ponerse tan mal?

Entonces la hija empezó a gritar que el bebé estaba a punto de llegar. Más tarde, la última mujer no recordaría nada excepto haberle agarrado de la mano a su hija mientras ella gritaba. El esposo se limitó a observar. Conforme el bebé se abría camino, la cantidad de moco que brotaba de su nariz era mayor. La última mujer no se olvidaría de la tibia sangre manchándole los pantalones, mucho menos del chapoteo cuando el bebé cayó en el suelo. Era un varón. Estaba muerto. La muchacha cerró los ojos. Los padres, ahora abuelos, no se atrevieron a mover el cadáver del niño; de algún modo, se sentía como un sacrilegio apartarlo de su agonizante madre.

Llegó el turno del esposo. Su tos era leve, apenas una breve molestia; pero la familia sabía lo que significaba. Nadie se atrevió a pronunciar tan solo una palabra al respecto. Un par de días después, la última mujer empezó a recibir miradas extrañas por parte de su familia. La hija ya no podía ponerse de pie y el esposo apenas era capaz de respirar. La mujer, por su parte, continuaba sin presentar síntomas. En ocasiones, respiraba hondo en búsqueda de la más breve congestión nasal. Nunca encontraba nada, víctima de una salud terrible. ¿Por qué no podía morir con ellos? ¿Era algún castigo de Dios? Se dijo que, si alguna deidad decidía el destino de la humanidad y llegaba a encontrársela, le daría un puñetazo.

Las provisiones se acabaron y la familia no tuvo de otra más que tumbarse a esperar. La mujer ni siquiera se despidió de ellos, se limitó a observar cómo se iban del mundo entre convulsiones y sacudidas. No lloró cuando comprobó que habían muerto. Ni siquiera sintió nada más que un leve nudo en la garganta. En algún momento, el caos en el que se vio inmersa los últimos días le arrancó cualquier rastro de sensibilidad.

Luego llegó el hambre.

Al principio no fue nada importante: poco más que un retorci-jón en el estómago, propio de las mañanas en las que no tenía tiempo para desayunar. Pero después vinieron el sabor metálico en la boca y el sudor que humedecía su cara. Fantaseaba con unas cuantas gotas de agua resbalando por su garganta. Su mente la llevaba a aquellos días en su etapa universitaria, cuando almorzaba al salir de clases en el rincón más alejado de la sala de un restaurante.

Los ojos se le cubrieron de lágrimas cuando los fijó en los dedos purpúreos del hombre.

Más tarde se preguntaría por qué ni siquiera lo pensó demasiado. Tomó la mano del cadáver de su esposo entre las suyas, la observó durante un momento y después mordió la punta del meñique. Fue un mordisco leve, tímido. De pronto, aumentó la presión, su mente vacía de cualquier idea. No creyó que sus dientes poseyeran tal fuerza. Un pedazo de carne se coló en su boca. Y tragó. Aquello fue suficiente. Con un grito, se apartó del cadáver. ¿Fue ese momento en el que olvidó su nombre?

Permaneció ahí, inmóvil, acuclillada, hasta que la interrumpió un sonido semejante a un chapoteo. Tragó saliva y, ansiosa por mirar en alguna otra dirección, giró la cabeza. El cadáver del niño (¿su nieto?) se había inclinado ligeramente a un lado. Casi juraría que dormía en medio de ese charco de espesa mucosidad verde.

En ese momento decidió tomar la pistola de su esposo y, con la misma rapidez que dio ese terrible mordisco, apretó el gatillo contra su sien.

Y ahora estaba allí, descubriendo desolada que era inmortal. Se incorporó tambaleándose, el mundo a su alrededor daba vueltas. El

hambre no había desaparecido. Afuera, sólo la esperaban una montaña de cadáveres. Y no se atrevía a dejar a esa niña y a ese hombre que una vez fueron su familia. No soportaba la idea de abandonarlos. Se quedaría junto a ellos hasta que se convirtieran en polvo. Sólo entonces se marcharía del edificio.

Se derrumbó junto al cuerpo del bebé. La mucosidad se coló entre sus dedos y le arrancó un breve escalofrío. Iba a quedarse junto a su hija y a su esposo, pero nunca había conocido al niño. ¿Qué era para ella, en realidad? Las ansias de comida no remitían, el hambre no iba a desaparecer. No entendía por qué le preocupaba tanto, sólo era evidente que era imprescindible acabar con sus ansias alguna vez. Se inclinó sobre el bebé, jadeando. ¿De verdad le importaban todas esas ideas que se agolpaban en su cabeza? Se dijo que la explicación más simple era que simplemente quería hacerlo; su hija no habría sufrido tanto de no ser por esa maldita criatura.

Así que tomó la manita del pequeño y se la llevó a la boca. Su carne sabía amarga.

Días de ira

EDGAR MELENA

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

En el pueblo solo hablan de un lobo; todo lo demás es invisible.

Te adentras y los objetos carecen de forma. Acumulados y atiborrados entre espacios ilusorios y sombras incompletas de la mente, en una dicha de la incomprensión que responde a la locura. Solo existen los reflejos. Y de pronto, el golpe cegador de una luz lejana que desnuda al bosque por un segundo, ondulando el tenue haz entre hojarasca, maleza y cortezas embrujadas. Agradeces al leve rayo impactado; ahora ya lejano, ahora ya en el pasado. Fuera de eso, estás ciego; tus ojos son armas inútiles y tus manos tantean la oscuridad intentando aferrarse al recuerdo del bosque. No lo logras.

Dos personas ya han sido asesinadas cuando intentaban salir del bosque. Los demás, apenas vivos, apenas gente: una mujer con su pequeño hijo. Su escape se dio gracias al vilipendiado cadáver de su esposo en las entrañas del animal. Dentro de ellos, como un eco, se oían los gritos ingrátidos y perpetuos de un sacrificio humano. Tú también los oyes. Un cordero que, lanzado hacia el caos perpetuo, solo es capaz de producir un estruendo que se cuele en la porosa naturaleza de un alma herida. El dolor se multiplica con el recuerdo del ayer. Perdió su mirada hacia el infinito y la muerte. Solo un mínimo punto, que casi ni se podía llamar pupila, quedaba dentro de esas cuencas amaderadas, todo lo demás había perdido su brillo. Todo lo demás se había vuelto invisible.

Me dijeron que sus ojos también son blancos como los de mi padre. Creyeron que eso me aliviaría, que en la oscuridad el faro de Alejandría animalizado me indicaría el camino de la bala, pero, si llegase a verle los ojos sin antes haberle disparado, entonces estaría muerto. La duda es símbolo de derrota. Nadie puede observar al abismo sin antes saber que deberá lanzarse, ese es el vértigo, esa es la vida. Además, su oído es preciso y agudo, su olfato reconoce cada atisbo de mi antes que yo mismo. Yo solo tengo un viejo rifle que perteneció a mi padre. Ya ciego por la edad, el viejo me pidió que fuera en su lugar para «salvar al pueblo». ¿Qué carajos sé yo de cazar? Pregunto, y el bosque contesta, irónicamente, que yo no sé nada. Mis ojos, incapaces de ver la oscuridad; mis manos, ateridas ante el peso del arma. Solo puedo contar con la astucia, pero el animal es más inteligente.

De nuevo un rayo. El festival orgiástico se transparenta en el cadáver putrefacto y devorado de un conejo muerto. Vida y muerte, te repites, pero no eres nadie. Indiferente a la vida, pues el letargo es extremo y el peligro aún mayor. La muerte tiene la dicha de esperar lejos, en la raíz entramada y circular de la tierra grisácea. Retumba el suelo en cada paso y te preguntas:

—¿Por qué yo?

El peso del verdugo.

Atravesar la carne con la bala, con el cuchillo, asesinar. Atacar con furia, con una piedra que destroce el cráneo, con un hacha, con una cuerda. Romper el cuello, decapitar, herir hasta desangrar. El bosque es más denso y el espacio se reduce bajo su respiración. El bosque te ahoga con su propia exhalación. Los pulmones se invaden de culpa y no queda más que fatiga y cansancio. Tus ojos te piden dormir y no puedes. La luna, en forma de sierra circular, amenaza con decapitarte si lo haces. Cada parpadeo ahuyenta la vida, la deja inmóvil; cada parpadeo puede ser el último. En tu paso eliminas y mueres. Así, el victimario como la víctima son lo mismo. El papel de presa y cazador es un lujo del pasado; las huellas de la bestia son

indistinguibles de las del animal. Tú y él son lo mismo, notas de caída indispuetas e irrisibles, ordenadas por el caos, en un enfrentamiento que tiene como fin la supervivencia. Te imaginas los ojos centelleantes del lobo, los colmillos imponentes y el triunfante aullido de victoria cuando te sepa muerto. Nada de eso importa, repites; te gritas por dentro que pronto estará muerto, pero sabes que no es verdad.

Los perros hambrientos siempre son fáciles de matar; solo hace falta atraerlos con el alimento correcto. Un lobo no es más que un perro que no ha sido dominado. Mi padre solía hablar de ellos todos los días. «Sobreviví al mal», decía siempre con aire tembloroso y torpe que, mientras daba tumbos entre la vigilia y el sueño, me recordaba al opuesto de los animales que cazaba. Sus dientes amarillos y naranjas, algunos inexistentes, otros milagrosamente sostenidos, eran una mueca incompleta de un animal herido. Sus brazos eran casi ramas esqueléticas arrinconadas en cada pliegue con la llanura de sus huesos sobresalidos. Sus ojos guardaban una estrecha profecía que no supe descifrar hasta hace algunos años. Su ceguera era un tímido progreso que acabó lacónico y sutil. Su deteriorado aspecto me recordó siempre al de una casa vieja en la que es imposible decir si es que alguien vivió alguna vez ahí. La vida y defensa de mi padre se encontraba en el arma, un Winchester del 82, o al menos eso decía. Ahora entiendo que ese amor al rifle se dio debido a que este era lo único que tenía ante el mundo. Con ese rifle, el viejo, salvaguardaba la confianza de que, a la distancia apropiada, cualquier animal caería con un agujero en la cabeza, propinado por el destello de la nada. Él debería haber entrado al bosque; yo no estoy listo para matar. Ojalá yo también estuviera ciego.

El animal no perdona las dudas. Saborea el atisbo de incomprensión y ambigüedad en su víctima. El hombre, al igual que la bestia, comparten un cerebro diseñado para el desgarrar. Hechos a medida del pasado y el futuro, pues el combate entre ambos es algo que comenzó en el pasado. La matanza de ambos es algo más que un territorio;

es el añejo desencanto de la naturaleza. La constancia de asesinar sin atisbo de arrepentimiento. El cinismo, propiciado por el hambre, el miedo, la muerte. El animal, referido a ambos, no puede detenerse a llorar, pues sería devorado. En lugar de ello, finge una demencia absoluta ante el mundo, ríe a carcajadas mientras su ceguera es elocuente. Los lobos, así como los hombres, están guiados por la sangre. Derramarla o evitar derramarla será el indicativo de quien resulte ganador. No hay diálogo, pues los animales no hablan; el dialecto es excluyente. El cobarde finge, espera que la víctima caiga en el falso engaño discursivo para luego abrirle el estómago con tal cuidado que siga vivo para ver cómo le atacas el corazón. La única compasión es revelar el engaño. Tú no puedes engañarlo, él sabe quién eres.

Las huellas son más frescas y en este arbusto, lleno de milenramas, hay un pedazo de pelaje del animal. No escucho nada, salvo el agitado peso tambaleante de la tierra. La gota de agua derramada se vuelve aceite o sangre al caer contra el suelo. El espacio vacío es rellenado con la ausencia insondable e inconmensurable de la nada. Escucho y me volteo asustado, solo para golpearme contra el vacío absoluto. Las lomas son, sin cesar, más pronunciadas y rocas, del tamaño de pequeños lobos, son menos firmes. Cada paso es un salto al vacío que incita a la ingravidez de ser extranjero, los pasos se componen de crepitaciones; cadáveres disminuidos que caen en gitanas manos del tiempo. El peso es sibilante y ensordecedor. Como un flujo, adentrado en la corriente, golpeado al derecho y al revés por olas equidistantes que se chocan unas a otras. El bosque, de secuencialidades curvas y tediosa forma, se transforma bajo mis pies en agua y los pasos es un disparate aleteo en este cielo sin forma. El animal lo sabe; conoce cada sitio de este lugar, él lo diseñó. Es un laberinto en cuyo centro estoy esperando ser asesinado. ¡Dios mío, cada minuto en el bosque es un suicidio! Palpita el corazón de la noche mientras centellea sus ojos; jamás imaginé que todo árbol sea el colmillo de un animal. No existe escapatoria, esto es el infierno. Cada árbol es infinito y en cada sombra hay un lobo distinto esperándome.

El animal se ha despertado. Se relame los dientes, bosteza complacido y estira sus patas con firme convicción. Aún no se ha percatado de ti, pero no le falta mucho. Sabrá que estás ahí, que lo encontrarás pronto y, en una repetición inconstante y burda, dirás para tus adentros, todos los consejos de tu viejo padre. Antes de irte, intentó advertirte cómo cazar una sombra, despejar el aliento ante el impacto y siempre mantener el arma firme ante una exhalación. Ante ellos, el pantano rojo de habitantes muertos se abre gustoso. No hay nada fuera de aquí. Adentrarse en el bosque, sumergido por una neblina que hasta ahora habías ignorado, es adentrarse en un sueño. En un cráter imperceptible del que ninguna alma escapa. Solo el ruido se acerca ante esta barrera metafísica que te ha cercado. Lejos, un viejo ciego, soñador de demonios y lobos hambrientos, oirá el aullido de la bestia y verá el augurio como una bandera negra en medio del torrente oscuro que acecha imbatible en el terreno infinito. No le sorprenderá; la muerte reclama la vida. Ese es el séptimo sello que se acerca a la ceguera y a la herida del animal agonizante. Las cosas se componen de su final. El viejo está acostumbrado a la muerte, pues la vida hace tiempo se le disipó. Al observar para adentro, el mundo solo es eco y sombra.

La imaginación no tiene cabida cuando el ruido y la muerte son uno. Soy una presa sencilla. Siento agarrotado cada centímetro de mi cuerpo, y siento mi cuerpo en cada centímetro del mundo. El dolor es infinito. Ya no es una ridícula intuición; el animal está aquí. Sé que me ha visto. Su rostro está escondido; así como un verdugo, su capucha es la negra sombra que ciega la existencia. El lobo no tiene nombre pues no importa. Encañono al bosque desviando todo gramo de fuerza a sujetar el rifle y amenazar la nada.

El animal está cerca. El animal tiene hambre. Cautivado por la danza de la noche, aúlla ante la luna y, sin esperar respuesta, se encamina hacia el hombre.

Ruido. Disparo. Estruendo. No hay nada. Quizá estuvo ahí, pero ya no. Ahora los pasos son circulares, el ruido es un espiral

ascendente que se abre camino ante el infinitesimal dodecaedro en que te encuentras. Un duelo geométrico del que no puedes escapar.

Otro disparo.

No sé dónde demonios está, pero quiero que al menos sepa que no estoy solo. Como mi padre, pienso entregarle todo a mi arma. Si he de morir, que sea con el cargador vacío. He de atravesar cada sombra, hasta que el infierno se abra y, dejado de la cobardía y el orgullo de estar escondido entre sombras, me demuestre los cantos funestos que me aguardan. Este es el día de la ira, ven a mí, maldito tirano de manos profanas.

Cada disparo es un alivio mayor. El lobo se aturde, pero no pierde la concentración. Es una batalla de desgaste que no puede perder. Reanudas una persecución inútil entre la escueta igualdad que da el animal. Pronto te sientas frente al árbol, suspiras y te parece que el mundo es infinito y hermoso. Ya no hay balas y todas impactaron la nada, lo sabes y el animal también. Se aproxima a paso pesado, con un lamento que quizá solo tú imaginas. Detrás, pequeños cachorros se relamen el hocico mientras gruñen en bajo tono. La naturaleza siempre gana, la supervivencia es dichosa.

No es tan malo esto, ya sé por qué a mi padre le gustaba hablar de los lobos.

Tuve que bañarme en agua fría (fragmento)

JUAN ESTEBAN MONTÚFAR
Universidad San Francisco de Quito USFQ

En caso de sentir los siguientes síntomas, tome un descanso, aléjese de cualquier fuente de agua fría, mire a otro lado, con eso bastaría. Y siga leyendo.

Síntomas

- Sudor en las manos.
- Salivación excesiva.
- Miedo detrás de las orejas.
- Susto a través de las letras.
- Pérdida parcial de su entendimiento.
- Necesidad de salir corriendo.
- Pensamientos intrusivos, escondidos en recuerdos nocivos.
- Necesidad de calificar al autor como desquiciado.
- Necesidad de comenzar a registrar sus días.
- Necesidad de tocar, besar o hablar con el fuego.

Día 21

Hoy me contacté con un estafador, profesional para colmo. Casual. Para comprarle una motico, la motico. Yo pensando sin emocionarme de más en cómo la usaría, de aquí para allá, visitando perritos de la calle, yendo donde la María a ofrecerle un paseo a cambio de unas pocas manzanas, pasando por charcos de agua fría, buscando duchas que estén libres. Lo mejor de todo es que me imaginaba

a mí, que ya no pasaría acostado en los parques, si no que pasaría acostado en los parqueaderos de los parques, encima de la motico, mi motico. Cómoda me escucharía, agradecida me recibiría, muy sabedora la motico me aconsejaría. Cómo me hace falta. Todo sería mejor con ella.

Pero ni modo, ahora estoy aprendiendo a vivir el momento. Antes alguien me decía que todo pasa por algo, ojalá tenga sentido y aplique para mi proceso, ya saben, esta nueva etapa de mi vida que al parecer no tiene retroceso.

Me quitó todo el que bien sabe, ese, ese, el sapo estafador, pero no me molesta, de hecho, ni me enfurece. No sé qué hacer y eso ni me asusta. Hay que vivir el momento, y en este momento debo buscar dónde dormir hoy, gracias al de la motico.

Ah, por cierto, nada aún.

Así que tuve que bañarme en agua fría, o en este caso, quedarme afuera y esperar hasta que llueva.

Día 25

Hoy me levanté temprano, como hacía con mi mamá cuando era «peque».

¡Me levanté y le gané al gallo! Sapo ese, ladrón de tantos sueños míos, ya sabes, de esos que ya nunca tendré, de esos que solo viven cuando uno se acuesta.

El caso es que me acuerdo de que me levanté temprano, mucho antes de la alarma de las cinco.

Le gané al gallo del vecino. Yo orgullosísimo, voy y que le tuerzo el pescuezo. Sí, sí, con las dos manos.

Lo agarré antes de que se desperezara, antes de que abra esos ojos, hecho pasas secas del maldito, antes de que salude a sus pollitos uno por uno o antes de que prepare el desayuno, incluso mucho antes de que grite a su esposa «Buenos días mi amor», con un beso en la boca.

Lo agarré y lo viré. Fue facilito, no sentí ni el «crac» ni el «croac» ni mucho menos el «frac». Fue mejor, así el vecino no se despertó.

Como les decía, me desperté tempranito para cocinarme mi almuercito. Tal y como me hacía mi mamita.

Llevé a mi almuercito para cocinarlo, le quité las plumas y las patas con la memoria en alto. Le di piquitos en el pico y en eso que me viene a reclamar mi vecino favorito.

—Sin vergüenza este, tan temprano y ya poniendo mala cara.

—Resulta y acontece que el gallo sin pescuezo ha sido más mascota que almuerzo.

—¿Cachas tener un pollo para quererlo? ¿Cómo vas a tener un pollo para no comerlo?

—Dios mío de mi vida y de mi amor, de mi santísimo clamor escondido en un gallo sin forma ni sabor.

No pude hacer más que ofrecerle un poco de consomé, a fin de cuentas, no era mi casa, no era mi cama, no era mi deseo, no era mi recoveco, no era mi puerta, no era mi llave, no era mi aliento, no era mi basurero, no era mi visión, no era mi cucharón, no era mi receta, no era mi lluvia, no era mi cubierta, no eran mis lágrimas, no era mi gallo, no era mi recuerdo y no, no era mi caldo.

—Piensas que estoy loco, ¿eh? ¡Respóndeme!

—Si te veo la carota que me haces, veo cómo te arrugas, como tu rostro hace carreteras que en unos años dejarán una marca de tiempo infinita. Veo cómo te llenas de rayas, haciéndome muecas groseras, veo como me frunces el ceño, trompudo no te asustes, piensas que estoy loco, ¡nah!, yo creo que solo estoy un poco roto.

Día 32

Hoy alguien me necesitaba, me cuesta decirlo, pero no quise ayudarlo. No pude, algo no me dejó, algo se fastidió y ni si quiera lo conocía. Lo hice por mí, pero no sé si fue por mi bien, o si fue por mi seguridad, o si fue por mi paz, o si fue por mi respiración, o tal vez por mi espalda repleta de costras... Solo lo vi, con mi reflejo en sus pupilas suplicando ayuda, desesperado, sudando frío, gritándome que lo ayude por el amor de Dios y algo más que no pude entender. No lo pude entender,

ni si quiera pude ver sus labios, porque cuando me acerqué, cuando lo vi, cuando estaba tan cerca como para leerlo como un diccionario, se consumió, se apagó, crepitó y crepitó... escuché que andaba llorando y cuando lo reconocí, recuerdo que solo podía verme a mí, a través de él. Entonces no sabía si el que gritaba era él, o yo.

Y entonces me acordé de que no lo iba a ayudar, no lo entienden, pero es un experimento, una investigación, es por mi bien, es por la búsqueda de esta merced. Me alejé y empezó a llover, un diluvio, pero tan duro, tan salvaje, que me dolían los párpados. Sabía que estaba mal, pero no sé si yo estaba mal o si lo que acababa de hacer estaba mal. Me enfrié al instante, y mis dedos me estaban hormigueando, mis venas se estaban moreteando, mi razón se estaba congelando, como reclamando mi alma en el purgatorio. ¿Lo maté? Lo maté o maté sus esperanzas en la humanidad, lo que tanto antes defendía, lo que tanto enseñaba, debía ayudarlo, era mi deber, me necesitaba, a pesar de que seguramente ni me recordaría, ni me agradecería, ni me ayudaría... debía... No, ya no...

«¿Qué me está pasando? ¿Estoy dejando de sentir? ¿Estoy dejando de vivir? ¿Me estoy dejando morir? ¿Ya me rendí? ¿Qué es esto que siento? ¿Por qué pienso lo que pienso?».

Siento que tengo un demonio metido en mi alma, que se mete por mi boca, que mira por mis ojos, que decide por mí, que me dice que no alcanzo, que me dice que no siento o que no sienta, que me dice que mis lágrimas son más frías que mis duchas y que pronto, ni eso alcanzarán a ser.

¿No lo voy a lograr? Y después de todo. ¿Para qué luchar? Si todo lo perdí, si todo se me fue, mi esfuerzo desapareció. Pienso a veces «Mis rayas este idiota perdió». Este demonio me dice que empecé de cero de nuevo, una vuelta en U en una calle de cuchara, doblada, oxidada, que no sirve para nada.

De nuevo, luego del accidente, este demonio me dice que soy un rabinas caprichoso, que ni para eso valgo, que antes tan obsesionado, tan prendido, tan radiante, ahora sobrevive con la mecha apagada, buscando el culpable de quién diablos lo mantiene vivo.

Este demonio me impregna con metales ardiendo en la piel que dicen: «este solo quiere rendirse en el frío».

Con lágrimas escribo esto, porque me sorprende que yo, con mi personalidad de acero, que jamás se rinde, que siempre está determinado, que siempre persevera, que si no tiene motivación sale una disciplina, que siempre le da todo de sí al mundo sin importar qué, sin esperar que... Yo, que pensaba que quedarse quieto no solucionaba ni jota, ahora lo único que quiero es nada, tirarse en la nada del parque, en la nada de la casa que ya no es mía, en la nada de las sábanas que disimulan la vereda, en la nada de mi moto que ya no es mía, en la nada de cada gota de sudor que alguna vez fue combustible, en la nada del recuerdo de cómo terminé así, en la nada del charco cálido de la esquina de la principal...

En la nada de este aguacero.

Este demonio maldito me hace perder mi rumbo, todo es su culpa, cómo lo detesto, y ahora no veo sentido a seguir, ni siquiera a comer o dormir.

¿Debería rendirme con todo? ¿O buscar entre lo que pueda chamuscar?

Día 40

Pedernal y acero.

Un helecho de mal agujero.

Seco y quejumbroso.

Harto del frío del agua.

Hundido hasta el fondo.

Ahogado en su futura fragua.

¡Pobre de él!

No sabe lo que le espera.

No sabe lo que tiene.

No sabe lo que piensa.

No aprovecha el presente.
Se desvive el indolente.
Se desvive por lo que no tiene.
Y se muere por lo que quiere. Hundido hasta él irse al fondo.
Esperando que alguna piedra suelte la chispa que lo prenda todo.
Esperando que una tenga puntería de sien.
Fuego y chispa, eso es.

Día 56

Me siento mejor, sobre todo porque lo encontré... al fin lo encontré.

Lo encontré en el agua que me pasan todas las mañanas, y en la orina que desato después de esas aguas. A veces lo encontraba en la comida de la tarde, rica, jugosa, deliciosa y amarga. ¿Por qué todo tiene que ser una farsa? ¿No es más fácil procesar la verdad? ¿Por qué tienen que llegar a mí con puras mentiras, tantos camuflajes, tantas escondidas?

Como predije, este martirio terminaría en esto: cuatro paredes blancas que congelan mis ganas de vivir.

Me siento mejor, y no sé qué hice para estarlo.

Tal vez solo lo ignoro, o tal vez solo no me reclamo, o tal vez ya no siento nada, o tal vez ya no tengo nada, o tal vez se quemaron mis nervios, o tal vez se quemaron mis pelos, o tal vez me cortaron mis derechos.

Me provoca placer rascarme la cabeza y ver cómo se cae mi piel.
¡Jajaja!

Maldito juicio, escrito en papiro mas no en madera. Esta mierda me quema, esta tontera me fastidia, esta pendejada no tiene sentido. ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora? ¿Por qué hasta morir?

Me llaman traidor, loco, y al mediodía un poco perdedor.

Me llaman responsable de eso que tanto ardió, deudor del Ecuador. Me llaman fundador de este nuevo esplendor.

Ciento y piquito años condenado en el mismo corredor, y nadie me preguntó.

¡Qué fastidio, qué tontera, qué estupidez este dolor!

¡No es justo! ¡Una huevada! Nadie entiende mi clamor.

Nadie vino por mí, nadie me defendió, les estaba haciendo un favor con esta investigación, no hubo mediador.

No tiene sentido este ardor, escucho cómo me gritan «¡dictador! ¡dictador!»... Se me quiebra la voz...

No puedo respirar...

Ahora veo lo que merezco, veo oscuro alrededor...

¡Al fin puedo regresar a casa, mamá, ay, mi mamita!

¡Mira, mamá! ¡Al fin lo conseguí! Acabé mi investigación, por lo que tanto me desviví, ¡por lo que tanto lloré! ¡Por lo que tanto no fui a comer, por lo que tanto no te abracé! ¡Por lo que tanto te ignoré! Ojalá hubiera tenido chance de explicártelo, ojalá algún día pueda conversártelo.

¡No sé si estás ahí! Pero cómo extraño tus ojos que tanto ardían.

Con las últimas gotitas de tinta de esta vida, escribo lo que tanto me impedía... Eso que tanto me impedía comprender mi osadía... tal y como tú decías...

Se acabó. ¿Y ahora qué? ¿Qué sigo buscando? ¿Qué sigo narrando? ¿A quién sigo queriendo?

Me siento mejor, y no tuve que bañarme en agua fría.

Solo existe en mi mente ¿Acaso eres real?

LUIS PIEDRA
Universidad de Las Américas

Uno

La felicidad que desearon para mí fue difícil de soportar.
Sin darme cuenta, recé a la luna para que me salvara.
Isao Takahata

«La universidad es una época divertida y única en la vida que no debes desaprovechar». Esa es la frase que todos repiten, como si fuera una regla escrita en piedra. En mi caso, dependería de a quién se lo pregunte. Actualmente, estoy en mitad de mi carrera universitaria. Tengo amigos, padres que me apoyan y un rendimiento promedio. No soy de los más brillantes, pero tampoco de los peores. Claro, he tenido mis problemas, pero prefiero resolverlos en silencio, no quiero preocupar a nadie. «Siempre es más fácil poner una sonrisa, ¿no?».

Era un viernes, casi seis y media de la tarde, cuando mi amigo Alexander propuso la típica integración.

—¿Qué tal si nos reunimos en mi casa? —preguntó, sonando entusiasta.

—Perfecto, necesitamos una distracción antes de los exámenes —respondió Emily, un poco más animada.

Todos en el salón comenzaron a planear qué llevarían. Yo me quedé en silencio como si fuera un personaje de película tratando de evitar que el T-Rex lo descubriera.

—¿Vas a venir? —me preguntó Alexander, al notar mi apatía.

—Lo siento, ya tengo planes —respondí, tratando de sonar convincente.

—¿De nuevo? Siempre tienes algo —dijo Emily, un poco molesta.

—Es que fue inesperado —dije rápidamente.

—Todo para ti es inesperado. Solo salimos contigo en vacaciones y solo un par de veces —comentó Alexander, dándome un toque en el hombro.

—Vamos, por un día que salgas no se va a acabar el mundo. Si siempre controlas todo, ¿qué daño puede hacer? —insistió Emily.

—Lo siento, la próxima lo prometo. Incluso les invitaré algo a todos.

—Muy bien amigo disfruta tus planes, de seguro son con una chica misteriosa, casanova.

Finalmente, todos se despidieron y se fueron, aunque Emily parecía aún molesta. Llevé mi celular al oído simulando una llamada. Una vez comprobé que todos se fueron lo volví a guardar y fui directo a la biblioteca.

—¿No crees que deberías tomarte un descanso? —preguntó Merry, la bibliotecaria.

—No creo merecerlo —respondí sonriendo.

Horarios extraños para que alguien siga en este lugar especialmente en la biblioteca y no con sus amigos, pero no puedo darme ese lujo, no estoy dispuesto a fallar, no me importa si tengo que dormir dos horas o no salir, haré lo necesario para conseguirlo. Se podría decir que la biblioteca era mi lugar seguro.

Me gustaba este lugar. No quisiera que el tiempo pasara y la cerraran. Me gustaba el silencio del lugar. Me hacía sentir seguro y libre de los pensamientos de los demás. Me gustaba estar de noche en la biblioteca. Me hacía sentir feliz. Me gustaba que las luces brillaran sobre mis libros. Me gustaba ver las gotas de lluvia en la ventana cuando llovía. Eso me hacía feliz.

Me quedé hasta cerca de la hora de cierre. Cuando vi el reloj, supe que debía irme. Pero, al salir, mi celular vibró en mi bolsillo. Era una

notificación sobre mi último examen. Abrí el mensaje con la esperanza de tener un sobresaliente por todo el esfuerzo que puse al estudiar, pero todo se arruinó al ver un 3,3. Mi cabeza empezó a torturarme.

«Fracaso. No eres suficiente. Nunca serás uno de los mejores».

«No quiero volver a fallar. Soy una carga».

La ansiedad me invadió. Mi mente comenzó a bombardearme con pensamientos oscuros. Me apoyé contra una pared, respirando profundamente para evitar caer en el abismo emocional que amenazaba con desbordarme.

La presión era insoportable. Me sentí pequeño, insignificante. Y entonces, sin pensarlo, comencé a correr, a huir de mis propios pensamientos. No sabía a dónde iba, solo necesitaba escapar. Llegué hasta la azotea de la universidad, el viento frío acariciaba mi rostro. Allí, miré al cielo y vi la luna, brillante, distante y solo pude pensar en ella.

«Kaguya».

Hace unos años leí «El cuento del cortador de bambú». Era la historia de la princesa Kaguya quien se vio obligada a regresar a la luna, dejando atrás a su amado y a su padre. Pensé que ella podía ser mi amiga, mi confidente, alguien que no me juzgaría, alguien que me escucharía sin críticas. Por ello comencé a hablarle cada noche, como si fuera un refugio en mi solitaria existencia.

Esa noche, al mirar la luna, sentí que no podía más. Necesitaba su ayuda.

—Por favor, ayúdame. Quiero un abrazo... Pero ambos sabemos que no es posible... Lo mejor será terminar de una vez con esto y dejar de ser una carga para mis padres y liberar a todos de mi presencia, así lo quiso el destino o Dios.

Caminé hacia la barandilla de la azotea y miré al frente, con los ojos fijos en la luna, mientras me preguntaba qué pasaría conmigo después de esto. ¿El infierno, el vacío infinito, la reencarnación? Lo que fuera sería mejor que estar aquí. Crucé la barandilla, me sostuve de espaldas a ella y volví a mirar al frente. La vista era aún más maravillosa. La princesa Kaguya estaba radiante, como siempre; al menos moriría observándola. Me dispuse a soltarme y dejar que la gravedad

hiciera lo suyo, pero antes de que lograra mi cometido, una voz llena de pánico me interrumpió.

—¡Oye tú!

Me giré, sorprendido, y vi a una chica que me observaba con preocupación.

—¿Quién eres tú? —pregunté, apenas en un susurro.

Dos

—¿Quién eres tú?

—Te lo diré si te alejas de ahí, por favor —respondió nerviosa la chica.

Pensé en ignorarla y caer, pero no quería que una desconocida terminara traumada por mi culpa. Volví al piso de la azotea y caminé hacia ella. Mientras lo hacía, pensé «solo la engañaré y lo intentaré». De pronto, recibí una cachetada.

—Eso fue por preocuparme. Ahora respondiendo a tu pregunta soy Kaguya.

—¿Kaguya? —pregunté confundido.

Decidí alejarme. Mientras bajaba las escaleras, pensaba en intentarlo nuevamente lejos del campus. Las píldoras no suenan mal, solo tengo que ir a una farmacia y...

De repente aquella chica llamada Kaguya tomó fuertemente mi brazo.

—Tú piensas intentarlo de nuevo ¿verdad?

—No lo haré, tranquila —respondí con una sonrisa falsa.

Su mirada mostraba una gran preocupación sobre lo que pasaría si me soltaba.

—Alguien que estuvo cerca de suicidarse lo intenta de nuevo —dijo Kaguya.

—Deja de preocuparte y vuelve a casa. Tus padres estarán inquietos —insistí.

—¿Y tú? ¿Volverás a tu casa?

—En un rato —respondí.

Al escuchar mi respuesta Kaguya sonrió emocionada.

—¡Acompáñame a mi casa!

—¡Espera! Apenas me conoces soy básicamente un desconocido que detuviste de matarse hace poco y ahora quieres llevarme a tu casa ¿Qué tal si soy un perverso loco? —dije nervioso.

—¿Eres un perverso loco? —preguntó.

—Pues no.

—Entonces vámonos.

Con una gran iniciativa me arrastró hasta su apartamento tomándome fuertemente del brazo y hablando sin parar. Y aunque podía soltarme no quise. Luego de una larga caminata llegamos a su casa que en realidad era un departamento. Al llegar a su piso ella corrió a abrir la puerta.

—Pasa, estás en tu casa —dijo ella.

—Con permiso, buenas noches —dije nervioso.

—No tienes por qué saludar, solo estoy yo.

—¿Dónde están tus padres?

—En mi ciudad natal, soy lo que se llama una foránea.

Caminé nervioso hacia la sala y tomé asiento. Kaguya fue a la cocina a preparar un poco de té mientras tarareaba una dulce melodía, unos minutos después se acercó con dos tazas de té y se sentó frente a mí.

—¿Por qué casi te tiras de la azotea? —preguntó directamente.

—Solo fue una mala idea.

Esperaba que con eso dejara el tema, pero su silencio me incomodó. Al acabar mi té, me dispuse a irme.

—Gracias, pero debo irme —dije mientras me ponía de pie.

—¿Crees que es sano ignorar tus problemas?

Sus palabras me detuvieron.

—¿Y crees que es bueno hablarle a un desconocido?

—¿Y si no lo fuera, me responderías?

Eso me dejó sin palabras.

—Si sigues cargando tus problemas solo como un ancla, te hundirán.

Mis manos temblaron. Perdí el control.

—¡No entiendes! Es horrible esforzarte y fallar de todos modos; sentir que no encajas en ningún lado, ser una carga para todos los que te rodean, pensar que no sirves y que deberías rendirte en tu sueño; querer morir para dejar de ser una carga y... y que, a pesar de todo, tengas que fingir que estás bien.

Ella se acercó y me abrazó.

—Conmigo no tienes que fingir que estás bien.

Su abrazo era cálido y reconfortante, se sentía como si lo hubiera reservado solo para mí. Sus palabras rompieron algo dentro de mí, y lloré. Ella no se apartó de mí hasta que mis lágrimas cesaron y pude calmarme.

—Tú y yo nos reuniremos aquí nuevamente —dijo emocionada Kaguya

—¿Qué?! Apenas nos conocemos.

—¿No quieres verme de nuevo?

—No es eso, simplemente tengo clases en la universidad y mis padres se preocuparán.

—Pero ya es casi fin de semana.

Mi celular sonó. Era mi madre. Kaguya tomó el teléfono de mis manos y respondió.

—Buenas noches, soy la novia de su hijo. No se preocupe, él me estaba ayudando.

Quedé atónito. Kaguya seguía hablando con mi madre de forma agradable, al parecer, y al colgar se dirigió a mí.

—Tus padres están felices de que tengas «novia». Ya no serán un problema.

Luego exigió mi número.

—Cuando llegues, mándame una foto mostrando que estás en casa y la hora, así me aseguro de que no hagas nada estúpido en el camino.

—Está bien...

Le di mi número y regresé a casa pensando en cómo explicaría a mis padres lo que les había dicho Kaguya.

Tres

Hay personas inolvidables y no hay cura para eso.

Charles Bukowski

El sábado fue extraño no pude estudiar nada, era como si no pudiera acceder a nueva información; además mi laptop se veía rara. A las 18:20, estaba en el punto de encuentro. Llegué diez minutos antes, temía ser plantado. «Quizás no venga», pensé. Pero una voz y unas manos interrumpieron mis pensamientos.

—Adivina quién soy —dijo entre risas.

—Eres Kaguya.

Observé que llevaba un collar con símbolo de luna.

—¿Te gusta la luna? —preguntó.

—Es hermosa, siempre nos acompaña en la soledad nocturna.

Pude notar como Kaguya me miraba fijamente con una sonrisa. Más tarde, en su departamento, preparó té y volvimos a tocar los temas que cargaba conmigo, soltarlos era liberador, pero aún no podía evitar no llorar ante ella y ella nuevamente acudió a mi consuelo.

—Todo lo que haces con esfuerzo vale la pena, no importa si te toma mucho o poco tiempo, porque al final vas a ser recompensado y aún mejor, entre más tiempo esperes tu recompensa, mayor será la felicidad cuando llegue; solo es cuestión de esforzarse hasta el final y estoy segura de que te has esforzado mucho y es por eso que confío en que obtendrás tu recompensa —dijo, acariciando mi cabeza.

Esa noche vimos una película. Kaguya se reía mucho, cuando esta acabó me dispuse a irme, pero repentinamente el suelo se movió bruscamente y un canto celestial empezó a sonar a lo lejos.

—No, no, aún no —murmuró Kaguya, mirando al cielo.

—¿Qué pasa?

—Solo un poco más, por favor... Lo entendí todo.

—¿Por qué decidiste acercarte si sabía que te irías?

—Porque contigo fui feliz —dijo, llorando— sé que no te rendirás.

El canto se intensificó. Kaguya me dio su collar.

—Siempre estaré en la luna.

Todo se desvaneció. Desperté en la biblioteca. Merry me despertó, eran casi las nueve. Caminé hacia la salida, confundido mientras trataba de buscar el collar que me dio. Me dirigí a la azotea donde todo comenzó y algo en el suelo llamó mi atención: un collar en forma de luna.

Las palabras de Kaguya resonaron. «Sé que no te rendirás». Guardé el collar y mientras caminaba, miré al cielo. Ahí estaba ella, radiante.

—Seguiré tus consejos y no me hundiré.

Mi ancla aligeró su peso. Gracias Kaguya.

Alma en vilo

KATIK MORÁN

Universidad San Francisco de Quito USFQ

Una niña, Kira, nació un 20 de octubre hace ya 22 años. Vivía en un pequeño pueblo con sus padres, dos campesinos, y sus cuatro hermanos. Su casa estaba frente a un inmenso bosque, imponente e infinito.

Cuando tenía cinco años vio por primera vez una sombra en ese gran bosque, desde entonces, esa imagen penetra sus pensamientos todos los días. Una mañana Kira, llena de una fuerte sensación de vacío en su vida, fue al bosque a caminar y al adentrarse en el espeso ambiente lleno de árboles y arbustos perdió de vista el camino principal. Se inmiscuyó en la profundidad de la naturaleza y sin darse cuenta estaba sola. No veía nada más que plantas inmensas y unos cuantos rayos de luz que traspasaban las copas de los árboles. Con mucho temor intentó buscar un camino para volver, corría en todas las direcciones posibles, sin embargo, parecía llegar al mismo lugar una y otra vez. Hasta que agotada, se sentó en la raíz de un árbol se quedó mirando al frente y de pronto una sombra se acercó, la abrazó y Kira...

Miraba tantas sombras cruzándose frente a ella, golpeándola, arrancándole sus ropas, arrebatándole tanto y nada a la vez. Sentía como sacaban de su cuerpo el aliento que le daba vida y le quitaba la fuerza, la energía. Abofeteada y tumbada en el piso, casi sin poder siquiera parpadear, esas mismas sombras la volvieron a levantar. Se puso de pie, y a su alrededor presenciaba todos los miedos que la asechaban. Su cabeza no paraba de pensar, sentía que iba a explotar y de pronto recordó: «yo solía jugar», «era tan feliz», «no solía llorar». Con todas sus fuerzas gritó:

—¡Sombras déjenme en paz! ¿acaso no ven que ya no puedo más? Estúpidos miedos, ya no me atormenten más.

Las sombras se acercaron, todo quedó en absoluto silencio, y entonces una luz empezó a brillar, y esas sombras empezaron a volar, cambiaron de forma y ahora Kira veía varias réplicas de ella, y era valiente y fuerte, de nuevo sonriente. Soltó un fuerte llanto, eso que veía era lo que anhelaba.

—¿Qué me pasó? —se preguntaba.

Sabía que en su alma se hallaba una luz que aún iluminaba. Agotada, se sentó allí donde estaba, miraba el cielo, sus lágrimas no cesaban. Solo quería sentirse amada. Quería un abrazo que se sintiera hasta el alma.

— Estoy harta, ¿por qué las tinieblas han invadido mi alma?

Miró fijamente una de las sombras, de sus sombras, y con un suspiro intentó hablar.

— Ayúdame—, dijo, y cayó desmayada.

— Kira, despierta

Alguien le susurraba, era un ángel que la acompañaba. Kira destrozada se despertó, vio cómo el sol la alumbraba.

—Ven conmigo—, le dijo el ángel. Y sin decir una sola palabra, Kira le dio la mano y llegó hasta su casa. Al llegar vio a muchas personas que se lamentaban. Sus padres y sus hermanos lloraban. Ella saludaba a todos, pero nadie la escuchaba. Su cuerpo estaba tendido en una cama.

Hay un túnel bajo el Panecillo

DAVID PUENTE

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

I

Desde que compré esta vieja y húmeda casa en esta colina maldita he tenido una llave que no sé qué abre. La anterior dueña me la entregó junto con las demás y me dijo qué abría cada una, excepto esa. Yo tampoco pregunté.

Luego, Quito tembló estrepitosamente. Todo se estremeció de arriba para abajo con una rabia inusitada hasta aquel momento. Esta casa patrimonial se sacudió con la misma violencia. Las maderas del techo cayeron, un nubarrón blanco y espeso de polvo se levantó y lo cubrió todo. Fue aterrorizante. La ciudad parecía derrumbarse sobre sí misma en minutos llenos de incertidumbre y miedo.

Después de un par de días de ardua limpieza de escombros, me topé con la puerta.

Era de metal sólido, oxidado por el tiempo y la humedad. El terremoto había derrumbado la pared que la ocultaba y, examinándola de cerca, encontré una cerradura casi imperceptible. Apenas la divisé mi nuca se heló terriblemente. Cada instinto de mi cuerpo rechazaba ese descubrimiento; casi me pareció escuchar un siniestro susurro filtrándose por las grietas del metal.

Algo se ocultaba detrás de esa puerta que me asustaba de un modo animal y primitivo. Pienso que nuestros primeros ancestros homínidos debieron haber sentido la misma mezcla de miedo y curiosidad al no saber qué se escondía en la insondable oscuridad de la noche. Es nuestra condena como humanidad, me parece, intentar

resolver cualquier problema o enigma que se nos ponga delante. No soportamos tener algún conocimiento a nuestro alcance y no tomarlo. Somos así. ¿Nos podemos resistir?

No soportaba ver aquella puerta cerrada. En lo más profundo de mi mente sabía que debía escuchar al instinto que me pedía no comprobar si la llave que había cargado todo este tiempo encajaba en esa cerradura. Sabía que no iba a ocurrir nada bueno si abría la puerta. Lo sabía muy bien y, aun así, metí la mano en el bolsillo de la chompa y saqué el manojito de llaves. Las deslicé entre mis dedos, una por una, hasta encontrar aquella que nunca había sido usada.

Me acerqué a la puerta y, con la mano temblorosa, tuve que hacer un esfuerzo para encajarla en la cerradura. Calzó a la perfección. Había comenzado a sudar y dudé. ¿No era mejor sacar la llave, arrojarla lejos en la maleza, huir de aquella casa y nunca regresar?

Giré la mano y escuché el *clic* de la puerta al abrirse. Una ráfaga de aire empujó el metal y la abrió completamente. El olor a humedad y tierra invadió la estancia, junto a un innatural viento helado que vino cargado de susurros y ecos muy lejanos.

Mis ojos contemplaban un túnel que se desvanecía en la oscuridad.

II

Me ajusté la chompa para conservar el calor e ingresé al túnel, armado con una linterna y un palo grueso. Me interné en las entrañas de la tierra.

Me había percatado de dejar muy bien trabada la puerta de metal para asegurarme de que no se cerrara y me dejara atrapado allí. La boca del túnel era estrecha y baja, así que tuve que agachar la espalda para caber. Luego, el techo se expandía y llegaba a unos dos metros de altura. La luz de la linterna se perdía en la sofocante oscuridad del pasillo que parecía no tener fin. Entonces, fui divisando una especie de cámara más amplia al final de la negrura.

Al llegar allí pude ver que se trataba de una amplia «habitación». El túnel por el que había ingresado continuaba al otro lado de la recámara, pero a la derecha había una segunda puerta a otro

pasillo, una entrada secundaria. Un viejísimo colchón reposaba en el suelo y, al verlo, me heló la idea de que alguien había estado viviendo bajo mi casa. Me quedé petrificado y agudicé el oído por si escuchaba algo, apretando el palo en mi mano con mucha fuerza.

Después de unos momentos de vacilación, me acerqué con cautela al colchón. Estaba rodeado de basura antigua: periódicos, envases de comida vieja, una botella de vidrio y un dibujo que parecía haber sido un mapa. También había un palo con la punta un poco quemada, como si alguien hubiera intentado usarlo como antorcha. Yo era el primero en estar allí en muchísimo tiempo. Además, era testigo de alguien que había fracasado en la acción que ahora yo emprendía.

Volví a casa corriendo y tropezando contra las paredes del túnel, sin atreverme a mirar a la densa oscuridad que dejaba atrás.

III

Los días pasaron y la visión de aquel túnel me hostigaba como un fierro ardiente. No transcurría ni un minuto sin que pensara en la temible incertidumbre que se escondía en la oscuridad. Mi imaginación creaba toda clase de presencias horribas desde el momento en que la mañana llegaba hasta que mi cuerpo caía agotado tras una noche más de insomnio angustiante.

Harto de no poder dormir, de contemplar el techo de aquella casa que tantos años tenía y de intentar ignorar los ecos que se colaban por la puerta de metal, decidí que no iba a aguantar más con aquella carga.

Salí en el auto y conduje enloquecido por toda la ciudad. Quito trataba de recuperarse de las secuelas del terremoto, aunque un aura de desesperanza invadía las calles, como si fuese una urbe en fase terminal, condenada a no levantarse esta vez. Llovía y las llantas se deslizaban, a veces casi sin control, sobre el asfalto mojado. Me dirigí a La Floresta. Un conocido tenía una ferretería debajo de su departamento, frente al parque Navarro.

Llegué y timbré con ansias. Hacía días que no me bañaba ni me afeitaba y eran altas horas de la madrugada, así que entendí la mirada

molesta y casi aterrada del dueño cuando abrió la puerta. Le expliqué atropelladamente que se trataba de una emergencia. Él accedió a venderme lo que necesitaba con la condición de que me largara cuanto antes. Llené el maletero del auto con varias extensiones eléctricas y más de diez paquetes de luces navideñas, además de una enorme linterna, la más potente que pude encontrar.

Cuando volví, la casa se asomaba, cansada y rodeada de una oscura y helada neblina, en la cara sur de la loma de El Panecillo. La virgen, medio derrumbada por el terremoto, pernoctaba en lo alto del monte. La noche estaba lejos de terminar.

Entré y me dirigí a la puerta del túnel. Conecté la primera extensión al enchufe más cercano a la entrada del túnel y encendí la pesada linterna. El pasillo se iluminó con intensidad, pero, aun con toda esa luz, el túnel tenía una intensa energía opresora.

Me interné nuevamente en aquel trayecto, mientras iba desenvolviendo el cable de la extensión eléctrica detrás de mí. Cuando la primera se terminó, la conecté a la siguiente y continué caminando. Llegué a la cámara subterránea y comprobé que el colchón seguía exactamente como lo había dejado. Miré la intensa oscuridad del pasillo que se abría frente a mí. Tuve miedo de apuntar la luz de la linterna y que revelara a alguna criatura o ser humano despreciable. Pero solo había más tierra.

Conecté las luces de Navidad y me interné en el vientre de la montaña. Cada vez que se acababa un rollo de luces navideñas tomaba otro y lo enchufaba. Un camino de colores titilantes iluminaba el extenso túnel que dejaba atrás mientras avanzaba.

Así recorrí aquel túnel que parecía no tener fin. Ya no era recto, sino que daba giros, se curvaba, tenía cuevas y bajadas. Observé que las paredes, testigos del tiempo, parecían volverse más antiguas conforme avanzaba. Algunas raíces de árboles antiguos habían llegado hasta allí. También comencé a hallar botellas de vidrio, antorchas medio quemadas y restos de joyas coloniales. Me internaba en las entrañas subterráneas de Quito.

Entonces, los huesos aparecieron.

Debí asustarme, pero no fue así. Sentía la mente embriagada. ¿Habría demasiada oscuridad o muy poco oxígeno? No lo sé, pero cuando observé directo hacia las cuencas vacías del primer cráneo me pareció lo más natural que podría haber encontrado en aquella gran tumba. Y mientras más caminaba, más huesos encontraba. Eran restos de presas de aquel túnel que, como comenzaba a presentir, conectaba a toda la ciudad como una gigantesca y oscura arteria.

He de confesar que no he sido totalmente honesto. No, he omitido un detalle, un susurro que pude escuchar desde que la puerta se abrió por primera vez. No, susurro no. No era una voz. Era un sonido leve, muy leve. Tenía que esforzarme para escucharlo desde la casa. Era un pequeño eco de golpes que seguían un lento ritmo. Sentí, desde que el metal se abrió, que algo que no tenía voz me hablaba. Algo que no había parado de llamarme desde que giré aquella llave.

Agudizaba el oído para escucharlo cuando sentí un pequeño jalón en el cable que desenrollaba detrás de mí. Luego sentí el jalón de verdad. Un doloroso espinazo me recorrió el cuerpo y el puro pánico me invadió más rápido de lo que pensé que sería posible. ¿Pero qué podía hacer? Alguien en la oscuridad me arrebató las migajas. Alguien (o algo) con una terrible fuerza desconectó las luces y me arrancó el cable que tenía en las manos.

Iluminé con la linterna el pasillo que había recorrido, pero solo vi cómo el cable se escurría sobre la tierra como una serpiente y luego se perdía en la oscuridad lejana. ¡Oh Dios, me he internado en mi propia tumba! Un terror desconocido para mí hasta ese momento me empujó a correr y alejarme tanto como pudiera de *aquello* que venía detrás de mí. Recorrí el pasillo despavorido, adentrándome todavía más en el túnel. Resbalé en la tierra y me aferré a la linterna, cuyo haz se movía frenéticamente de arriba a abajo con el ritmo de mi huida.

¡Lo escucho! Aquel vibrar, aquellos golpes. La linterna se apaga, aquí ya no funciona nada. Hay demasiada energía, demasiado peso. Tan solo sigo el ruido entre la oscuridad, me guío por las manos que tocan las heladas paredes de tierra. Y escucho los golpes que tanto me han llamado. ¡Qué sonido tan particular, tan único! Me

recuerdan a algo... Recorro el túnel tan rápido como puedo y aquello va aumentando de volumen. Es un sonido gigantesco, de algo descomunal que se esconde allí en la tierra. Lo puedo sentir en mi cuerpo vibrante. Veo la luz a lo lejos y me dirijo a ella. Es una luz de fuego y presiento que también es el final de este recorrido al averno.

¿Qué demonio me llama con ese siseo incesante al final de este túnel húmedo y mohoso? ¿Qué puede ser capaz de provocar esta ansia ardiente en los oídos, en el pecho? Una babosa angustia me corroe como ácido mientras irrumpo en el vientre de tierra al final del pasillo. Es una bóveda circular y amplia que se conecta con varios túneles que vienen de todas las direcciones. A través de ellos corren ríos de lodo carmesí que alimentan aquello que habita, atrapado en pesadísimas cadenas de hierro puro, en el centro de la recámara. Intentar mirarlo resulta abrumador. Irradia una música inentendible, hermosa y aterradoramente colosal. Cuando mis ojos finalmente pueden enfocarlo me invade el más demencial de los terrores.

¡Santo Dios! ¡No, no podía ser! ¡Tan grave era aquel sonido! ¡Tan estruendoso, señor! ¿Cómo era posible que nunca lo hubiera escuchado? Oh, *¿cómo ninguno de nosotros lo había hecho?* Habitando allí arriba toda la vida y nunca le pusimos atención a aquel rumor. ¡Quiero gritar, gritar tanto como pueda mi garganta! ¿Pero de qué serviría? Aquel horripilante latido con su ritmo moribundo hace temblar toda la instancia cada vez que palpita su sangre oscura ¡Oh, aquel corazón encadenado a la tierra, rodeado de grasa blanca y sanguinolento lodo! ¡Aquel corazón hermoso!, que latía cada vez más lento, más lento, más lento...

Las joyas perdidas

CAMILA REALPE

Universidad San Francisco de Quito USFQ

Estaban perfectamente alineadas en el suelo. Había anillos, collares y brazaletes, todos dispuestos con un orden que parecía deliberado, como si alguien los hubiera dejado ahí a propósito.

Lo que más nos inquietó fue el patrón: los accesorios estaban acomodados como si hubieran sido usados por tres personas, cada conjunto formando un esquema casi humano. Parecía macabro y fascinante al mismo tiempo.

La idea fue de Santiago: «¿Y si nos las llevamos para venderlas? ¡Seguro valen una fortuna!». Aunque algunos dudamos, la mayoría estuvo de acuerdo. ¿Qué daño podía existir al recoger algo que alguien había dejado tirado? Así que, tomamos las joyas y volvimos a casa.

Más tarde, decidimos catalogarlas para poder buscar compradores. Imprimimos fotos de referencia y comenzamos a buscar modelos similares en internet. Fue entonces cuando todo cambió...

En una página antigua y descuidada, encontramos una foto perturbadora: tres chicas jóvenes posaban juntas, luciendo exactamente las mismas joyas. Cada una llevaba los anillos, collares y brazaletes de la misma forma en que estaban dispuestos en el parque. Antes de que pudiéramos procesar lo que veíamos, la puerta de nuestra sala se abrió de golpe. Una mujer entró. Era una de las chicas de la foto.

«¡Devuelvan las joyas!», exigió, con su voz fría y cortante. «¡Llévenlas al parque y déjenlas exactamente donde las encontraron! Si no lo hacen, ¡ella muere!»

Apuntaba a nuestra amiga Paula, que estaba paralizada de miedo. No teníamos opción. Regresamos al parque en silencio, con nuestras

manos temblorosas. Colocamos las joyas justo como las habíamos encontrado. Pero cuando dimos media vuelta, Paula estaba tirada en el suelo. Corrimos hacia ella. Estaba viva, pero apenas consciente. Llamamos a la policía de inmediato.

Cuando llegaron, comenzaron a inspeccionar el lugar. Uno de los oficiales, mientras cavaba cerca de las joyas, se detuvo en seco. «¡Aquí hay algo!», exclamó. Todos nos quedamos helados cuando desenterraron un cadáver. Era el cuerpo de una mujer. Reconocimos su rostro al instante: era otra de las chicas de la foto.

La policía nos miró con gravedad. «Estas tres chicas desaparecieron hace más de un año. Han sido parte de una investigación abierta durante todo este tiempo. ¡Díganos exactamente lo que pasó aquí!». Pero nosotros no teníamos respuestas, solo más preguntas.

Esa noche, la policía tomó nuestras declaraciones y nos aseguró que se encargaría de todo. Nos pidieron que nos fuéramos a casa y que «no nos preocupáramos más». Pero algo nos decía que aquello estaba lejos de terminar. La sensación de que algo siniestro acababa de suceder se quedó clavada en nuestra mente.

Paula empezó a tener pesadillas. En sus sueños, veía a las tres chicas atrapadas en un pozo oscuro, sus rostros pálidos y desgastados, como si el tiempo hubiera borrado todo rastro de vida en ellas. Lo único claro era su mirada: una mezcla de desesperación y advertencia. Al principio pensamos que eran solo secuelas del susto, pero las visiones se repetían noche tras noche. Paula insistía en que sus sueños eran algo más, como si las chicas intentaran comunicarse con ella.

Decidimos investigar por nuestra cuenta. La policía había dicho que se encargaría, pero sabíamos que no tenían todas las piezas. En un foro de internet dedicado a crímenes sin resolver, encontramos lo que parecía ser una conexión. Había un caso archivado sobre un grupo de amigas que desaparecieron después de recibir unas joyas como obsequio. El relato era escalofriante: las chicas habían comenzado a actuar de forma extraña tras recibir las joyas, hablando de «sueños compartidos» y asegurando que sentían una presencia vigilándolas. Luego desaparecieron sin dejar rastro.

La conexión era clara, pero las respuestas seguían sin aparecer.

Una noche, mientras seguíamos buscando, encontramos información sobre una cuarta chica: Angélica. Ella desapareció dos meses antes que las chicas que nosotros estábamos investigando. Según los reportes, Angélica fue vista por última vez en el parque, cerca de la parte más boscosa. En los días previos a su desaparición, había contado a sus amigos que alguien le había regalado unas joyas misteriosas y que sentía que «la estaban siguiendo».

Este detalle encendió nuestras alarmas. ¿Podrían las joyas ser la clave de todo?

Paula, que estaba cada vez más convencida de que sus sueños contenían pistas reales, nos instó a regresar al parque. Aseguraba que en sus pesadillas había visto un lugar específico: una roca cerca de los árboles más altos. «Es ahí. Lo sé. Algo está ahí», dijo con una seguridad que nos inquietaba.

Volvimos al parque una noche de luna llena, llevando linternas y una mezcla de miedo y determinación. El lugar estaba envuelto en un silencio pasmoso. Caminamos durante horas, buscando la roca que Paula describía. Finalmente, la encontramos. Era exactamente como ella la había visto en sus sueños.

Cerca de la roca, el suelo parecía más blando, como si hubiera sido removido hace poco. Al cavar, encontramos algo inesperado: un diario. Estaba empapado y casi ilegible, pero algunas páginas aún se podían descifrar.

El diario pertenecía a Angélica. En él, narraba cómo había conocido a un hombre misterioso durante una fiesta en el parque. Este hombre le había regalado las joyas, diciéndole que eran «únicas» y que harían que nunca fuera olvidada. Pero tras aceptar el regalo, Angélica empezó a experimentar pesadillas similares a las de Paula. Sentía que alguien la vigilaba constantemente y que las joyas la ataban al parque de alguna manera.

El relato terminaba abruptamente con una frase que nos heló la sangre: «Si encuentras esto, no tomes las joyas. Ellas no nos pertenecen. No quiero que me encuentren. No quiero ser como ellas».

Nos miramos entre nosotros, aterrorizados. ¿Qué significaba eso? ¿Ser como quién?

Fue en ese momento cuando sentimos algo extraño. El aire se volvió más frío, y un sonido sutil, como un murmullo, comenzó a rodearnos. Era como si el parque estuviera observándonos. Paula se quedó inmóvil, mirando hacia la oscuridad. Su rostro palideció.

Cerca de la roca, entre las sombras, vimos por un instante dos figuras. No eran humanas; sus formas eran borrosas, como si fueran fragmentos de algo roto. Estaban inmóviles, pero sus ojos vacíos nos miraban directamente. Corrimos sin mirar atrás, con el diario apretado contra el pecho de Paula. Sabíamos que lo que habíamos encontrado no era suficiente, pero también que nos estábamos acercando a algo mucho más oscuro de lo que imaginábamos.

El diario nos hizo comprender muchas cosas una vez que llegamos a leerlo y a analizarlo mejor. Aunque no proporcionaba todas las respuestas que buscábamos, contenía claves que podrían ayudarnos a entender qué fue lo que pasó con las chicas. Paula creía que la mejor manera de resolver este misterio sería encontrar a Angélica, la presunta primera víctima.

«Si esa chica no está muerta, ¿cómo se supone que vamos a encontrarla? Enterré el diario en medio de la nada, claramente no quería que nadie lo leyera», dijo Santiago, con un tono de frustración que no podía ocultar.

«Para empezar, no creo que lo haya dejado en el medio de la nada. Si lo recuerdas, tanto las joyas como una de las muchachas de la foto se encontraban en ese parque. Quién quita que las demás chicas o inclusive el culpable de todo esto se encuentre allí. El parque de alguna forma está vinculado con todo esto», dijo Paula, totalmente convencida de que podría resolver el misterio.

«Lo mejor que podemos hacer ahora es intentar descifrar qué dice el resto del diario», intervino Rebeca, buscando calmar los ánimos. «Si confirmamos que lo relatado aquí es cierto, tal vez logremos descubrir qué está pasando».

Durante los días siguientes, dedicamos todo nuestro tiempo a intentar descifrar las páginas del diario. Muchas estaban dañadas, pero logramos rescatar fragmentos que repetían palabras como « sacrificio » y « ofrenda ». Eso solo nos inquietaba más. Al mismo tiempo, Paula no dejaba de soñar. En sus sueños, ellas parecían acercarse más a la superficie, como si algo o alguien estuviera ayudándolas a salir.

«...esas malditas joyas, te escogen y no te libras de ellas. Llegan de forma inesperada a tu vida y, al principio, te hacen sentir completo, especial. Pero luego descubres su verdadero propósito. No están allí para hacerte feliz. Te consumen. Te absorben poco a poco, alimentándose de tu felicidad y tu belleza, hasta que quedas perdida, vacía, sin rumbo, como una sombra de lo que eras...». Esto decía una parte recuperada del diario de Angelica.

Después de leer esas palabras, Paula era a quien más le afectó. Desde el inicio de este caso, sus pesadillas habían ido atormentando su mente, haciéndola cuestionar cada vez más su conexión con las joyas. De cierta manera, cada vez estaba siendo consumida por sus propios pensamientos.

«Tenemos que regresar», dijo con determinación. Su voz era firme, pero sus ojos reflejaban el miedo que todos sentíamos.

«¿Regresar? ¿Al parque? ¿Estás loca!», exclamó Santiago. «¡Ya hemos estado ahí! ¿Qué crees que vamos a encontrar esta vez?».

«Algo que no vimos antes por la oscuridad», replicó Paula, convencida. «Lo sé... lo siento. El diario tiene razón. No es solo lo que las joyas hacen; es lo que ocultan. Algo sigue ahí, esperándonos».

Tras darnos cuenta de la desesperación de Paula por entender qué era lo que estaba pasando, accedimos y nos dirigimos de vuelta al parque. Esta vez de día para no ser segados de esa siniestra oscuridad. El parque parecía distinto a plena luz del día, pero no menos siniestro. La claridad revelaba detalles que no habíamos notado antes: marcas en los árboles, como arañazos profundos, y pequeñas colinas en el suelo que parecían tumbas improvisadas. Paula lideraba el camino, guiada por sus visiones.

«Es aquí», dijo de repente, señalando un claro rodeado por altos robles. En el centro había algo que no estaba la vez anterior: una figura humana, de pie, inmóvil.

Nos quedamos congelados, pero Paula dio un paso adelante, segura. «Angélica...», murmuró Paula.

La joven se dio la vuelta. Su rostro pálido, casi inhumano, sus ojos brillaban con una intensidad aterradora. Llevaba una de las joyas que habíamos devuelto: un collar con un extraño diseño serpentina que parecía moverse bajo la luz.

«Devuélveme el diario», exigió con una voz fría, pero temblorosa. «Ellas no te pertenecen, nunca lo hicieron. No entiendes lo que has desatado». «¿Por qué hiciste esto? ¿Qué quieren las joyas?», preguntó Paula, dando un paso más. Angélica bajó la mirada. «No me creíste cuando traté de advertirte», dijo. Su voz adquirió un tono más grave, casi sobrehumano. «Las joyas nos eligen para mantener algo atrapado, algo que nunca debió ser liberado. Yo intenté escapar. Por eso enterré el diario. Por eso...»

De pronto, se interrumpió y nos miró con desesperación. «¡Ustedes las tocaron, las tomaron! Ahora es demasiado tarde».

Un temblor sacudió el suelo bajo nuestros pies. Del claro surgió un eco que parecía venir desde lo más profundo de la tierra. Paula se llevó las manos a la cabeza, gritando. «¡Las chicas! ¡Están aquí, debajo de nosotros!».

Santiago corrió hacia Paula para sujetarla, pero de repente algo lo detuvo. Unas manos surgieron del suelo, pálidas, y lo arrastraron hacia abajo. Gritamos, tratando de ayudarlo, pero era inútil. En segundos, desapareció. Angélica se arrodilló junto al claro.

«No hay vuelta atrás», dijo finalmente, levantándose. «Ellas no quieren que nadie más escape. Ni yo. Ni ustedes». Antes de que pudiéramos reaccionar, Angélica dio un paso hacia la oscuridad entre los árboles y se desvaneció.

La policía llegó horas después. Nos encontraron allí, al borde del parque, con Paula inconsciente. Nos miraron como si fuésemos los culpables de la desaparición de Santiago, como si hubiésemos

hecho algo irreversible. Pero nadie nos creyó. Nadie creyó lo que realmente sucedió en ese parque. Desde esa noche, Paula no ha hablado. Su mente está rota, atrapada en algo que nosotros nunca entenderemos. Y a veces, cuando paso cerca del parque, siento una presencia. La misma presión en el pecho, la misma sensación de estar siendo observado.

El peso de las joyas nunca se va.

Y sé que, tarde o temprano, algo me llevará a ese parque. Algo que no puedo dejar atrás.

Fanesca (o apología a la letra ecuatoriana)

SANTIAGO RÍOS

Universidad San Francisco de Quito USFQ

A María Auxiliadora Balladares y Esteban Mayorga

Y todos fueron convocados para el 9 de agosto; el mausoleo con leyenda grabada: CCEBC, de paredes gélidas y eco asfixiante, fue el sitio escogido para celebrar la primera [y última] cena de los ilustres; fiel a la hora, el primero en llegar es ²Catilina, de larga toga blanca, mirada altiva y penetrante, siempre con pluma y tintero en mano; le sigue ³«el Decapitado», hombre tetramorfo, de caminar lento cual compás de marcha fúnebre y de verso en boca sedienta de beso; el tic-tac del piso anuncia la llegada de ⁴«la Siamesa», mujer(es) de fisionomía cubista, mimesis del Gernika, boca(s) chueca(s), ojos viscosos, mentón(es) protuberante(s) y columna bifurcada; ⁵«el Chulla»: Pablito Cañas llega vistiendo su leva remendada de parches grises e hilos sueltos, cabeza siempre abajo: penitencia sempiterna de un crimen no cometido; arrastrándose por la cuesta empedrada va asomándose ⁶Alfredo Baldeón, cuerpo ahuecado de balas, mano izquierda hinchada por la levadura, mano derecha engrasada por los aceites de la mecánica; entre hábitos, cuerpo transparente, testa resplandeciente y azucenas en brazos, arriba al encuentro su santidad, ⁷Marianita, labios cerrados y mente absorbida en plegarias; a la par de ella, se asoma ⁸Angelote, frac de lino, rostro y abdomen de San Sebastián, con su boca nefanda y ciertamente pecaminosa; jip-jip, trago en mano, vestido rojo carmesí deshilachado en tronco de burócrata, es: ⁹Marilín; pasos ficticios

en el ágora, risita de quemeimportismo, cuello rodeado de medallas fantasmales, así llega ¹⁰Marcelo Chiriboga, hombre importantísimo de memoria olvidada; tomados de la mano, juguetones en el pasto lodoso de El Ejido, carcajadas estrepitosas y de tacto jovial, son ¹¹Antonia y H, amigos inseparables; gringo de habla serrana, dialecto incomprensible a veces, de las lejanías de Idaho, aparece ¹²D; finalmente, ¹³Lara arriba a la cena, desprende una exquisita fragancia de arveja recién desenvainada, sonoridad sale de su habla, y un discurso firme, de esos que llaman a la militancia, se asoma de vez en cuando; ⁵y «gran patrón, su mercé» cuando asomará, pes . ²no os preocupéis, mi estimado Cañas, él llegará antes de medianoche, el ir como jinete de las montañas chatas de Sierra Morena a los picos abruptos de nuestra sierra andina es trayecto penoso . ⁶¿qué hueva! siempre la misma vaina con él, acaso no sabrá que hay que madrugar pa ir al camello, ¿ah?! . ⁷calmaos, mi buen mozo, buscad otro lenguaje que no ha de abrir discordia entre vosotros, qué pensará Dios de vuestra conducta . ⁶cállate, Marianita, suficiente tengo con lo de anoche: una turba de milicos dando fuego al pueblo, pue, mírame, estoy cabreao y fregao, solamente quiero ir pa la fosa . ³no hieras el dulce tacto de esta dama, ella está acercando su gentiliza a tu pecho ardiente de furia, contén tu cólera y déjala fluir por las funestas aguas del Guayas . ⁴hablando de muerte —dijo yo-primer—, ¿cómo está El Tejar? ¿han cambiado las lápidas?

³¡oh! está exquisito, nuevos faroles blancos iluminan los senderos donde se deshoja nuestro amor postrero . ¹⁰¡ya empezaste a hablar de cementerios, mierda! solo te pasas hablando de eso, ¿acaso no tienes algo más de provecho que hacer? como completar una antología que te exalte y te lleve a los más grandiosos tribunales de Barcelona o París, que te otorguen crédito y publiquen por doquier tu palabra inmortalizada en tinta, ¿no quieres eso? . ¹¹¡a ver esa boquita y esa palabrota! ¡hay niños aquí! ¿te importa si moderas tu lenguaje? . ¹⁰ya, ya, cálmense guambas, ni sé para qué les invitaron . ⁹mejor vamos kambiano el ambiente por akí, les invito a un kanelazo con harto pikete, ¡vamos! tómmense unas kopitas... ¡ké viva Kito!... ¡ké bebaaa! . ⁸yo tomo con vos, mi

Marilín, después del traguito veamos qué pasa; no solo estoy sediento, también tengo ganas de carne .⁷bajadle a vuestra lujuria, hermano, ¿no queréis salvar vuestra alma? ¿no queréis llegar a ser santo algún día? .¹³ay mi amor déjale así a Angelote déjale ser un caballo libre por la noche déjale ser la resaca de un astro dormido .¹²concuero-conmydearLara,déjalodisfrutarlanoche,labohemia...;carpenoctem! .²¡nunca se comprende vuestra palabra! aprended a hacer uso de la gramática, ¡dejad de ser bárbaro! .⁶¡ah!

¿hablas de la sebilización? esa pendejada que nos arrastra a la hambruna, habla serio, pue .¹⁰¡habló el iletrado! vos ni siquiera acabaste la secundaria en el Vicente Rocafuerte, si hubieras estudiado con el empeño que le puso tu amigo, el Cortés, hubieras obtenido una beca para ir a estudiar a Europa, como yo, ¡ja! mira el rotundo éxito que soy, mira la gente que me rodea: ningún obrero solo escritores, como mi compadre Fuentes .⁴¿él no te inventó?

—dijo yo-segunda— *eres una burla ilusoria, un deseo insatisfecho .⁹¡ké viva la fiestaaa! ¡ké viva este mamarracho! .⁵no es tiempo para festejos, pes, ándate tranquilizando sino te cae el látigo de «patrón grande» .⁷sosegad esta tempestad y pasad a la mesa que los alimentos están servidos; una columna serpenteante se formó inmediatamente para entrar en orden apostólico, de mayor a menor, a la larga mesa de 26 asientos [de la cual se ocupó sola una de sus filas], Catilina se sentó en un extremo, mientras que Lara ocupó el otro, el asiento de la mitad se dejó vacío para Él: su Grandeza: el Señor; Antonia y H compartieron la espaciosa butaca aterciopelada, mientras que «la Siamesa» se acomodó en un taburete para evitar enredos entre sus cuatro extremidades; Marianita, como buena samaritana, repartió las bebidas y manjares a todos de forma equitativa: una pinta de vino blanco de Playas —a excepción de los niños, que se les dio jugo de naranjilla—, una porción generosa de hornado con mote, tortillas de papa y aguacate —a Lara le sustituyó la carne por una tortilla de yapa—*

, dos higos con queso y helado de paila, y una taza de café zarumeño; ⁶¡bah! solo comida serrana, ¿no habrá un encebollao, un

pejcao con patacones i su buena menestra, pue? .¹¹no seas melindroso, la comida está rica, aunque sea come un poquito, pruébalo —imploró H—; en la sobremesa cada uno armó su propia conversación con su vecino, la algarabía era inaguantable y hacía estremecer la estructura metálica del escenario; «el Decapitado» sacó su guitarra y entonó un par de poemas para la audiencia de oídos desperdigados; Angelote, aprovechando el tumulto, sobaba constantemente con su mano la entrepierna de Marilín, que ni se percató del abuso; el repicar de campanas de San Francisco evocando las voces eternizadas en polvo del Reino de Quito y su tierra siempre verde, los suspiros elegiacos de los pajonales del Pichincha en memoria de las mitas, y los murmulos de libertad de los próceres metalizados de la Plaza Grande anunciaron la irrupción de la luna menguante sobre el lacrimoso firmamento quiteño; ¹²*chachay, miren como la llovizna se desliza por el techo de acrílico, miren como las drops caen de esa grieta*³*chuta, ya se drogó .¹⁰de seguro con ayahuasca o éter, por eso habla huevada y media .²las comas que tenéis de sobra, son las que a Lara le hacéd falta en sus versos .¹³si tienes algún problema con eso lárgate de Ambato y ándate a Madrid con tu dialecto institucionalizado si no te gusta ni a Baldeón le jodes tanto .⁶¡oe, mona! no me metas en tu lío, ni que fuera ese bicho raro de hembra que inventa pronombres i verbos duplicaos .⁴y yo qué culpa tengo que la Academia no haya pensado en mi-nuestra situación?* —vociferaron ambas— *y ya dejen de molestar- me-nos, no soy-somos un monstruo, solo que como la gente únicamente piensa y lee sobre Realismo, me-nos ven como una pieza abstracta y solitaria .⁵shhh, llegó «su mercé»;* de armadura mohosa, tronco escuálido, tez de porcelana quebradiza, pies encadenados a volúmenes pesados y polvorientos (I. Clásicos Grecolatinos, II. Clásicos Medievales, III. Clásicos Barrocos, IV. Clásicos Ilustrados y Diccionario del Español de Alfonso X), tos y garraspera constante, así llegó ¹Alonso Quijano, pam-pam botó los libros sobre la mesa y tomó asiento apoyándose del gentil brazo de Catilina; ²*espero que vuestro viaje no ha haya sido estrepitoso, mi Señor .⁵¿desea algo «gran patrón»? ¿un motecito, un cafecito, una*

agüita? —le dijo a Quijano quitándose su sombrero y haciendo una torpe reverencia—. ¹¹*¡abuelito, abuelito!* —salieron corriendo hacía su Grandeza para darle un abrazo, pero los detuvo los brazos de la Santa— ⁷*críos, esperad un rato, me parece que no está de buen genio*

³*psss* —le susurró— *¿seguirá molesto por lo que le rechazaste el premio del 79?* . ¹⁰*espero que no* —musitó—; el Señor fijó su mirada en Angelote, un escalofrío recorrió su columna, y con sigilo retiró su mano del sexo de Marilín; ⁸*querido, nos está mirando, quitate el chuchaqui* —le susurró—; pum, Quijano dio un golpe seco, cual martillo de juez, sobre la cubierta de cuero del Barroco; ¹*seré breve, no os quiero interrumpir en vuestros asuntos; os he convocado a esta tertulia porque me ha llegado una advertencia del escritor de este cuento: alguien, esta misma madrugada, va a matarme, y es mi deseo saber quién ha de ser el traidor que ha de clavar un puñal en mi pecho* . ²*¡juro que no soy yo!* —vociferó el senador— *debéis de confiar en mí* . ¹*calmaos gentilhombre, sé que no seréis vos; me temo que será uno de vosotros* —señalando a las generaciones postreras—, *alguno de estos vanguardistas y zurdos ha de quererme destronarme, como alguna vez lo intentaron los hideputas: Galo y Falcón; todos callaron, solo el aletear de una mosca se escuchó en el ágora;* ¹³*ah* —gritó— *yo he de ser tu insulto perpetuo y la garrapata que ha de devorarte* —y se abalanzó sobre el cuerpo raquítico del viejo mordiéndole las sienes— . ¹²*me too yo*

también —y se arrojó a la lucha—. ⁶*ve este, ¡¿nos hace esperar una noche completa i después nos ataca?! así no pue* —y con sus manos musculosas presionó la nuca de su Grandeza— . ⁴*¡ah!* por ti y por tu referente me ven como un ser horrendo —exclamó yo- primera, y con sus cuatro piernas empezó a darle puntapiés al cuerpo derribado de Alonso, crac-crac sonaban sus costillas— . ⁹—mirando el cuerpo destrozado del Señor— *¿ké me ves? sí, soy un varón en ropa de puta* —alzó su vestido y meó sobre la boca jadeante del Señor—

¡ké viva este viejo pendejo! ¡a chupar se ha dicho, karajo! · 10— a punto de meterse entre la turba, se detuvo y pensó un momento— *yo ni me meto, al fin y al cabo soy puro cuento* —y rápidamente su efigie se deshizo en sombras— · 5— se quitó la leva, arremangó las mangas de su camisa— *¡por Domitila, por los horrores de tu gente contra la mía, por mi raza de sangre canela!* —y se lanzó sobre la cabeza de Quijano, partiéndola en trizas— · 7— abrazando a los niños para taparles la vista con su hábito oscuro— *«enhorabuena; os merecéis esto y más; que la gloria se derrame sobre nosotros: la plebe»* —pensó, mientras intentaba ocultar su risa— · 3*bueno, un muerto más, la diferencia es que esto no es suicidio sino homicidio, se merece un verso justo* · 2— arrinconado en una esquina, tomó su servilleta y con mano temblorosa escribió en ella: «yo no lo maté, mi pluma no lo mató, esta vez no fui yo». —



contemplo la nefasta escena que acabo de ingeniarme, las sinapsis de mis neuronas no logran procesar el magnicidio que acabo de crear, he asesinado a un gran ídolo:
un ídolo de bronce, mis dedos dejan de
teclear, el meñique derecho se tienta a
presionar
la tecla de borrar,
maquinalmente lo detengo,
cierro el Word y dudo
si culminar
el cuento

Corazón

CARLA RIVERA

Universidad San Francisco de Quito USFQ

Aquí estoy, desintegrándome en lágrimas ante el recuerdo de Evie. Ya pasó una semana y media, y yo continúo en ese oscuro y frío lugar. La conocí en una clase de cocina, conectamos inmediatamente y hasta nos considerábamos familia. Amábamos probar recetas nuevas juntas. Esa es mi manera de mantener viva su esencia. Tomillo, sal y un poquito de paprika, que ni siquiera me gusta, pero a ella sí. Es la quinta vez que he comido boloñesa esta semana.

De repente salgo del trance cuando escucho el timbre. Yo no quiero ni necesito compañía, lo peor de todo es que se trata de María, la hermana de Evie, a quien parecía no importarle más que casarse con su insípido novio.

—Hace mucho tiempo que no nos vemos, ¿no? Huele delicioso —ella procede a dar un paso sin permiso alguno. ¿Quién se cree?

—¿Qué haces aquí?

—Oh, vengo a invitarte a mi boda. Además, parece que ya no tienes tu antiguo número —dice de forma despreocupada.

—Eres una insensible de mierda.

—Ay querida, ¿por qué permites que esa muerte te ate? Mejor agradece que vine a verte.

—No te quiero aquí, ya vete —el enojo hacía que mi sangre hirviera, pero también quise llorar hasta que me ardiera la cara.

María y Evie no se llevaban del todo bien, la primera era egoísta la mayoría del tiempo. Jamás entendí por qué Evie seguía abriéndole su corazón, a María nunca le importó.

El sonido del timbre vuelve a joderme. Esta vez, se trata de la mamá de Evie, a quien yo cariñosamente consideraba mi tía.

—Siento mucho no haber venido a verte antes, pero sucedió algo terrible —me informa con un tono de horror en su voz. Su mirada retrataba terror y tristeza profunda.

Me puse helada y sentí cómo mis latidos se aceleraron.

—Algún desalmado saqueó el ataúd de mi hija, lo único que dejaron fue esto. —Ante mis ojos resaltaba el brillo de aquella cadena de oro que Evie llevaba hasta su último suspiro, lo curioso era que estaba rota, como si alguien se la hubiese querido quitar forzosamente antes de cometer semejante atrocidad.

—¿Cómo? ¿Cuándo fue esto?

Nueve de junio. Esa fue la última vez que fui a visitar a mi mejor amiga al cementerio. Ese día estuve llorando con una botella de jugo de mora en mi mano, y un par de cosas más en mi mochila. Eso es lo único que recuerdo, luego puse algo en la refrigeradora y me quedé dormida en el comedor hasta poco antes de que amaneciera. Sintíendome disgustada, culpable. Lo único que podía pensar era que ahora contaba con un lugar reservado en el infierno, si es que existiera tal cosa.

Comer carne ahora se ha vuelto un hábito. Solía detestarla, pero extrañamente ya la disfruto, es mi única fuente de energía. Antes de cocinar, siempre huelo la carne, como si de absorber el aroma de las flores se tratara. Lo malo es que me he enfermado debido al estado de la carne, pero algo tengo que comer, ¿no?

Cuando la madre de Evie vino a visitar, me sentí más culpable que nunca. Me preguntaba si podía notar mis nervios. Me conoce tan bien que sentía que era capaz de leerme la mente.

El peor momento fue cuando me comentó que no había comido en días, y entonces tuve que darle de mi comida. Quise vomitar mis entrañas. Me sentía fatal.

De la helada

IVANNA RODRÍGUEZ CALDERÓN
Universidad San Francisco de Quito USFQ

«Quito es tan frío. Me da golpes en la introspección».

¿Desde cuándo recuerdo necesitar ser ideal para encajar? En realidad, no lo recuerdo. Creo que hace parte de mí. Todo empezó cuando nacieron mis hermanos. Nacieron, pero nacieron muertos. El peso fue tal, que tuve que convertirme en la reencarnación de ambos.

Sí, de los dos juntos.

Ya ni pienso en ellos, pero me abandonaron en esta desdicha y por eso los odio un poco. Pero también aprendí a vivir con la idea de ser su redención en este mundo. A sentarme con las manos sobre la falda, a no rechistarle a mi abuelo cuando llegaba ebrio de la cantina, y a sonreírle a la vecina por las mañanas.

«Pórtate como mujercita», rechistaba mi abuela pellizcándome el brazo. Aprendí también a no llorar cuando lo hacía, y fue sencillo, pues sus ojos siempre evitaban los míos. Pero no. El bulto de sentirme ajena a mí misma no lo he vivido siempre. Creo que se trepó en mis hombros a los diecisiete. Sí, el día en que le conté a mi familia que quería estudiar abogacía en la capital. Esa misma tarde en la que me dijeron que era más barato conseguirme un buen partido en Latacunga para armar matrimonio en la finca.

—El hijo de Don Miguel está buscando mujer, —dijo mi tía sirviéndome el caldo sin presa.

—No, mejor pagan en los moteles vía Ibarra... Está más cerca, —murmuró mi abuelo con la carcajada entre los molares.

Fue morderme la lengua hasta saborear la sangre caliente, conteniendo el sentimiento. Pero fueron las hormigas frías en mis dedos las que todavía recuerdo. Los sueños no vuelan, aquí solo parecen congelarse.

«Crack».

Fue la noche del año siguiente, cuando agarré el bus verde de las 11:45 para Quito. Contra el viento, contra el agua. Encontré ese catorce de julio un cuarto en el centro, por allá en San Roque, todavía con la esperanza viva y los sueños estancados de dos fantasmas, esos seres que nunca respiraron el tormento, ni saborearon el hielo sobre los huesos.

El techo goteaba cuando llovía.

«Uno, dos, tres».

A veces pasaba horas escuchando la melodía cóncava sobre el balde vacío, mientras el viento se colaba por las rendijas directo a mis tobillos. Quito es tan frío. Me da golpes en la introspección. Cada noche veía en mis sueños sus fantasmas, pero también las manos de mi abuelo, y las hormigas sobre mi cuerpo.

«Crack».

Me congelaba yo, o se congelaban mis hermanos para siempre. Sobre mis hombros, los tres yacíamos en aquel colchón húmedo, bajo el rosario enmaderado de la pared cuarteada. Aun teniéndolos conmigo, las palabras de mi familia nunca dejaron de martillarme las sienes. ¿Es ese el destino? ¿Quedarme quieta, como el agua del balde? «Cuatro, cinco, seis».

Fueron siete años lejos.

Y ahora, frente a la vieja casa en el cerro, sintiendo el peso de esas almas que me acompañan, abro la puerta de aquella jaula que tan indiferente me vio huir.

No. No vine a quedarme. Vine a encender lo que la helada arrastró.

«Crack».

Historia de una vida

JUAN JOSÉ SAMANIEGO
Universidad de Las Américas

Una sinfonía de billetes y gritos abre el telón, pero ella no sube a la tarima. El baile se lleva a cabo en otra parte, frío y reflectante, vistiéndola de escarlata. Una brisa gélida penetra sus huesos y hace que sus dientes golpeen en una batalla incesante los unos con los otros.

¿Cuál era su nombre aquella noche? ¿Agatha? ¿Rubí? No es como si a alguien le importase; nadie la recordaba como algo más que una puta. Odiaba esa palabra tan despectiva que tantas veces le habían dicho, eliminando todo rastro de su historia, sus motivaciones y sus necesidades. Tal vez eso no era tan malo, después de todo, siempre fue ella la primera en intentar eliminar su propia historia de su memoria.

Esos estúpidos recuerdos volvían a abrirse camino en sus pensamientos. La historia de su vida se apoderó de su cabeza.

«¡Mami, mami! Papi se volvió a quedar dormido en el sillón y no se quiere despertar», dijo teniendo apenas siete años. Su madre volvía a darle la misma explicación de siempre sobre cómo la dificultad para despertar a su padre era proporcional a la cantidad de botellas que hubiese alrededor de él. A partir de cuatro ya era imposible. Siempre recordaba las palabras exactas, pero la voz que las decía nunca se repetía; hacía ya mucho que había olvidado cómo era la de su madre.

¿Acaso todo comenzó en ese punto? Tal vez debió haber escuchado a su madre en lugar de intentar despertar a su padre. Tal vez así habría evitado ese primer golpe cuando su padre se despertó furioso tras haber sido molestado. Claro que no había sido intencionado,

por lo que se había disculpado durante una hora entera, aunque sus palabras fuesen ahogadas por su llanto.

Ahora que lo piensa, si ese golpe generó tanto remordimiento, tal vez no fue dirigido hacia ella. Eso podría explicar los moretones que su madre tanto atribuyó a la disposición de los muebles de la casa, hasta que ella vio a su padre golpearla a los nueve años. Tal vez por eso su madre no corrió a socorrerla ni a consolarla. ¿Acaso la perra sintió alivio de que esta vez no hubiera sido ella?

Ese fue el primer golpe de muchos por venir en los próximos seis años. Claro que los primeros dos fueron los más sencillos. Era algo ocasional, principalmente cuando su padre tomaba demasiado. Ese imbécil nunca sabía cuándo parar. Todo empeoró cuando, a los nueve años, llegó de la escuela más temprano de lo normal y encontró a su padre fornicando con su madre, aunque sus gemidos eran más bien súplicas para que se detenga, interrumpidas momentáneamente por el contacto de los nudillos del padre contra su pómulos. Eso no era hacer el amor; fue la primera vez que, de alguna forma, tuvo contacto con una violación. La horrenda escena la hizo sollozar. Maldita sea la hora en la que no pudo quedarse callada o salir en silencio. Ya sin nada que esconder, ya sin tener que limitarse a la pérdida de inhibición del alcohol, su padre tendría no solo a un saco de golpear, sino a dos.

¿En qué mundo la primera vez que una mujer es llamada puta, ocurre desde los labios del hombre que prometió protegerla al momento de su nacimiento? Fue su culpa por haber llevado a su único amigo a su casa para acabar el proyecto de matemáticas a los once. Pensó que tal vez con eso podría evitar el golpe de bienvenida de su padre, y con suerte hasta podría evitar que su madre sufriera esa tarde. Claro que esto solo duró hasta que volvió a quedarse sola con ese monstruo en la noche. Su padre no quiso escuchar su razonamiento de que solo era un amigo, de que ni si quiera pensaba en él de esa forma. ¿En qué mundo la primera vez que una niña es llamada puta es porque su padre se niega a aceptar que ella pueda ser de cualquier otra persona?

¿En qué mundo la primera vez que una niña es llamada puta es mientras su padre abusa de ella ignorando la sangre y los gritos?

Violencia y suicidio en familia de tres

Esposa contacta a la policía la noche del martes para reportar el suicidio de su esposo quien se cuelga después de un brote de ira. Una evaluación paramédica breve confirmó que la esposa fue víctima de violencia física por parte del esposo, aunque ella indica que esto era poco frecuente en él. No se conoce del estado de su hija de once años, quien fue divisada en la ventana superior de la casa. La madre ruega que no se moleste a su pequeña, que suficiente es ver a su padre salir en una bolsa negra por el umbral de la puerta.

Así se barrió ocho años de su vida bajo la alfombra en un periódico poco leído de su ciudad. ¿Dónde quedó todo lo que ella sufrió a manos de ese bastardo? ¿No se van a mencionar los golpes hacia ella, los insultos y las múltiples veces que la violó? Claro que no. Un padre no le haría eso a su hija, y su madre nunca declararía lo contrario. No solo no sería considerada una víctima, bajo los ojos de su madre, ella sería la culpable del suicidio de su padre. Después de recibir su último golpe por parte de ese monstruo, ella a gritos le dijo que pediría ayuda. Nunca lo había hecho antes, no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo teniendo solo once. Aun así, parece que el susto o el cargo de conciencia finalmente fueron suficientes para llevar a su padre sobre el límite.

Habría sido mucho pedir que el suicidio de su padre acabase su sufrimiento en casa, pero solo tomó una semana para que su madre supliese ese rol. El resentimiento hacia la asesina de su esposo y el rencor que le guardaba por haberse vuelto el nuevo juguete sexual de su padre, como él la llamaba, generó un odio en su madre que solo podría expulsarse mediante gritos, humillaciones y bofetadas.

¿En qué mundo la segunda vez que una mujer es llamada puta, ocurre desde los labios de la mujer de la que nació? Doce, trece,

catorce, quince. Cuatro años más de ser víctima. No tenía amigos, nunca tuvo un novio, nunca hablaba con nadie por el miedo infundido en ella tanto tiempo atrás. Aun así, ella era la puta y no su madre con su interminable desfile de hombres, moretones y botellas envueltas en humo. Ella era la puta porque siempre fue llamada así. Ella era la puta porque fue abofeteada por su madre y violada por su padre.

A los quince años se cansó de sumar quemaduras por las coletas de los cigarrillos de su madre. Empacó algunas prendas y su cepillo de dientes en su mochila del colegio, y con los gemidos de su madre de fondo, dejó su casa por última vez. Corrió y corrió, intentando dejar a su madre tan lejos como le fuese posible. No sabía a donde se dirigía, solo que debía huir. Quince años y tuvo que dormir su primera noche en la calle. Quince años y pasó su primera semana comiendo de basureros. Quince años y se acercó su primer cliente. El trauma debió haberla hecho parecer mayor, o tal vez a él no le importaba. Por veinte dólares, un plato de comida y una cama para la noche, vendió su cuerpo por primera vez. Si siempre la habían llamado puta, ¿por qué no serlo? La palabra había perdido peso al salir de labios desconocidos, aunque su significado nunca cambió.

¿En qué mundo una mujer es llamada puta cuando no quiere serlo? Ella nunca quiso ser reducida a ese término tan peyorativo. Solo quiso ser amada por sus padres, crecer en una casa cálida, no recibir nunca un golpe. Pero todo lo que recibió fue maltrato, insultos y soledad. Nunca hizo el amor; simplemente tuvo sexo para sobrevivir. Aun así, durante tres años recibió más amor que en su casa. Claro que de vez en cuando algún cliente decidía imponerse. En esos casos los golpes no eran raros, el sexo forzado tampoco. Pocos sabían que nunca podrían asustarla tanto como la sombra de su pasado. Aquellos hombres le parecían mucho más pequeños de lo que había sido su padre en su memoria cuando tenía diez años.

Aun así, cuando llegó un hombre bajo y regordete, con dientes amarillos y aliento podrido, con una propuesta que implicaba acostarse con él, no dudó en aceptarla. Nunca fue buena en la

danza, pero las seductoras palabras de ese hombre, que prometían un futuro brillante bajo las luces de reflectores baratos, la convencieron de su potencial. Tantas lesiones y años sin rutinas saludables que permitan fortalecer su figura en lugar de mantenerlo lo suficientemente esbelto para sus clientes, dificultaron la fusión de su cuerpo con el frío tubo de acero en el centro del escenario. Pero, así como lo hizo durante toda su vida, fue capaz de adaptarse y superar este desafío y todos los otros. No le tomó mucho lograr ser otra de las chicas de ese hombre, quien por primera vez en su vida no la llamó puta.

Una sinfonía de billetes y gritos abren el telón, una percusión de aplausos lo cierra.

Noche tras noche, el reconocimiento la embriagaba. Finalmente se sentía protegida; finalmente se sentía parte de un lugar. Sus compañeras le mostraban el cariño que nunca había conocido en su vida, incluso cuando todas bebían de la misma copa de la competencia. Durante el día sentía el abrigo de su pequeño estudio, su propio hogar después de tantos años. Podía imaginar toda una vida así. Tal vez, algún día, podría olvidar la historia de su vida, en lugar de intentar ocultarla en el rincón más oscuro de su memoria.

Pero siempre aparece alguien así: un hombre mayor, de la edad que tendría su padre ahora.

No recordaba el aspecto que tuvo su padre en vida; solo la sombra que proyectaba al imponerse sobre ella, la oscuridad de su alma. En ese hombre veía esa misma oscuridad. Lo atendió una vez. Tenía la obligación de atender a cualquier cliente que pagara si quería mantener esa vida. Una vez se volvieron dos, después tres, después cuatro. Él empezó a venir tan seguido como su salario se lo permitía, solicitándola a ella con una insistencia casi obsesiva. Ella cambiaba su nombre cada mes para olvidar el que estaba escrito en su acta de nacimiento, pero comenzó a hacerlo con mayor frecuencia para ocultarse de él. Nunca sirvió. Su intento de esconderse solo despertaba en él la misma ira que había visto en los ojos de su padre cuando ella tenía nueve años.

El renacimiento de la sombra de su padre logró quebrar la seguridad que el club le brindaba. La insistencia de ese hombre era abrumadora. No podía escapar: debía confrontarlo. Le rogó que la dejara en paz, que se marchara y no volviera. Lo hizo. Solo por esa noche.

Una sinfonía de billetes y gritos abre el telón, pero ella no sube a la tarima. El baile se lleva a cabo en otra parte, frío y reflectante, vistiéndola de escarlata. La luz del faro resalta el puñal que decora su vientre.

Los pasos de ese hombre se alejan pesados, ganando velocidad. Cobarde. Tanto miedo le tuvo durante esos meses y solo es un cobarde que huye. Su padre nunca escapó después de lo que le hacía.

Su vista se nubla mientras el frío reclama su alma. ¿Cuál era su nombre aquella noche? ¿Agatha? ¿Rubí? No. Ella siempre se llamó...

Susurros

LUIS FERNANDO SÁNCHEZ

Universidad San Francisco de Quito USFQ

Veía parejas en busca de un hijo, pero jamás lo elegían a él. No entendía qué tenía de malo, era obediente, tenía buena salud y no molestaba a nadie. Incluso sus cuidadoras desconocían la razón, lo cual le bajaba más los ánimos. Con el tiempo dejó de asistir a las reuniones donde presentaban a todos los niños en adopción; y a la brevedad, ni siquiera hablaba con sus compañeros.

Ya había cumplido los quince años, era muy difícil que alguien fuese a adoptarlo. Todos querían un bebé o un niño pequeño, él estaba muy por fuera de esa categoría. Solo le quedaba esperar a cumplir la mayoría de edad y buscar su propia vida fuera de ahí.

Un día los reunieron a todos en la sala común, diciéndoles que había un nuevo miembro en su «familia» —lo cual era absurdo considerando que eran huérfanos—, y que había que ser pacientes y amables con él. Un chico de dieciséis, víctima de violencia intrafamiliar, estaba integrándose a su institución. Les explicaron cómo lo deberían de tratar, los temas que deberían de evitar, entre otras cosas. Luego del comunicado les permitieron regresar a sus actividades, informándoles que mañana llegaría.

Los primeros días de su estadía fueron tediosos, se la pasaba encerrado en su habitación y nadie lo veía salir ni para comer. Todo el personal estaba preocupado, no hallaban cómo hacerlo hablar o salir de ahí. Fue entonces que creyeron que quizá necesitaba un amigo, por lo que le dijeron que lo fuera. En un principio se rehusó, preocupado por empeorar la situación; sin embargo, insistieron hasta hacerlo acceder, aun cuando seguía sin estar de acuerdo. Sabían que

era el único con el que podría empatizar, pues conocía lo duro que era tener que estar ahí. Lo había hecho toda su vida.

Fue difícil comunicarse, tardó una semana en hacer que le abriera la puerta de su cuarto.

—No golpees la madera tan fuerte —pedía cada que lo dejaba entrar.

Edward tenía manías que debía adoptar si deseaba permanecer a su lado. La primera y más importante era no tocarlo, jamás. Le mostró los moretones y quemaduras que le había hecho su padre, advirtiéndole que, si lo abrazaba, planeaba enterrar un tenedor en su garganta. Las demás reglas eran más simples, como venir solo en la mañana, no subirse a la cama con calcetines, no comer en su cuarto.

La única que le resultaba extraña, era aquella en dónde no podían hablar si no era en susurros. El pelirrojo se alteraba apenas alzaba ligeramente la voz, así que tenía que hablar lo más bajo posible.

Una noche que le permitió quedarse a dormir, le preguntó la razón. Se asustó mucho cuando empezó a llorar, y sin saber qué hacer, lo abrazó. Le sorprendió que no lo alejara, así que se quedó callado, permitiéndole sacar todo su dolor. Ya tranquilo le explicó todo, cómo su padre los golpeaba si hablaban, así que ellos lo hacían en susurros para que no los escucharan. Estaba acostumbrado a escuchar la voz de su progenitor como la más fuerte e imponente. Era insignificante al lado de cualquiera que hablara más sonoro que él, por lo que no le gustaba escuchar su voz normal.

Ethan lo entendió, así que nunca más volvió a hablar más fuerte de lo que Edward lo hacía. Así se sentiría seguro.

No pasaron más de tres meses cuando ya eran inseparables. Dormían juntos, comían el uno al lado del otro, se la pasaban todo el día en la habitación del mayor. Para su lástima, le informaron que su padre había conseguido librarse de todos los cargos, pronto vendría a buscarlo. Lloró desconsoladamente durante horas, abrazado a Ethan, pidiéndole que no lo dejara, porque no soportaría regresar a vivir con él. No sabía qué hacer, no podían huir porque no tardarían mucho en encontrarlos.

—Todavía hay una salida.

Cuando estuvo seguro que Edward estaba de acuerdo, planearon todo, y esa misma noche se escabulleron a la cocina. Tomaron un par de panes espolvoreados con azúcar.

—Ethan —giró a él, mientras les echaba encima el veneno para ratas que tomaron del cuarto de limpieza—. Te quiero.

Sonrió ampliamente, yendo a tomar dos vasos de leche y más azúcar.

—Te quiero —correspondió, besando su mejilla.

Comenzaron a comer, opacando el sabor amargo del veneno con más azúcar, bebiendo leche para pasar el pan y seguir ingiriendo. Pasados no más de cinco minutos ya se sentían bastante mal, Edward temblaba y sudaba en frío.

—Tengo miedo —sollozó, negando—. ¿Y si me busca del otro lado?

—Estaré ahí, y no te encontrará —tomó su mano, sentándose con él en el suelo de la cocina—. Descuida, puedes dormir, voy a cuidarte. Te alcanzaré pronto.

—¿Lo prometes? —Le vio una última vez a los ojos.

—Lo prometo —afirmó.

Acarició su cabello, soltando un par de lágrimas al darse cuenta que ya no respiraba.

No tardó en seguirlo, todavía tomado de su mano, aunque ya no estaban realmente ahí. Pero siempre estaría para él, no importaba cómo.

Su voz lo guiaría, a través de sus susurros.

El Reflejo: ecos del abismo

SANTIAGO SEGURA
Universidad de Las Américas

Laura siempre había sido una mujer lógica. Descartaba cualquier noción de lo sobrenatural, considerando esos relatos como simples supersticiones. Por eso, cuando encontró un antiguo apartamento en el centro de la ciudad a un precio increíblemente bajo, no se dejó intimidar por las historias de inquilinos que habían huido sin explicación. Para ella, era solo un lugar viejo con paredes gastadas y pisos de madera que crujían con el paso del tiempo. Nada más.

Sin embargo, desde el primer día, sintió una presencia latente, algo que no podía nombrar. El apartamento estaba casi vacío, salvo por un espejo enorme en el baño, encajado firmemente en la pared. Tenía un marco de madera tallada con formas retorcidas que parecían ramas secas y quebradizas. El cristal estaba limpio, demasiado limpio, como si alguien lo hubiera pulido obsesivamente.

Laura decidió ignorarlo. Era solo un objeto..., ¿verdad?

Desgaste

Las cosas empezaron poco a poco. Despertaba todas las noches a la misma hora: 03h33 a.m., siempre sintiendo una mirada fija en su nuca. Atribuyó el insomnio al estrés de la mudanza. Sin embargo, los sueños la perseguían. Pesadillas en las que se veía a sí misma frente al espejo, inmóvil, mientras una figura oscura se alzaba lentamente detrás de ella, acercándose hasta susurrarle algo ininteligible al oído.

Cada vez que despertaba, su piel estaba fría y sus músculos tensos, como si realmente hubiera sido tocada. Intentaba convencerse

de que todo era fruto de su mente agotada. Pero entonces, comenzaron las grietas.

Una mañana, mientras se lavaba la cara, notó una pequeña fisura en la esquina inferior del espejo. Frunció el ceño. Estaba segura de que la noche anterior no estaba allí. Pasaron los días y la grieta se extendió, aunque de forma extraña: no se expandía como una fractura común, sino que parecía formar patrones delicadamente irregulares, como raíces creciendo lentamente.

«Solo un espejo viejo», se repetía.

Distorsión

Pronto, los susurros comenzaron. Apenas perceptibles, como un murmullo lejano que se arrastraba desde las paredes. A veces, juraba escuchar su nombre. «Laura». Era suave, casi cariñoso, pero cargado de algo profundo y corrupto. Un deseo latente que la enfermaba de miedo.

Evitó el baño tanto como pudo, pero incluso cuando no estaba frente al espejo, sentía su influencia, como si aquel objeto antiguo estuviera espíandola desde cualquier rincón del apartamento.

Una noche, mientras trataba de dormir, un sonido seco la despertó. El mismo crujido de vidrio fracturándose. Conteniendo la respiración, se acercó lentamente al baño. La luz parpadeante iluminó el espejo ahora cubierto por finas líneas que se extendían como raíces podridas.

Sin embargo, lo peor fue su reflejo.

Ella estaba allí, pero sus ojos..., sus ojos no eran suyos. Eran vacíos, carentes de humanidad. Y sonreían.

Abismo

Laura comenzó a perder la noción del tiempo. Despertaba sintiéndose más débil, como si su energía se desvaneciera cada noche. Las voces eran constantes ahora. Le susurraban secretos

oscuros, historias de dolor y pérdida que no quería escuchar, pero no podía evitarlo.

Se convenció de que estaba perdiendo la cordura. Incluso acudió a un terapeuta, quien le diagnosticó estrés extremo y le recetó medicamentos. Pero nada cambió. El espejo seguía allí, inmutable, con su reflejo observándola desde el otro lado con demasiada atención.

Un día, en un ataque de desesperación, intentó cubrirlo con una sábana. Creyó encontrar algo de alivio..., hasta que despertó a la madrugada con un susurro más claro que nunca:

—No puedes esconderte.

Corrió al baño y encontró la sábana hecha jirones en el suelo, como si algo la hubiera desgarrado desde dentro. El espejo estaba intacto, pero ahora su reflejo no la imitaba. La miraba expectante.

Fractura final

La noche siguiente, el insomnio se convirtió en una tortura insoportable. Agotada, se levantó de la cama con la mente nublada y los sentidos embotados. El susurro no cesaba. Algo dentro de ella la impulsaba hacia el baño, como si no tuviera otra opción.

Al llegar, vio su propio rostro, o algo que llevaba su rostro. El reflejo sonrió lentamente, una sonrisa antinatural que torcía sus facciones. Laura dio un paso atrás, pero su imagen no la siguió. Estaba atrapada en ese cristal maldito, como una presa esperando ser devorada.

Entonces, la figura en el espejo habló con su voz, distorsionada y vacía:

—Es tu turno. Yo ya esperé demasiado.

Antes de que pudiera gritar, las grietas en el espejo se abrieron con un sonido desgarrador. Dedos fríos como el hielo emergieron y la atraparon con fuerza. Sintió el vidrio perforar su piel mientras era arrastrada hacia el abismo del reflejo. El último sonido que escuchó fue su propio grito apagándose en la oscuridad.

Epílogo

Cuando la policía llegó días después, encontraron el apartamento vacío. El espejo del baño estaba destrozado, sus fragmentos dispersos como hojas marchitas. No había rastro de Laura, ni señales de lucha. Su desaparición quedó registrada como un caso más sin resolver.

Sin embargo, algunos dicen que, en ciertas noches, los fragmentos rotos del espejo vuelven a reflejar su rostro, pero no con la desesperación de una víctima. No, ahora sonrío, esperando paciente al próximo inquilino, lista para intercambiar su prisión por una nueva alma perdida.

Si alguna vez sientes que tu reflejo tarda un poco más en moverse..., corre.

En honor a un anhelo

BRYAN SILVA

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

A muy decir mío, hice méritos para verla nuevamente. Aquel diciembre agendamos nuestra tercera cita. ¡Fue iniciativa suya, lo juro! Me parece que se llamaba Lía. «No, no. Mi tía se llama así». Dejémosla como L. Lo cierto es que tendría poco más de veintiún años, delgada, de cara pálida, sus cejas resaltaban como arbustos y hablaba con un acento cuencano muy patriótico. ¿Y yo? Aceleraba el paso: estaba tarde.

Al umbral del museo, noté su sombra: venía en mi dirección. Hasta tal punto llegué: figúrense, que supe distinguirla entre los asfaltos del Centro de Arte Contemporáneo de Quito. Inmediatamente al verla, pasaron por mi mente pensamientos que enamorarme era lo mínimo que uno podía hacer. «No existirá quizás nunca algún otro rostro que me llene tanto de alegría como el suyo. La quiero, con azar y locura como lo hacen los jóvenes; la quiero, con el corazón guiándome torpemente». Me disculpé por la demora. Antes que pudiera terminar mis excusas, me interrumpió, ¡como siempre! ¡Y qué más da! Me dirigió unas palabras. Estaba irascible. ¿Y yo? Asentí como si la escuchara.

Su perfume, una mezcla entre bergamota, notas marinas y flor de azahar del naranjo, me impidió concentrarme, era una fragancia hipnótica y dulce. Quizás, me dije, algo se traía en mente. Para mi consuelo, hasta los mejores planes parecen ridículos cuando fallan. Me adelanté a tomarle la mano. Ella, como sospechando de mi

antojadiza idealización, me jaló hacia su hombro, me apretó contra su cintura, y estábamos tan solo a centímetros el uno del otro. Nuestras miradas no cruzaron, ¡como siempre! ¡Y qué más da! Me propuse a hablar, el refugio de quienes pensamos mucho:

—Te quería contar —empecé—. Es una confesión absurda, pero debo hacerla.

—¿No quieres entrar primero? —dijo L.

—No, ¿para qué? —contesté.

—Pues a eso hemos venido —insistió.

—¿Solo para eso?

—¿Y para qué más?

—Ya entraremos, dame un momento.

—Bueno, ¿y qué quieres decirme? —dijo ella, impaciente.

L. era inocentemente cruel. Me ha cortado el impulso, ¡como siempre lo hacía! ¡Y qué más da! No tengo pruebas de que lo hiciera a propósito, pero qué facilidad tenía para quitarme su atención. «¿Por qué estaba tan apresurada? ¿No era obvio lo que tenía guardado?». Me quedé perplejo. Sabía lo que tenía que decir y la modulación de cada letra, ¡lo venía practicando! Pero mis labios, de alguna forma temblaban: buscaban huir, como aquel pájaro que intenta escapar de unas manos toscas que lo han enjaulado.

La noté pensativa, y me dispuse a inventarle algo, ¡cualquier cosa para que no sospechara! Intuyó que le mentía y, al percatarse de mis intenciones, me interrumpió.

—Basta. ¡Eso no es lo que me querías decir! Ya dime...

Pero antes que pudiera ella seguir hablando, la interrumpí, ¡como nunca lo hacía! ¡Y me disculpé! Pero no esperaba que mi confusión saliera de su boca. Así que proseguí:

—Todavía creo —dije, recobrando de a poco la confianza—, que de las cosas más agradables que pudieran existir, está la de encontrarme con tu mirada. ¡A veces, frecuentamos mucho!

¡Qué difícil se me hace todo!

—Ah, me asustaste. Esas cosas pasan, son frecuencias..., es casualidad, nada más.

—Aún no termino —repuse—. Todavía creo que dejar de pensarte, esa sensación horrible de perderte se marchitará pronto, porque no sé con qué pretexto, pero quiero que nos acompañemos con intensidad. Tu allí, y yo acá, viendo una misma luna.

—Oh —sentenció—. Eso sí es nuevo. ¡Qué tierno! ¿Y para qué me quieres?

—Para, bueno..., ninguna otra cosa más que para estar contigo.

—Qué ridículo todo —dijo—. Pero piensas mucho, ¿y qué quieres que te diga?

—Que a veces, también piensas tan solo un poco en mí.

—¡Te pienso, de verdad que sí!... Es decir, me gusta la gente en su conjunto, pero no para quererla.

—Necesito correr el riesgo —respondí de súbito, cambiando el tema de la conversación—, ¿me has llamado para besarme?

—¿Estás loco? ¿Por qué quisiera besarte? ¿Para qué? —repitió.

—No tengo idea. Pero dudo tener la buena suerte de volver a encontrarte. Sabrás lo que he callado, todo, absolutamente, en un beso. Uno solo, nada bueno hay en la repetición.

—No sé besar —respondió, con un tono melancólico pero cargado de ironía, como diciéndome «¿qué harás ahora?» —. Es mi primera vez. Pero dejémoslo todo para mañana.

—¿Mañana?... —y no pude evitar lanzarle una mueca de sorpresa.

No añadí más. Sentí ajeno aquel arrebato de impulsividad suya. Hablábamos otra lengua. Mi cotidianidad, de pronto se fundió con algo que quise llamar romance. Se acercó, y aunque tímida, me dio el beso, fue rápido, se le escapó una sonrisa al terminar, me pidió que nunca le cuente a nadie y evitó cruzarme la mirada durante toda la tarde del museo. Así de efímero pasó, y en tan solo dos segundos, encontré esa orilla de eternidad para echarla de menos. No sé por qué, pero hoy me ha dado por extrañarla. Cada uno siguió su camino, sin odiarnos, amarnos, quizás no estábamos para alguna complicidad

que implicara usar el corazón. Pienso todo aquello como una utopía, una de la quizás uno nunca se aburra. Es claro que, si el destino me trae otra batalla como esta, la tendré presente. No hay culpa en mí, porque ambos sabíamos a lo que fuimos.

Quiero comprenderla; ¿sabré merecer esta soledad? Porque más que besarla, sentí su mano, y eso, a ratos, me transmitía vida. No habría podido decirles qué me atrajo de ella. A momentos, su rostro se me hacía tan interesante. Y no quiero vivir, sin permitirme algún placer, uno que me ayude a usar el corazón. Comienzo a sentir que soy desgraciado a mi manera. Hace ya tiempos, que se me acabaron las ganas de hablar con alguien, pero yo no seré de piedra, amaré cuando haga falta, y me resignaré cuando haga falta, ¡como aquella vez! A veces lloro, para sentirme vivo, y sin querer, con la ferviente imagen de sus labios. No sé cómo ayudarla, quisiera llevar sus miedos en mis entrañas, su incertidumbre en mis hombros. Es tan simple como eso: no puedo dejar su recuerdo para después. ¡Si supiera cuántas veces he querido de esa manera! Le he dicho que nos volvamos a ver, pensando que me rechazaría. Pero ha aceptado, ¡se los juro! Bien sé que no me piensa de la misma forma que yo a ella.

Me moriré de nostalgia, pero agradezco su memoria.

El Oblivci

CAMILA SILVA

Universidad de Las Américas

Existe un lugar llamado el Oblivci. Y solo cuando uno cae en sueño profundo, y se adentra en las lagunas del pensamiento subconsciente, puede llegar allí.

El Oblivci no tiene una forma definida; de hecho, se disfraza de un lugar familiar, uno que crees conocer, pero pronto comienza a transformarse infinitamente, convirtiéndose en un espacio sin salida. Un laberinto de recuerdos, de tormentas internas y de puertas abiertas que no llevan a ningún sitio.

Infancia

Adrián tenía apenas siete años cuando entró en el Oblivci por primera vez. No sabía cómo había llegado allí, pero lo recordaría por siempre. Estaba soñando en su hogar, en la calidez del conjunto residencial donde vivía con su familia, y estaba ansioso por salir a jugar al parque con su hermana menor Clara. Pero algo no estaba bien. Sus ojos se nublaban, sentía vértigo. Las paredes, los pasillos, las puertas, todo estaba allí, pero algo se torcía, algo se distorsionaba.

No entendía lo que ocurría, pero al subir al ascensor con Clarita, este no correspondía a sus funciones habituales. Como si tuviera conciencia propia, el elevador los quería llevar a pisos que no existían en la realidad. La pequeña estatura de Adrián no ayudaba; cada vez que intentaba presionar los botones para el piso de la planta baja o incluso el de su propio departamento, el 2-C, no podía. Los botones

no funcionaban. El panel superior que indicaba el piso actual se deformaba y cambiaba cada segundo: 2000, 400, 76, E...

Finalmente, el primer piso que logró alcanzar fue el 7000. Adrián presionó el botón y el ascensor comenzó a descender. Al abrirse las puertas, trataron de bajar por las escaleras, completamente convencidos que nunca pisarían de nuevo el ascensor. Pero al llegar al siguiente piso, ya no había números. Solo una puerta.

—¿Dónde estamos? —Preguntó su hermana, aferrándose a su mano con fuerza. Adrián trató de calmarla, pero el siguiente piso mostraba XXXXIII, lo que solo incrementó su incertidumbre. Los dos buscaron incesantemente una salida, pero encontraron más y más puertas. Y detrás de cada puerta, otra puerta más, que los conducía a un vacío sin fin.

Recorrían pasillos interminables, sumidos en sombras y ecos, sin saber si avanzaban o retrocedían. Sentían miedo, pero más que eso, sentían desesperación. No sabían cómo regresar. Adrián, con lágrimas en los ojos y con el miedo envolviéndolo, pensó en sus padres. ¿Cómo encontrarlos?

Después de lo que pareció una eternidad, exhausto y a punto de rendirse, se desplomó en el suelo, y de repente, despertó.

Indiferencia

La segunda vez que Adrián entró en el Oblivci, tenía diecinueve años. Esta vez, no sentía la misma angustia. El Oblivci ya no era un lugar aterrador, sino un espacio de indiferencia. Las puertas ya no lo intimidaban, los pasillos ya no lo confundían. Al entrar, le pareció casi familiar. Tomó el ascensor sin temor, presionó los botones con desinterés, y una vez más, se encontró en pisos que no existían. Pero no tenía prisa por salir, de hecho, no le importaba. Cualquier cosa era mejor que la semana más pesada de su semestre en la universidad.

Recorrió los pasillos sin un propósito claro, disfrutando de la quietud del lugar. Pasó por muchas puertas, algunas que parecían

no tener fin, otras que lo conducían a lugares vagamente conocidos. Por ejemplo, uno de los pasillos lo llevó a un aula que le recordó a la de la primaria. También vio su cuarto antes de que lo redecoraran. Incluso los juguetes de su infancia parecían desparrramados en algunos pasillos, como si nunca los hubiera dejado atrás. Era algo nostálgico, un lugar seguro.

Llego a un punto, en el que el aburrimiento lo consumió. Se durmió de nuevo, y regresó a la realidad.

Responsabilidad

La tercera vez que Adrián entró en el Oblivci, la experiencia fue tan desagradable como la primera. A los treinta años, su vida ya era otra. Había logrado mucho: una carrera exitosa, una familia, un trabajo estable. Pero la ansiedad de los días, las expectativas y las responsabilidades, se habían apoderado de él, y sus sueños regresaron, trayéndolo de nuevo al Oblivci.

Al principio, al ver que se encontraba en el departamento donde había vivido de niño, se dio cuenta inmediatamente de que estaba soñando. Estaba a punto de entregar un proyecto crucial para su carrera, y no podía creer que se hubiera quedado dormido. Sin embargo, esta vez, al entrar en el lugar, la indiferencia desapareció. El Oblivci ya no le resultaba un sitio neutral, sino un espacio opresivo. Sentía una presión creciente, una necesidad urgente de salir. Tenía que trabajar, tenía que cumplir con sus responsabilidades. Los pasillos parecían más oscuros, más interminables. Las puertas, más numerosas.

De repente, vio a su hermana pequeña, Clarita, en uno de los pasillos.

—No podemos quedarnos aquí, —le dijo Adrián, apretando los dientes—. Tengo que volver.

Con el corazón acelerado y casi en un estado de pánico, recorrió los pasillos sin rumbo, buscando desesperadamente una salida. El lugar parecía estirarse, ampliarse, como si estuviera jugando con su sentido del tiempo y la distancia. Se había olvidado como escapó

las anteriores veces. Finalmente, encontró una puerta. Un suspiro de alivio recorrió su cuerpo cuando cruzó el umbral, pero al mirar atrás vio a Clarita al otro lado, esperando, con los ojos llenos de miedo.

—¡Ven conmigo!, —le gritó Clarita, con una voz llena de desesperación. Pero algo en el fondo de Adrián lo detuvo. Miró hacia la puerta detrás de él, hacia la salida que había estado buscando. Sabía que, para seguir adelante, tenía que dejarla atrás.

—Lo siento —susurró, dándose la vuelta. Al cruzar la puerta, dejó a Clarita atrapada en la oscuridad, mientras él salía hacia la luz del otro lado, sin saber si algún día podría regresar para rescatarla. Cuando despertó, esa sensación de vacío lo inundó. La vida real también estaba llena de puertas que no conducían a nada, a más preocupaciones, a más obligaciones, a más incertidumbre.

Refugio

A sus cincuenta años, Adrián ya no era el hombre joven y ansioso de antes. El sueño del Oblivci regresó, y en esta ocasión, ya no quería salir.

Cuando entró, todo parecía más fluido, más relajado. Podía escuchar los ecos de su vida pasada, los recuerdos más queridos, los momentos que más atesoraba. El lugar estaba lleno de recuerdos queridos: la silla del restaurante donde tuvo su primera cita, las risas de sus hijos pequeños, el aroma de la cocina de su madre. No había prisas, solo la quietud de los recuerdos y, por primera vez, sintió que no quería regresar.

El Oblivci, ese lugar extraño y cambiante, se había convertido en un refugio. Aquí, finalmente, no había expectativas. Ya no temía lo que quedaba afuera. Se dejó llevar por el confort de la familiaridad del lugar, sintiéndose casi en paz.

Pero algo extraño comenzó a ocurrir. A medida que avanzaba, intentando quedarse más tiempo, evitaba encontrarse con algo que lo impulsara a despertar. Las puertas comenzaron a cerrarse por sí solas, con una quietud inquietante, como si algo o alguien no quisiera que se quedara. El silencio de los pasillos se volvió más pesado,

y la sensación de que algo lo estaba observando, lo estaba persiguiendo, creció en él.

Intentó subir al ascensor, buscar otros pasillos, pero el espacio comenzó a acortarse. Los límites del Oblivci se redujeron, y lo perseguían, casi de forma agresiva. Algo no lo dejaba quedarse, algo lo estaba sacando de allí. ¿Era el propio Oblivci el que no quería que se quedara? ¿O era él mismo quien temía ser absorbido por ese lugar, perdiéndose por completo en él?

Finalmente, con un suspiro de frustración, se despertó. Estaba más consciente de lo que siempre había estado evitando: los vacíos y las sombras que aún quedaban en su alma. El Oblivci no solo es un lugar de escape, sino también un reflejo de las partes de sí mismo que no podía enfrentar, los miedos y las pérdidas que se habían quedado sin resolver.

Reconciliación

Cuando Adrián llegó a los setenta, el Oblivci había cambiado. Las puertas ahora eran más sutiles, como si ofrecieran paz, pero también el riesgo de quedarse allí para siempre.

Al entrar, Adrián no sintió miedo, pero sí una extraña sensación de nostalgia. El lugar ya no era un laberinto, sino una vasta extensión de su vida. En las paredes se reflejaban imágenes de su juventud, momentos que había dejado atrás. La risa de su hermana pequeña, Clarita, resonaba en sus oídos, una memoria que nunca se había desvanecido con el paso de los años. Tal vez era el final de su viaje. Tal vez había llegado al punto donde ya no había necesidad de escapar, pero tampoco podía quedarse.

Recordó la primera vez que entró al Oblivci, cuando tenía solo cinco años. Clarita, a esa edad, ya no estaba en el mundo real. Ella había fallecido siendo muy pequeña, pero había quedado atrapada en su subconsciente, en su memoria, como una presencia constante. A lo largo de los años, cada vez que Adrián visitaba el Oblivci, la veía, como una sombra del pasado que no podía dejar atrás.

Ahora, a los setenta años, Adrián se encontraba con Clarita, una vez más, en algún rincón del Oblivci, en algún lugar que ahora él no podía encontrar, y su voz lo llamaba.

—¿Adrián? —susurró, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

—Clarita... —respondió Adrián, su voz quebrada por el peso de los años y los recuerdos. Y sentía como ella lo miraba con esa misma inocencia que había tenido cuando él la dejó atrás, sin poder salvarla. Aunque perfectamente entendía que en realidad era imposible hacerlo, hace tiempo que el viaje de ella ya había terminado. Así como el de muchos más, de personas que amó y conoció.

El Oblivci se convirtió en su última lección. Quizás ahora, más que nunca, lo único que quedaba era aceptar el paso del tiempo y la inevitable partida.

—¿Estás listo para seguir adelante? —le preguntó Clarita.

Adrián asintió lentamente y se acercó a una de las puertas, decidido a dar el siguiente paso. Ya no había miedo ni incertidumbre. Sabía que, al cruzar esa puerta, tal vez nunca regresaría, tal vez dejaría atrás todo lo que había conocido. Pero sentía calma.

El sueño terminó, y Adrián, aunque aún atrapado en sus pensamientos, despertó. Aun no estaba seguro si estaba listo para afrontar las sorpresas que la vida todavía le tenía guardadas. Pero el Oblivci, ese lugar de sombras y memorias, había cumplido su propósito.

De la devoción a la conciencia: Un viaje siguiendo las pistas de la fe

ARMANDO TANDAYAMO
Universidad San Francisco de Quito USFQ

Siempre he pensado que las procesiones son eventos con una gran carga religiosa, espacios donde los creyentes pueden realizar actos de humildad y cooperación, impulsados y movidos por la fe. Ahora bien, si nos alejamos de las procesiones que últimamente se han convertido en actos mediáticos, los cuales guardan más características similares a un evento popular que a una auténtica conexión religiosa; podemos mencionar aquellas procesiones que se realizan en lugares que, al mismo tiempo que sirven como escenario para una actividad religiosa, permiten compartir y establecer un vínculo con la naturaleza. En este sentido, no existen lugares mejores que las montañas, pues son espacios donde una persona puede conectarse con su esencia más interna, tal vez con aquellos pensamientos que son silenciados e ignorados por el bullicio de la ciudad o la cotidianidad de una vida monótona.

Es de este modo que el propósito de mi viaje fue recorrer todo el trayecto que se acostumbra realizar en una procesión religiosa tradicional, la cual tiene lugar en el mes de julio en mi comunidad; claro está, que este viaje fue efectuado en una fecha posterior a la habitual tradición.

Cabe mencionar que fue la primera vez que realicé este recorrido, ya que nunca lo había considerado con la misma importancia que ciertos miembros de mi familia, además, no me considero una persona con un gran vínculo con la espiritualidad, pero eso no evitó que sintiera emoción en los minutos previos a iniciar el viaje. Tal vez,

pienso yo, experimentar un viaje como este puede ser muy provechoso; además, en mí nace la curiosidad por saber cuál será el resultado, ya que en mi caso realicé esta actividad sin ninguna intención religiosa.

Primero que nada, decidí leer un folleto, un simple tríptico repartido en mi comunidad sobre la procesión que se había llevado a cabo hacía algunos meses. En él se mostraron fotografías idílicas del trayecto, de las personas caminando por la ruta, así como información sobre la ceremonia, además, en ese momento, a mi mente regresaron las acostumbradas narraciones de algunos familiares acerca de la satisfacción e inefabilidad que provoca ese recorrido. Al principio, no le di mayor importancia, pues sabía que el exotismo de la espiritualidad de mi comunidad había cumplido su propósito, instaurándose profundamente, incluso en mi familia. Esto, por supuesto, aumentó mi curiosidad por descubrir qué característica única y definitoria podía tener este viaje.

Mi trayecto comenzó a las cinco de la mañana. Caminé por las vacías calles de mi comunidad, donde únicamente pude observar cómo las madres de familia acompañaban a sus hijos hasta las puertas de sus casas para despedirse. Algunos perros callejeros, o que por descuido de sus dueños vagaban libremente, andaban por las calles a esas horas.

Llegué hasta la entrada de una antigua hacienda, que en sus mejores días era reconocida en toda mi comunidad. Hoy en día solo la visitan cada dos o tres meses, solo para asegurarse de que nadie haya invadido la propiedad. Caminé por el sendero empedrado, ya con los primeros rayos de luz, pero eso ya era suficiente para percatarme de los rastros y marcas que las personas habían dejado en la procesión anterior. Decidí seguir los rastros con curiosidad, tal vez así podría experimentar lo que las personas sentían.

Paso a paso, el cansancio se acumulaba, pero este tipo de agotamiento era diferente. Varios de mis familiares, que han participado en la procesión, me han contado que, por tradición, los únicos espacios de descanso durante la caminata eran alrededor de cinco puntos de quince minutos cada uno, en un trayecto de aproximadamente

cinco horas por un sendero algo empinado. Estos momentos eran aprovechados para realizar oraciones, donde las plegarias ascendían, mientras manos generosas reparten dulces, pequeñas ofrendas cargadas de intención, y otras lanzan delicadas hojas de rosas.

En cierto momento del recorrido, cerca de dos horas después de haber iniciado mi caminata, llegué a una pequeña fuente de agua, una acequia que en su punto más alto alcanzaba una caída de dos metros de altura. Este lugar coincidía con uno de los puntos de descanso mencionados por mis familiares, quienes me dijeron que solían detenerse unos minutos para orar, ya que consideraban este lugar perfecto para ello, sin embargo, al llegar, solo me percaté de una pequeña acequia y algunos restos de basura, envolturas de alimentos o dulces que habían consumido las personas durante la procesión, ahora descoloridas por el paso del tiempo. Más allá de las envolturas de dulces que encontré, probablemente dejadas por niños descuidados, mi sorpresa fue mayor al descubrir botellas de vidrio y latas de cerveza vacías a los costados del camino. ¿Cuál es el propósito de realizar un encuentro con lo religioso si todo termina ineludiblemente dirigido hacia el consumo de alcohol? Todo esto contradecía la percepción que se plasmaba en el texto, las imágenes del folleto y sobre todo en los relatos que me contaban mis familiares sobre la experiencia que resultaba de esta procesión.

A medida que continuaba mi camino, si bien aprecié la belleza de las montañas y la naturaleza, mis ojos se dirigían inevitablemente hacia la basura arrojada por las personas, pues sobresalían de entre la vegetación y las plantas de la zona.

Al llegar al final del recorrido, en la cima de la montaña, donde habían erigido una enorme cruz de tres metros de altura con una base de concreto y piedras que sobresalían a su alrededor, me acerqué y pude ver en ellas e inclusive en la misma cruz, escritos de personas que habían llegado hasta ese lugar. Algunos eran garabatos, otras oraciones que, debido al tiempo, ya eran ilegibles, o quien sabe, quizás nunca tuvieron sentido. A esto se sumaba la abundante basura, incluso en lo que se supone es el lugar más importante y sagrado de la procesión.

Eran alrededor de las diez de la mañana cuando decidí sentarme en ese lugar por unos minutos, leyendo el folleto y comparándolo con lo que acababa de experimentar. Como era de esperar, en ninguna de las imágenes, el contenido, y mucho menos en lo narrado por mi familia, se mencionaba algo relacionado con los problemas que acababa de presenciar.

Mientras estaba sentado sobre una de las piedras, logré ver, a lo lejos, cómo en un terreno cercano algunos perros buscaban entre la basura acumulada y observé cómo ellos se peleaban entre sí por trozos de comida. Me pregunté si varios de los perros callejeros que habitaban la zona eran el resultado de dueños irresponsables que los abandonaron, ya sea de manera intencional o no, y que ahora no tenían más remedio que sobrevivir de la basura en ese lugar. Esta situación instauró en mí una imagen dialéctica: por un breve momento me fue imposible procesar cómo es que un acto de fe, realizado por tantas personas, pudiera estar relacionado con un acto tan detestable como abandonar a un animal inocente.

Aún mayor fue mi sorpresa al contrastar mi experiencia con lo narrado por mi familia. Tal vez, para esas personas, el viaje significa tanto que pasan por alto todas las cosas reprochables que pude encontrar, similar a un ejercicio metonímico, donde unas cuantas experiencias placenteras provocaron una generalización sobre todo el recorrido y la procesión, resaltando y exaltando las cosas positivas y minimizaban las negativas; sin el significant maestro de la fe, para mí, el viaje carecía de propósito y sentido. Soy consciente de que, al realizar este viaje en solitario, me privé de experimentar la compañía de algún familiar, de orar, rezar o simplemente compartir el ejercicio físico de la fe a través de la procesión. Quizás las experiencias que habría vivido en compañía habrían sido mucho más profundas que las que percibí por mi cuenta.

Así fue como, mientras reflexionaba en ese lugar, me di cuenta de que no solo me encontraba en un espacio ajeno a lo habitual, sino que también enfrentaba lo no familiar. De manera similar a lo escrito en los textos de viaje, donde el relato puede ser más importante que

el viaje en sí, para mí, al escribir sobre el trayecto, logré percatarme de que nosotros ya estamos de cierto modo condicionados por un filtro, encubriendo nuestro mundo ya sea de manera consciente o no. Yo no quería tener éxito y sentir lo mismo que mi familia, pero tampoco esperaba encontrarme con todo lo contrario; una experiencia desprovista de cualquier adorno y de lo habitual, que rompiera cualquier expectativa. Es así que ante mis ojos estaba lo que yo consideré real.

No puedo negar que en mí surge la necesidad de compartir mi perspectiva sobre lo que viví y observé, de hablar acerca de todo aquello que no se menciona con frecuencia, sin embargo, me detiene el hecho de que todo esto ya está profundamente arraigado en mi comunidad y sobre todo en mi familia, y, como he aprendido, en ocasiones, quitarse la venda de los ojos no aclara las cosas, sino que nos muestra un mundo aún más difuso.

Siento en mí el temor de que esta identidad esté tan profundamente instaurada que difícilmente pueda cambiar su manera de ver la realidad, juzgándola como falsa, increíble y evitando confrontarla a toda costa. Por ello, a mi parecer, lo más razonable que puedo hacer es tratar de comprender el pensamiento ya instaurado y, si en algún momento tengo la capacidad de influir en la percepción de alguien, lo haré de la mejor manera posible, sin imponer ningún tipo de condicionamiento o inclinación hacia un bando, relatando lo que para mí fue real y lo que viví de manera sorpresiva.

Descendí por el mismo camino por el cual había subido, con un solo pensamiento; que, al llegar a casa, lo único que haría sería deshacerme de ese folleto, esconderlo donde nadie más pudiera verlo, aunque supiera que sería inútil, pues, cuando se aproxime la fecha, volverá a circular por mi comunidad y traerá consigo las mismas ideas, las mismas imágenes y las mismas mentiras.

El último banquete

SHARIA TOALOMBO

Antes cuando la oscuridad no llegaba a las montañas que parecían rozar el cielo y los ríos cantaban canciones de tiempos antiguos, coexistían los humanos y los Mikram. Los humanos, tan efímeros y mortales, vivían en una búsqueda constante de significado y para ello necesitaban extender su propia vida. Los Mikram, en cambio, eran un misterio, seres únicos nacidos una vez por siglo, que encarnaban la inmortalidad misma. Su carne, según las leyendas, otorgaba la eternidad a quienes osaran consumirla.

Y fue así como Jerome nació entre las ruinas de un linaje olvidado. Una vida condenada, acompañada de los inviernos y el hambre que siempre acechaba como un espectro, siendo su madre una de esas personas y su padre, un hombre roto que no fue capaz de luchar por su hijo, refugiado en el alcohol hasta que la muerte lo reclamó.

Jerome aprendió temprano que el mundo no se detenía por nada ni por nadie. Sus manos endurecidas por el trabajo y las armas cargaban no solo el peso de sus herramientas, sino también el de un sueño que parecía imposible «escapar». Y en las noches más frías, mientras la niebla se filtraba por las grietas de su hogar, los ancianos contaban historias sobre los Mikram. Para él, aquellas criaturas eran una promesa de algo diferente. Si lograba capturar a uno, cambiaría su destino. Podría abandonar aquella miseria y tal vez encontrar algo parecido a la felicidad.

Fue cuando los rumores sobre un Mikram que habitaba en los bosques de Lyhane llegaron a sus oídos que no dudó en partir.

Preparó su arco y su cuchillo, dejando atrás todo lo que conocía, aunque poco le quedaba por perder.

El bosque de Lyhane era un mundo aparte, una catedral de árboles cuyos troncos se alzaban como columnas hasta el cielo. Durante días, Jerome siguió las pistas: huellas, ramas partidas, flores imposibles que parecían florecer en pleno invierno. La caza era todo lo que conocía, pero con cada paso una inquietud nueva crecía en su interior. Finalmente, la encontró iluminada por la luz de la luna, tan pura y bella.

Geneva era un poema hecho carne, tan distante de las criaturas que Jerome había imaginado que dudó de su propia percepción. Su cabello, blanco como las primeras nieves, caía en una cascada luminosa. Sus ojos, de un azul profundo como los lagos secretos de las montañas, parecían mirar más allá de la superficie de las cosas. Pero lo que más lo conmovió fue la tristeza que emanaba de ella, como si llevara consigo el peso de siglos de soledad.

Jerome levantó el arco, pero su mano tembló. Geneva no se movió, no huyó ni mostró temor, parecía aceptar su destino.

—¿Por qué no disparas? —preguntó con una voz suave, casi un susurro que resonó como un eco en su pecho.

Él titubeó, bajando el arco con lentitud.

—No sé... no puedo —murmuró, sintiéndose pequeño bajo su mirada.

Geneva inclinó ligeramente la cabeza, estudiándolo.

—No eres como los demás. Ellos habrían disparado sin pensarlo. ¿Qué buscas aquí, humano?

Jerome desvió la mirada, avergonzado. ¿Qué buscaba? ¿Riqueza? ¿Redención? ¿Una salida? Su voz apenas fue audible. Dios, muero de vergüenza, ¿acaso Jerome había caído en el cliché del amor a primera vista?

—Busco... algo mejor.

Ella sonrió, pero su sonrisa estaba teñida de resignación.

—Mi pequeño Jerome lo que buscas podría destruirte.

Él se quedó helado.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—El bosque habla. Y yo escucho.

Los días se convirtieron en semanas. Jerome no pudo alejarse y Geneva, por razones que no comprendía del todo, no se apartó de él. Hablaban bajo las estrellas, compartiendo fragmentos de sus vidas. Jerome le confesó las miserias que lo habían moldeado. El hambre constante, la pérdida, la sensación de estar atrapado en un mundo que no le ofrecía más que dolor. Una noche, mientras las estrellas brillaban como lágrimas congeladas, Jerome no pudo contener más la verdad que lo atormentaba.

—No creo haber venido aquí solo por un futuro mejor —dijo, su voz cargada de vergüenza. —Estaba destinado a ti, Geneva. Sabía lo que eras antes de conocerte. Pensé... pensé que, si te atrapaba, todo cambiaría.

Geneva lo miró, y en sus ojos no había ira, solo una profunda tristeza.

—¿Y ahora qué harás, Jerome? —preguntó con calma.

Él bajó la mirada, sintiendo el peso de su confesión como una piedra en el pecho.

—Quiero... quiero huir contigo. Dejar todo esto atrás. Ir a algún lugar donde nadie pueda encontrarnos. Yo me esforzare para hacerte feliz con lo que tengo, seré y serás mi guía en la vida y estaré contigo hasta que la muerte vuelva mi amor eterno hacia ti.

Geneva suspiró, su mirada llenándose de una melancolía que Jerome no entendía del todo. Se acercó a él, y su proximidad le hizo contener el aliento.

—No puedes escapar de lo que eres. Dondequiera que vayamos, tu mundo vendrá tras nosotros. La avaricia, el odio, la necesidad... Todo eso nos encontrará.

—Pero yo te protegeré. Juntos podemos...

Ella alzó una mano, colocando sus dedos sobre los labios de Jerome para silenciarlo.

—No puedes salvarme. Y si lo intentas, solo te destruirás.

Él sintió las lágrimas arder en sus ojos.

—Prométeme algo, entonces. Si el mundo nos separa y a mí me someten a la cruel vergüenza a la que estoy destinada... quiero que seas tú quien me consuma. Que mi final sea en manos de alguien que me amó, no de quienes solo me ven como un medio para su avaricia.

Jerome negó con la cabeza, horrorizado.

—No puedo. No podría hacerte eso.

—Prométemelo, Jerome. Es lo único que te pido.

Con el corazón roto, Jerome asintió, incapaz de negarle nada.

—Lo prometo.

Aquella promesa lo perseguiría por el resto de su vida...

Jerome que había sido un joven lleno de esperanza, pero esa esperanza se transformó en obsesión y desesperación. Geneva se había convertido en algo más que una meta o un deseo. Ella era la razón por la que se levantaba cada día, la voz que resonaba en su cabeza cuando el mundo se volvía insostenible. Cuando desapareció, Jerome se prometió que la encontraría. No importaba cuánto tiempo le llevara ni cuántas vidas tuviera que destruir para hacerlo.

En su búsqueda, Jerome se convirtió en un hombre que apenas reconocía. Las manos que una vez habían sostenido un arco con temblor ahora sostenían monedas manchadas de sangre. Había aprendido a moverse entre los ricos y los corruptos, aprendiendo su lenguaje, adoptando sus costumbres, destruyendo cualquier fragmento de bondad que quedara en su interior. Ahora todos le tenían respeto. Pero en las noches, cuando el ruido de la ciudad se desvanecía y el silencio llenaba los vacíos de su alma, todo lo que sentía era el peso de su promesa.

Recordaba a Geneva quien lo había mirado una vez con ternura, sus ojos brillando bajo la luz de la luna. *Quiero que seas tú quien me consuma. Que mi final sea en manos de alguien que me amó.* Esas palabras lo atormentaban. Jerome las había aceptado en aquel entonces pensando que nunca llegaría ese momento. Pensando que, de algún modo, podría salvarla de un mundo que la buscaba para destruirla.

Pero no la salvó...

Habían pasado casi veinte años desde la última vez que vio su rostro, y el miedo de no encontrarla crecía día a día. Cada pista que seguía lo llevaba a callejones sin salida y los rumores de un Mikram capturada en algún lugar lejano, historias de cazadores que regresaban con nada más que cuentos inventados, le perseguían. Jerome no dormía, no vivía. Su amor se había convertido en su única motivación.

Y entonces, la subasta ocurrió.

Jerome estaba allí, entre hombres y mujeres cuyos ojos brillaban con la codicia que él conocía tan bien. El rumor de que un Mikram sería presentado había atraído a los más ricos y poderosos. Jerome había estado sentado al fondo, con el corazón acelerado, esperando, temiendo. Cuando el comerciante subió al escenario, todo en la sala pareció detenerse. Dentro de una urna de cristal, estaba su cabeza.

Jerome no respiró. No podía moverse. Sus ojos estaban clavados en ella, en el cabello que todavía brillaba como la luna, en el rostro que había amado y que ahora estaba vacío. Era ella. No había duda.

El comerciante sonrió, disfrutando del impacto que había causado. —Damas y caballeros, lo que tenemos aquí no es solo un Mikram, sino el último Mikram. Su carne es pura, intacta, lista para otorgar la inmortalidad que todos deseamos.

Las palabras se mezclaron con las risas y comentarios de la multitud.

—Dicen que lloró como una niña cuando la atraparon —dijo uno, riendo entre dientes.

—Suplicó por su vida, prometiendo cualquier cosa. Fue delicioso verla rogar.

—Si hubiera sido humana, la habríamos convertido en una ramera. Pero esto... esto es mejor.

Jerome sintió náuseas. Cada palabra era un cuchillo que perforaba su alma. Pensó en cómo ella, la criatura más hermosa y bondadosa que había conocido había sido tratada como un objeto, como un trofeo. Se puso de pie, tambaleándose hacia adelante. La sala pareció girar mientras levantaba la mano.

—Ofrezco 3.516 monedas de oro y 57 de plata —dijo, su voz rota pero firme.

El comerciante arqueó una ceja, complacido.

—Señor Morrow. Muy bien. Es tuya.

Jerome apenas contuvo su dolor. Los murmullos, las risas, las miradas de desprecio de los demás compradores. Todo lo que importaba era la urna en sus manos, el cuerpo fragmentado de Geneva que había sido empaquetado como un producto. Su cuerpo dividido en partes, etiquetado con precisión. La carne que prometía la eternidad, que tantos codiciaban, que él mismo había prometido consumir.

Se arrodilló frente a los restos, lágrimas cayendo sin control.

—Lo siento... Geneva, lo siento tanto. Prometí hacerlo...

La culpa lo consumía. Cada pedazo de ella era un recordatorio de su fracaso, de su amor y de su pérdida. Pero también estaba la promesa. Las palabras que ella había dicho resonaban en su mente: *Que mi final sea en manos de alguien que me amó.*

Jerome tomó el primer pedazo con manos temblorosas. Cerró los ojos y lo llevó a su boca. La carne era dulce y amarga a la vez, un sabor que no podía describir, pero que lo llenaba de una tristeza insoportable.

—Te prometí que lo haría... te prometí...

Cada bocado era un castigo. Cada mordisco lo acercaba a la inmortalidad que no había deseado si no era junto a su amada. Pero no podía detenerse y no quería detenerse, por su promesa. Consumió cada parte, como ella lo había pedido, hasta que no quedó nada.

Cuando terminó, sintió el cambio en su cuerpo. Una energía fría recorrió sus venas, llenándolo con un poder que no deseaba. Su corazón latía con fuerza, pero no sentía alivio. La eternidad lo envolvió como una sombra, silenciosa y cruel.

Jerome se recostó en el suelo, mirando el techo vacío. La inmortalidad no era un regalo. Era un castigo. Sabía que viviría siglos, tal vez milenios, pero ningún poder podría llenar el vacío que Geneva había dejado.

Y así en la oscuridad de la habitación, Jerome susurró:

—Geneva... siempre te amaré. Incluso ahora, cuando mi corazón no hace más que romperse una y otra vez por tu ausencia. Este amor no me salvará, solo me arrastrará al abismo... aun así, no sé cómo dejar de sentirlo.

A través de las décadas y los siglos, su nombre se convirtió en leyenda, pero él permaneció solo. La inmortalidad que tanto había buscado lo condenó a recordar, una y otra vez, el rostro de la mujer que no pudo salvar. En su corazón, solo había una verdad: amar era el mayor castigo de todos.

Tengo miedo de lo que siento por dentro

ARIANA TORRES

Universidad San Francisco de Quito USFQ

Hoy me encontré murmurando en voz baja: «tengo miedo de lo que siento por dentro». No es que esté enferma, al menos no físicamente. Pero hay algo en mi interior que me asusta, algo que no puedo entender y tampoco quiero.

Vivo como un reloj oxidado que cada día pierde engranajes, y sus agujas torcidas, arañan la esfera en círculos cada vez más erráticos, como si el tiempo mismo se fugara por las mismas grietas. Despierto con sueños lúcidos, sueños que parecen más pesadillas que esperanzas, fantasías inalcanzables. En un laberinto, y donde cada decisión me lleva a lo que creo que es un callejón sin salida, un muro que no podré trepar.

Caigo del muro a un estanque lleno de expectativas y todo se acumula y me ahoga, cerrando mi garganta con cada minuto que pasa. Pero eso no es lo que me asusta. Tengo miedo del vacío que a veces me invade, la sensación de que estoy perdiendo algo, a alguien. Ese alguien no es otro que yo misma. Una percepción cada día más distorsionada, diluyendo mi rostro y cuerpo en algo que no reconozco.

El reflejo del espejo no es más que una proyección del ayer que no volverá. Una sonrisa forzada, ojos que han perdido su brillo, cubiertos de pozos negros que revelan noches en vela sin saber bien por qué. Llorando sin razón aparente, es como si con lágrimas, fluyera la desesperación y el miedo, encontrando así una salida.

En el ruido de mi cabeza, y cuando el mundo está en profundo silencio, me encuentro. Y eso me asusta, que la sombra sea necesaria

para ver, no obtener, paz. Me asusta no tener el control, me asusta no entender lo que está pasando dentro de mí. Me asusta aún más que mis emociones consuman mis órganos, al punto de no saber si es un dolor de estómago, ansiedad, la nada. ¿O acaso serán polillas? Polillas se posan sobre mi estómago, como insectos atrapados, arañando mi garganta, empujándome a vomitar.

La frialdad de mi postura y la dureza del piso del baño tratan de calmarme. Con la vista nublada, el cabello enmarañado y un helado rastro de hormigas sobre mi cuerpo, es que trato de levantarme. Esta no es más que una noche, donde una vez más solté sombras de luz y me recuesto nuevamente en la calidez de las sábanas, que nunca debí abandonar.

Este libro reúne los cuentos ganadores y finalistas del concurso interuniversitario de cuento *Luz Lateral*.

En su segunda edición (2024–2025) participaron estudiantes de la Universidad San Francisco de Quito USFQ; la Universidad de Las Américas, UDLA; y la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, PUCE.

Un jurado conformado por Fernando Montenegro, Irene Romo y Santiago Páez tras la lectura de los textos presentados seleccionó los relatos premiados y recomendó para su publicación aquellos que destacaron por su calidad literaria.

Desde la carrera de Literatura de la USFQ, el programa UDLA Honors y la Facultad de Comunicación de la PUCE, esta convocatoria busca fortalecer los lazos entre tres instituciones que comparten el valor del pensamiento crítico, la creatividad y la escritura. Asimismo, aspira a ofrecer un espacio que reconozca y celebre el afecto, la reflexión y la sensibilidad que son propios de la literatura y de quienes la cultivan.

«Se ha producido ya en mí aquel elegante fenómeno».

Desde esa intuición, íntima, casi inexplicable, nacen los relatos que componen este libro. Aquí, la escritura no es solo ejercicio ni competencia: es transformación. Es el instante en que algo cambia por dentro y encuentra, finalmente, su forma en la palabra.

Esta antología reúne los cuentos de estudiantes de la Universidad San Francisco de Quito USFQ, la Universidad de Las Américas y la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, participantes de un concurso interinstitucional que celebra la creación literaria como un espacio de exploración y riesgo.

En estas páginas conviven voces diversas que miran el mundo con lucidez y sensibilidad: historias que atraviesan la memoria, la violencia, el deseo, la identidad y las fisuras de lo cotidiano. Cada relato es testimonio de ese fenómeno, el momento en que escribir deja de ser intento y se convierte en revelación.

ISBN: 978-9978-68-350-7



@usfqpress